

JACK LONDON **Knock Out**

TRES HISTORIAS DE BOXEO

ENRIQUE BRECCIA

Ilustraciones:

Traducción:

PATRICIA WILLSON

Se

Lectulandia

«En los primeros rounds, la cosa será feroz. Es la especialidad de Ponta. Es un bruto que intenta todos los golpes juntos, un torbellino que quiere tumbar al otro en los primeros rounds. Ha enviado a varios a la lona, algunos más inteligentes y fuertes que él. Mi problema es resistir, eso es todo. Entonces, estará a punto. Iré a buscarlo, ya lo verás. Sabrás cuándo voy a buscarlo, y lo haré pedazos».

Knock Out reúne tres historias memorables: *Un bistec*, quizás el mejor relato que se haya escrito sobre boxeo; *El mexicano*, un clásico imprescindible de la narrativa de Jack London, y *El combate*, novela de desenlace inesperado y verídico. Historias épicas donde el coraje y el sacrificio constituyen el destino último de sus protagonistas.

Enrique Breccia, uno de los mayores ilustradores contemporáneos, ha elaborado dieciséis estampas en blanco y negro que interpretan magistralmente la violenta intensidad de estas páginas.

Lectulandia

Jack London

Knock Out, tres historias de boxeo

ePub r1.0

Titivillus 26.08.16

Título original: *A Piece of Steak*
Jack London, 1909

Título original: *The Mexican*
Jack London, 1911

Título original: *The Game*
Jack London, 1905

Traducción: Patricia Willson
Ilustraciones: Enrique Breccia

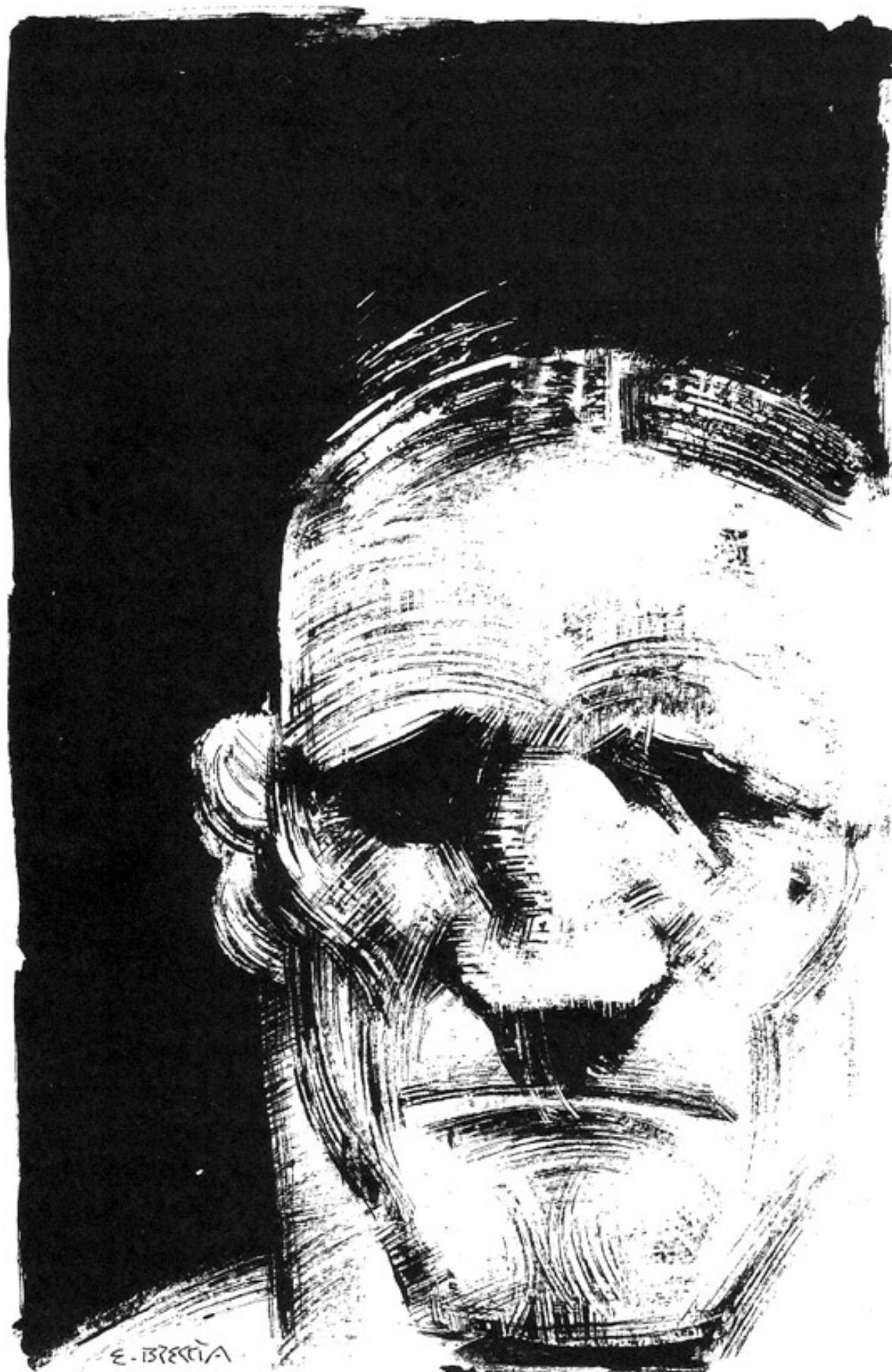
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

UN BISTEC

Con el último trozo de pan, Tom King limpió la última partícula de salsa de harina de su plato y masticó el bocado resultante de manera lenta y meditabunda. Cuando se levantó de la mesa, lo oprimía el pensamiento de estar particularmente hambriento. Sin embargo, era el único que había comido. Los dos niños en el cuarto contiguo habían sido enviados temprano a la cama para que, durante el sueño, olvidaran que estaban sin cenar. Su esposa no había comido nada, y permanecía sentada en silencio, mirándolo con ojos solícitos. Era una mujer de la clase obrera, delgada y envejecida, aunque los signos de una antigua belleza no estaban ausentes de su rostro. La harina para la salsa la había pedido prestada al vecino del otro lado del hall. Los dos últimos peniques se habían usado en la compra del pan.

Tom King se sentó junto a la ventana en una silla desvencijada que protestaba bajo su peso, y mecánicamente se puso la pipa en la boca y hurgó en el bolsillo lateral de su chaqueta. La ausencia de tabaco lo volvió consciente de su gesto y, frunciendo el ceño por el olvido, se guardó la pipa. Sus movimientos eran lentos, casi rituales, como si lo agobiara el peso de sus músculos. Era un hombre de cuerpo sólido, de aspecto impasible y no especialmente atractivo. La tosca ropa estaba vieja y gastada. La parte superior de los zapatos era demasiado débil para las pesadas suelas que, a su vez, tampoco eran nuevas. Y la barata camisa de algodón, comprada por dos chelines, tenía el cuello raído y manchas de pintura indelebles.



Pero era la cara de Tom King lo que revelaba inconfundiblemente a qué se dedicaba. Era la cara de un típico boxeador por dinero, de uno que había estado durante largos años al servicio del cuadrilátero y que, por ello, había desarrollado y acentuado todas las marcas de las bestias de pelea. Tenía un semblante particularmente sombrío, y para que ninguna de sus facciones pasara inadvertida, iba bien rasurado. Los labios carecían de forma y constituían una boca hosca en exceso, como un tajo en la cara. La mandíbula era agresiva, brutal, pesada. Los ojos, de movimientos lentos y con pesados párpados, carecían casi de expresión bajo las hirsutas y tupidas cejas. En ese puro animal que era, los ojos resultaban el rasgo más animal de todos. Eran somnolientos, como los de un león: los ojos de una bestia de pelea. La frente se inclinaba abruptamente hacia el cabello que, cortado al ras, mostraba cada protuberancia de la horrible cabeza. Completaban el cuadro una nariz dos veces rota y moldeada por incontables golpes, y orejas deformadas, hinchadas y distorsionadas al doble de su tamaño, mientras la barba, aunque recién afeitada, ya surgía de la piel, dándole al rostro una sombra negra azulada.

Era realmente la cara de un hombre al que temer en un callejón oscuro o un lugar solitario. Sin embargo, Tom no era un criminal, ni había cometido nunca un acto delictivo. Más allá de algunos altercados, comunes en su modo de vida, no le había hecho daño a nadie. Ni tampoco había provocado reyertas. Era un profesional, y reservaba toda su brutalidad combativa a las apariciones profesionales. Fuera del ring era lento, afable y, en los días de su juventud, cuando el dinero abundaba, había sido tan manirroto que terminó perjudicándose. No era rencoroso y tenía pocos enemigos. La pelea era un negocio para él. En el ring pegaba para dañar, pegaba para herir, pegaba para destruir, pero no había animosidad en ello. Era una mera profesión. El público se reunía y pagaba para ver el espectáculo de dos hombres que se noqueaban. El ganador recibía la mayor parte de la bolsa. Cuando Tom King enfrentó a Woolloomoolloo, el Patán, veinte años antes, sabía que la mandíbula de su contrincante llevaba apenas cuatro meses recuperándose después de una fractura durante un combate en Newcastle. Y Tom se había concentrado en esa mandíbula y la volvió a fracturar en el noveno round, no porque abrigara malos deseos respecto del Patán, sino porque era el medio más seguro de noquearlo y ganar su parte de la bolsa. Tampoco el Patán abrigaba malos deseos contra él. Así era el boxeo, ambos lo sabían y lo aceptaban.

Tom King nunca había sido locuaz. Se sentó junto a la ventana, silencioso y taciturno, mirándose las manos. Las venas sobresalían, grandes e hinchadas, y los nudillos, golpeados, deformados tumefactos, daban testimonio del uso que les daba. Nunca había oído decir que la edad de una persona era la edad de sus arterias, pero conocía muy bien el significado de aquellas venas grandes y sobresalientes. Su corazón había bombeado demasiada sangre a gran presión a través de ellas. Ya no hacían su trabajo. Habían perdido elasticidad y, por la distensión, él ya no tenía resistencia. Se cansaba rápidamente. Ya no podía soportar veinte rounds, mazazos y

pinzas, pelea, pelea, pelea, de campana a campana, golpe tras golpe, ser llevado contra las cuerdas y a su vez llevar al oponente contra las cuerdas, golpes más feroces y más rápidos en el último round, el vigésimo, con la sala a sus pies y aullando, y él mismo precipitándose, castigando, esquivando y propinando una lluvia de golpes y recibiendo una lluvia de golpes a cambio, y todo el tiempo con el corazón bombeando fielmente la sangre por las venas. Las venas, hinchadas en ese momento, siempre se habían encogido luego, aunque no del todo: cada vez, imperceptiblemente al principio, quedaban un poquito más grandes que antes. Las miró y miró sus nudillos tumefactos y, por un momento, tuvo la visión de la joven excelencia de aquellas manos, antes de que el primer nudillo se incrustara en la cara de Benny Jones, también conocido como el Terror Galés.

La sensación de hambre volvió a invadirlo.

—Pero ¿por qué no puedo conseguir un bistec? —murmuró en voz alta, apretando sus grandes puños y escupiendo un ahogado juramento.

—Intenté con Burke y con Sawley —dijo su esposa, como disculpándose.

—¿Y no me fían? —preguntó él.

—Ni medio penique, Burke dijo que... —balbuceó ella.

—¡Diablos! ¿Qué dijo?

—Que con lo que te daría Sandel esta noche tendrías suficiente, que no quería aumentar tu cuenta.

Tom King gruñó, pero no contestó. Estaba ocupado, pensando en el perro de pelea que había sido en los días de su juventud y al que había alimentado con incontables bistecs. Burke le habría dado crédito para mil bistecs en aquel entonces. Pero los tiempos eran otros. Tom King estaba envejeciendo y los hombres maduros que peleaban en clubes de segunda clase no tenían la esperanza de pagar sus deudas con los comerciantes.

Se había levantado por la mañana añorando un bistec, y la añoranza no se había disipado. No había tenido un entrenamiento adecuado para esa pelea. Era un año de sequía en Australia, los tiempos eran difíciles y hasta resultaba arduo encontrar un trabajo irregular. No tenía sparring y su alimentación no había sido la mejor, ni siempre suficiente. Durante algunos días había trabajado como peón y había corrido alrededor de la propiedad por la mañana temprano para poner en forma las piernas. Pero era difícil entrenar sin sparring, y con una esposa y dos niños que alimentar. El crédito con los comerciantes apenas había aumentado un poco cuando se planeó su pelea con Sandel. El secretario del Gayety Club le había adelantado tres libras —de la parte del perdedor— y se había negado a darle más. De tanto en tanto se las había arreglado para pedir unos pocos chelines a algún viejo amigo, que habría sido más generoso si no fuera un año de sequía y no estuviera él mismo en dificultades. No —y era inútil ocultárselo—, su entrenamiento no había sido satisfactorio. Habría necesitado mejor alimentación y menos preocupaciones. Además, cuando un hombre tiene cuarenta años, es más difícil ponerse en condiciones que cuando tiene veinte.

—¿Qué hora es, Lizzie? —preguntó.

Su esposa atravesó el hall para averiguarlo, y más tarde regresó.

—Las ocho menos cuarto.

—Empezarán la primera pelea en pocos minutos —dijo él—. Apenas un combate de prueba. Luego habrá cuatro rounds entre Dealer Wells y Gridley, y diez rounds entre Starlight y un marinero. No tardarán más de una hora.

Al final de otro silencio de diez minutos, Tom se puso de pie.

—La verdad, Lizzie, es que no he tenido un entrenamiento adecuado.

Fue a buscar el sombrero y se dirigió a la puerta. No le dio un beso —nunca lo hacía al salir—, pero aquella noche, ella se atrevió a besarlo, abrazándolo y obligándolo a inclinar su cara hasta la de ella. Parecía muy pequeña al lado de aquel gigante.

—Buena suerte, Tom —dijo—. Tienes que ganarle.

—Sí, tengo que ganarle —repitió él—. Eso es todo. Tengo que ganarle.

Sonrió, tratando de ser cariñoso, mientras ella se apretaba aún más contra él. Por encima de los hombros de ella podía ver la habitación vacía. Era todo lo que tenía en el mundo, junto con una renta atrasada, y ella y los niños. Y estaba a punto de salir esa noche para conseguir carne para su hembra y sus cachorros —no como un moderno obrero que va a su grilla mecánica, sino de una manera antigua, primitiva, real, animal: peleando por ello.

—Tengo que ganarle —repitió, esta vez con un atisbo de desesperación en la voz—. Si gano, serán treinta libras, y podré pagar todo lo que debo, y sobrará un poco de dinero. Si pierdo, estoy fregado, ni siquiera me quedará un penique para volver en el tranvía. El secretario me dio todo lo que corresponde por perder. Adiós, mujer. Volveré directo a casa si gano.

—Y te estaré esperando —le dijo ella a través del hall.

Dos millas lo separaban de Gayety, y mientras caminaba recordó que en sus días victoriosos —una vez había sido el campeón de los pesados en Nueva Gales del Sur— se habría desplazado en taxi al combate y que, muy probablemente, algún admirador seguidor habría pagado el taxi y lo habría acompañado. Eran Tommy Burns y aquel negro yanqui, Jack Johnson —ellos iban en automóviles—. ¡Y él ahora iba a pie! Y, como lo sabe cualquiera, dos millas no son el mejor preliminar para una pelea. Era un tipo ya maduro, y el mundo no se portaba bien con los maduros. No sabía hacer nada, excepto el trabajo de peón, y la nariz rota y las orejas hinchadas no lo ayudaban demasiado. Se encontró a sí mismo deseando haber aprendido algún oficio. Habría sido mejor a largo plazo. Pero nadie se lo había aconsejado y, en lo profundo de su corazón, sabía que, de todos modos, no habría hecho caso. Había sido tan fácil. Mucho dinero —peleas cortas y gloriosas—, períodos de descanso y de entrenamiento —un séquito de obsecuentes, las palmadas en el hombro, los apretones de manos, los ricachones contentos de pagarle un trago por el privilegio de cinco minutos de charla—, y la gloria, el público aullante, el final de torbellino, el árbitro

diciendo «¡Ganador: King!», y su nombre en las columnas de deporte al día siguiente.

¡Qué buenos tiempos aquellos! Pero ahora se daba cuenta, en ese día lento y caviloso, de que él era uno de esos boxeadores viejos a los que había noqueado. Él era la Juventud, el ascenso; y ellos eran la Edad, la decadencia. No sorprendía que hubiera sido sencillo: ellos, con las venas hinchadas y los nudillos tumefactos, y cansados hasta los huesos por las largas batallas que habían librado. Recordaba la época en que había noqueado al viejo Stowsher Bill, en Rush-Cutters Bay, en el decimooctavo round y que después el viejo Bill había llorado como un bebé, en el vestuario. Quizá Bill tenía deudas. Quizá tenía en casa a una mujer y a un par de chicos. Y quizá Bill, el mismo día de la pelea, había tenido hambre de un bistec. Bill había recibido una increíble paliza. Ahora que él mismo estaba en desgracia podía ver que, aquella noche, veinte años antes, Stowsher Bill había corrido más riesgos que el joven Tom King, quien había peleado por la gloria y por el dinero fácil. No era una sorpresa que Stowsher Bill llorara en el vestuario.



Bueno, para comenzar, un hombre tenía en él solamente una cantidad determinada de peleas. Era la ley de hierro del deporte. Un hombre podía tener cien peleas duras; otro, apenas veinte; cada uno de ellos, de acuerdo con su contextura y sus fibras, tenía un número definido y, cuando las había peleado, estaba acabado. Sí, él había tenido más peleas que la mayoría de ellos, y había librado más de las que le correspondían —el tipo de peleas difíciles, agotadoras, que llevaban el corazón y los pulmones al punto de reventar, que terminaban con la elasticidad de las arterias y convertían en nudos recios de los músculos la flexibilidad de la Juventud, que destruían los nervios y la resistencia, y hacían que el cerebro y los huesos se agotaran por el exceso de esfuerzo—. Sí, su carrera era mejor que la de ellos. No quedaba ninguno de sus antiguos compañeros de pelea. Era el último de la vieja guardia. Había visto cómo acababan todos ellos, y hasta había intervenido en acabar con algunos.

Lo habían probado con los boxeadores viejos, y a uno tras otro los había puesto fuera de combate —riéndose cuando lloraban en el vestuario, como el viejo Stowsher Bill—. Ahora, el boxeador viejo era él, y a los jóvenes los probaban con él. Como a ese tipo, Sandel. Había llegado desde Nueva Zelanda, donde tenía un buen récord. Pero no todos en Australia sabían de él, de modo que lo pusieron a pelear contra el viejo Tom King. Si Sandel daba un buen espectáculo, le propondrían mejores hombres contra los cuales pelear, mejores bolsas que ganar; todo ello dependía de que pudiera librarse una feroz batalla. Tenía mucho que ganar —dinero, gloria y carrera—; y Tom King era el canoso obstáculo que se interponía en el camino a la fama y la fortuna. Y no tenía nada que ganar, excepto treinta libras, para pagar al propietario y a los comerciantes. Y mientras Tom King razonaba de este modo, se agregó a su impasible visión la imagen de la Juventud, la gloriosa Juventud, elevándose exultante e invencible, de músculos flexibles y piel de seda, con el corazón y los pulmones que nunca se agotaban y que se burlaba de la limitación de los esfuerzos. Sí, la Juventud era Némesis. Destruía a los boxeadores viejos y no le importaba que, al hacerlo, se estuviera destruyendo a sí misma. Agrandaba las arterias y machacaba los nudillos, y a su vez era destruida por la Juventud. Pues la Juventud es siempre joven; solamente la Edad envejecía.

En Castlereagh Street giró a la izquierda, y tres cuadras después llegó a Gayety. Un grupo de jóvenes gandules que esperaban en la puerta le abrieron paso con respeto, cuando oyó a uno que le decía al otro: «¡Es él! ¡Es King!».

Dentro, en el camino al vestuario, se encontró con el secretario, un joven de mirada penetrante y facciones astutas, quien le estrechó la mano.

—¿Cómo te sientes, Tom? —preguntó.

—Afinado como un violín —respondió King, aunque sabía que estaba mintiendo, y que si él hubiera tenido una libra, la daría con gusto allí mismo por un buen bistec.

Cuando salió del vestuario, con los segundos detrás de él, y llegó al corredor que conducía al cuadrilátero en el centro de la sala, brotó un estallido de saludos y

aplausos de la muchedumbre que esperaba. Tom agradeció los saludos a izquierda y derecha, aunque conocía pocas de las caras. La mayoría eran las caras de muchachos que no habían nacido cuando él ya estaba ganando sus primeros laureles en el ring. Dio un ligero salto hasta la plataforma elevada y se deslizó entre las cuerdas hacia su esquina, donde se sentó en un banco plegadizo. Jack Ball, el árbitro, se acercó a estrecharle la mano. Ball era un púgil venido a menos que no se había subido al ring hacía más de diez años para una pelea principal. King estaba contento de tenerlo como árbitro. Ambos eran boxeadores viejos. Si tenía que forzar un poco las reglas con Sandel, sabía que podía contar con que Ball lo pasara por alto.

El árbitro presentó a los jóvenes pesos pesados novatos que subieron al ring, uno después de otro. También proclamó los desafíos.

—El joven Pronto —anunció Ball—, del norte de Sídney, reta al ganador de esta pelea por cincuenta libras de apuesta.

El público aplaudió y volvió a aplaudir cuando el propio Sandel saltó entre las cuerdas y se sentó en su esquina. Tom King lo miró a través del ring con curiosidad, pues en pocos minutos estarían trabados en un combate sin piedad, y cada uno de ellos trataría con todas sus fuerzas de noquear al otro y dejarlo inconsciente. Pero era poco lo que podía ver, pues Sandel, como él mismo, llevaba pantalones y una sudadera sobre la ropa de boxeo. Su cara era muy atractiva, y estaba coronada por una mata crespa de cabello rubio, mientras su cuello, grueso y musculoso, dejaba adivinar un cuerpo magnífico.

El joven Pronto fue a una de las esquinas y luego a la otra, estrechó las manos de los principales y luego bajó del ring. Los desafíos continuaban. Entre las cuerdas siempre subía la Juventud —Juventud desconocida, pero insaciable—, y le gritaba a la humanidad que, con fuerza y destreza, se las vería con el ganador.

Algunos años antes, en el apogeo de su invencibilidad, King se había divertido y aburrido con tales preliminares. Pero ahora las presenciaba fascinado, incapaz de apartar la vista de la Juventud. Esos jóvenes ascendentes en el boxeo siempre estaban saltando al ring entre las cuerdas y clamando su desafío; y siempre se los enfrentaba con boxeadores viejos. Trepaban hasta el éxito sobre los cuerpos de los viejos. Y siempre venían, más y más jóvenes —la Juventud ávida e irresistible—, y siempre acababan con los viejos, se convertían ellos mismos en boxeadores viejos y recorrían el mismo camino descendente, mientras que, detrás, presionando, estaba la Juventud eterna: los nuevos chicos, que crecían ambiciosos y capaces de arrastrar a sus mayores, con más chicos detrás de ellos en el fin de los tiempos. La Juventud tiene su propia voluntad y eso nunca morirá.

King miró hacia la cabina de la prensa y saludó a Morgan, del *Sportsman*, y a Corbert, del *Referee*. Luego extendió las manos, mientras Sid Sullivan y Charley Bates, sus segundos, le calzaban los guantes y los ataban, observados de cerca por uno de los segundos de Sandel, quien primero examinó críticamente las bandas sobre los nudillos de King. Un segundo de este se hallaba en la esquina de Sandel, haciendo

lo mismo. Sandel se quitó los pantalones y, mientras estaba de pie, se quitó la sudadera por la cabeza. Y Tom King, al mirarlo, vio a la Juventud encarnada, de ancho pecho, fuertes tendones, con músculos que serpenteaban como cosas vivas bajo la blanca piel satinada. Todo el cuerpo estaba animado de vida, y Tom King sabía que era una vida que nunca había perdido su frescura a través de los dolientes poros durante las largas peleas en que la Juventud paga su tributo y sale menos joven que al entrar.

Los dos hombres avanzaron hasta encontrarse y, cuando sonó la campana y los segundos estuvieron fuera del ring con los bancos plegables, estrecharon las manos e inmediatamente adoptaron su actitud de pelea. Enseguida, como un mecanismo de acero y resortes disparado por un gatillo, Sandel avanzó y retrocedió, descargando una izquierda a los ojos, una derecha a las costillas, esquivando un contraataque, bailoteando ligeramente hacia atrás y bailoteando amenazante hacia adelante. Era rápido e inteligente, y estaba dando una exhibición deslumbrante. El público aullaba de admiración. Pero King no se dejaba deslumbrar. Había peleado demasiados combates con demasiados jóvenes. Valoraba los golpes por lo que eran: demasiado rápidos y demasiado hábiles para ser peligrosos. Evidentemente, Sandel apresuraría las cosas desde el comienzo. Había que esperarlo. Era el método que tenía la Juventud, que gastaba su esplendor y su excelencia en rebeldías salvajes y ataques furiosos, agobiando al oponente con su propio, ilimitado estallido de fortaleza y deseo.



Sandel iba y venía, de aquí para allá, por todas partes, ligero de pies e impaciente, una maravilla viva de carne blanca y precisos músculos que se trenzaba en una deslumbrante fábrica de ataques, deslizamientos y saltos, como una nave que volaba de acción en acción y a través de miles de acciones centradas en la destrucción de Tom King, que se interponía entre él y la fortuna. Y Tom King resistió pacientemente. Conocía el boxeo y conocía a la Juventud y sabía que la Juventud ya no le pertenecía. Pensó que no había nada que hacer hasta que el otro perdiera algo de ese fervor, y se sonrió mientras esquivaba deliberadamente para recibir un pesado golpe en la parte superior de la cabeza. Era una astucia, aunque absolutamente aceptable de acuerdo con las reglas del boxeo. Se suponía que un hombre tenía que cuidar de sus propios nudillos y, si insistía en pegar al oponente en la parte superior de la cabeza, lo hacía por su cuenta y riesgo. King podría haber esquivado más bajo y dejado que el golpe se perdiera en el aire sin daño alguno, pero recordó sus propias primeras peleas y cómo golpeó su primer nudillo en la cabeza del Terror Galés. Estaba iniciándose apenas en el deporte. Ese esquive contaba para uno de los nudillos de Sandel. No es que a Sandel le importara ahora. Continuaría, soberbio y despreocupado, golpeando tan fuerte como siempre a lo largo de toda la pelea. Pero luego, cuando las largas batallas del ring comenzaran a hablar, lamentaría aquel nudillo y miraría hacia atrás y recordaría cómo lo había estrellado contra la cabeza de Tom.

El primer round fue para Sandel, y toda la sala aullaba por la rapidez de sus arremolinados ataques. Agobió a King con avalanchas de puñetazos, y King no hizo nada. Nunca conectó un golpe, se contentó con cubrirse, bloquear y esquivar, y provocar el clinch para evitar el castigo. Ocasionalmente hacía una finta, sacudía la cabeza cuando el peso de un puñetazo daba en el blanco y se movía impasiblemente hacia atrás, sin saltar ni rebotar para evitar el gasto de energía. Sandel debía agotar la espuma de la Juventud antes de que la Edad discreta pudiera atreverse a la represalia. Todos los movimientos de King eran lentos y metódicos, y sus ojos de pesados párpados y casi inmóviles le daban el aspecto de estar dormido o aturdido. Sin embargo, eran ojos que lo veían todo, que habían sido entrenados para ver todo a través de sus veinte años y pico en el ring. Eran ojos que no pestañeaban ni oscilaban ante un golpe inminente, sino que observaban fríamente y calculaban la distancia.

Sentado en su esquina durante el minuto de descanso al final del round, Tom se recostó hacia atrás, estirando las piernas, con sus brazos descansando en el ángulo recto de las sogas, con su pecho y abdomen jadeando franca y profundamente, mientras tragaba el aire aventado por las toallas de sus segundos. Escuchó con los ojos cerrados las voces de los espectadores:

—¿Por qué no peleas, Tom? —gritaron varios—. No le tendrás miedo, ¿no?

—Tiene los músculos paralizados —oyó comentar a un hombre en uno de los asientos de las primeras filas—. No puede moverse más rápido. Dos a uno para Sandel, en libras.

La campana sonó y los dos hombres avanzaron desde sus esquinas. Sandel cubrió

tres cuartos de esa distancia, dispuesto a comenzar; pero King se contentó con avanzar una distancia más corta. Estaba en consonancia con su táctica de economía. No había entrenado bien y no había tenido lo suficiente para comer; cada paso contaba. Además, ya había caminado dos millas hasta el ring. Era una repetición del primer round: Sandel atacaba como un torbellino y el público preguntaba indignado por qué King no peleaba. Más allá de las fintas y de varios golpes deliberadamente lentos e ineficaces, no hizo nada salvo bloquear, enfriar la pelea y provocar el clinch. Sandel quería acelerar el ritmo, mientras que King, en su sabiduría, se negaba a acomodarse a él. Hizo una mueca de nostálgico pathos con su semblante tumefacto, y siguió resguardando la energía con el celo del que solo la Edad es capaz. Sandel era la Juventud, y la desperdiciaba con el munificente abandono de la Juventud. El dominio del ring seguía perteneciendo a King, gracias a la sabiduría adquirida en largos y dolorosos combates. Miraba con ojos fríos, moviéndose lentamente y esperando que la espuma de Sandel se dispara. Para la mayoría de los espectadores, parecía que King se sentía superado, y gritaban su opinión en las apuestas de tres a uno a favor de Sandel. Pero algunos, más sabios, unos pocos, conocían al King de otros tiempos y cubrieron las ofertas, que consideraban dinero fácil.

El tercer round empezó como todos, desparejo: Sandel lideraba y propinaba todo el castigo. Medio minuto había pasado, cuando Sandel, demasiado confiado, dejó una abertura. Los ojos de King y su brazo derecho centellearon al mismo instante. Fue su primer golpe real —un gancho, con el brazo rotado para volverlo rígido y con todo el peso del cuerpo a medias pivoteado—. Era como un león supuestamente dormido que de repente lanzaba un zarpazo. Sandel, alcanzado en un lado de la mandíbula, cayó derribado como un novillo. El público se sobresaltó y aplaudió de espanto. Después de todo, King no tenía los músculos paralizados, y podía lanzar un golpe como un mazazo.

Sandel quedó muy sentido. Giró sobre un lado e intentó levantarse, pero los agudos chillidos de sus segundos lo retuvieron para que aprovechara la cuenta. Se incorporó sobre una rodilla, listo para levantarse, y esperó, mientras el árbitro estaba de pie junto a él, contando los segundos en voz alta. A la cuenta de nueve se levantó en actitud ofensiva, y Tom King, frente a él, lamentó que el golpe no hubiera alcanzado más certeramente la mandíbula. De haber sido un nocaut, podría haber llevado las treinta libras a su casa para su mujer y sus hijos.

Los últimos minutos del round transcurrieron con el respeto de Sandel por su oponente y con King lento en sus movimientos y con los ojos somnolientos como siempre. Cerca del cierre del round, King, alertado por los segundos que esperaban agachados para saltar entre las cuerdas, llevó la pelea a su propia esquina. Y cuando sonó la campana, se sentó inmediatamente en el banco, mientras Sandel tuvo que caminar en diagonal por el cuadrilátero para volver a su rincón. Era una pequeñez, pero la suma de pequeñeces contaba. Sandel se vio obligado a caminar aquellos pasos de más, renunciar a aquella energía y perder una parte del precioso minuto de

descanso. Al comienzo de cada round, King se arrastraba lentamente desde su esquina, forzando a su oponente a avanzar una distancia mayor. Al final de cada round, King maniobraba la pelea hacia su propio rincón, para poder sentarse de inmediato.

Transcurrieron otros dos rounds, en los cuales King era parsimonioso en su esfuerzo y Sandel, pródigo. El intento de este último por forzar un ritmo más rápido incomodó a King, pues un porcentaje de los múltiples golpes que llovieron sobre él dieron en el blanco. Sin embargo, King persistió en su lentitud tenaz, a pesar de los gritos de los exaltados para que avanzara y peleara. Nuevamente, en el sexto round, Sandel se descuidó, y nuevamente la temible derecha de Tom King restalló contra la mandíbula, y nuevamente Sandel aprovechó los nueve segundos de la cuenta.

Hacia el séptimo round, la buena condición de Sandel había desaparecido y debió acomodarse a la pelea más dura de su carrera. Tom King era un boxeador viejo, pero el mejor entre los que había encontrado, uno que nunca perdía el temple, uno notablemente hábil en defensa, y cuyos golpes tenían el impacto de una maza, con la posibilidad de un nocaut en ambos puños. Sin embargo, Tom King no se atrevía a pegar con frecuencia. Nunca olvidaba sus nudillos tumefactos, y sabía perfectamente que cada impacto contaba si quería que los nudillos le duraran toda la pelea. Cuando se sentó en su esquina, mirando al contrincante, tuvo el pensamiento de que la suma de su sabiduría y la juventud de Sandel podrían constituir un campeón mundial de pesos pesados. Pero ese era el problema. Sandel nunca se convertiría en un campeón mundial. Carecía de la sabiduría, y la única manera que tenía para adquirirla era su Juventud: cuando la sabiduría le perteneciera, se habría gastado la Juventud en comprarla.

King aprovechó todas las ventajas que conocía. Nunca perdió la oportunidad de un clinch; la mayoría de las veces, al quedar trabado, sus hombros impactaban contra las costillas del otro. En la filosofía del ring, un hombro era tan bueno como un puñetazo en cuanto al daño que podía provocar, y mucho mejor en cuanto al gasto de energía. Además, el clinch permitía que King cargara su peso sobre el oponente, de ahí que no se apresurara en deshacerlo. Esto obligaba a la intervención del árbitro, que los separaba, siempre asistido por Sandel, que todavía no había aprendido a descansar. No podía abstenerse de usar aquellos gloriosos brazos móviles y sus tensos músculos, y cuando el otro forzaba un clinch, impactando los hombros contra las costillas y con la cabeza descansando sobre el brazo izquierdo de Sandel, este casi invariablemente llevaba su derecha detrás de la espalda, hacia la cara que se proyectaba. Era un golpe inteligente, muy admirado por el público, pero no presentaba peligro y, por tanto, era más que nada energía desperdiciada. Pero Sandel no se cansaba y no era consciente de sus limitaciones, mientras King sonreía con una mueca y resistía tenazmente.

Sandel propinó un feroz derechazo al cuerpo, dando la impresión de que King estaba recibiendo un gran castigo, y fueron solamente los viejos aficionados los que

apreciaron el hábil toque del guante izquierdo de King sobre los bíceps del otro, justo antes del impacto del golpe. Era cierto, el golpe dio en el blanco, pero fue privado de su efecto gracias al toque en los bíceps. En el noveno round, tres veces en el lapso de un minuto, la derecha de King descargó su gancho rotado sobre la mandíbula, y tres veces el cuerpo de Sandel, pesado como era, cayó a la lona. Las tres veces recibió una cuenta de nueve, lo que le permitió levantarse aturrido, pero todavía fuerte. Había perdido buena parte de su velocidad y gastaba menos energía. Estaba peleando con resolución, pero seguía recurriendo a su principal cualidad, que era la Juventud. La principal cualidad de King era la experiencia. Como su vitalidad había disminuido y su vigor mermaba, los había remplazado con astucia, con la sabiduría nacida de las largas peleas y con una cuidadosa administración de la energía. No solamente había aprendido a no hacer nunca movimientos superfluos, sino que también había aprendido a seducir a un oponente para que despilfarrara su energía. Una y otra vez, con una finta de pies, manos y cuerpo, seguía manipulando a Sandel para que saltara, esquivara o contraatacara. King descansaba, pero nunca permitía que Sandel lo hiciera. Era la estrategia de la Edad.

Apenas iniciado el décimo round, King comenzó a detener los ataques del otro con directos de izquierda a la cara, y Sandel, cada vez más prudente, respondió lanzando la izquierda, luego esquivando y descargando con su derecha un gancho largo a un costado de la cabeza. Era demasiado alto para ser vitalmente efectivo, pero cuando dio en el blanco, King sintió en su mente el viejo y familiar descenso al negro velo de la inconsciencia. Por un instante, o más bien por la mínima fracción de un instante, tuvo un blanco. En un momento vio a su oponente esquivando fuera del campo de visión y el fondo de caras blancas y atentas; al momento siguiente, vio otra vez a su oponente y el fondo de caras. Era como si se hubiera dormido durante un rato y hubiera vuelto a abrir los ojos y, sin embargo, el intervalo de inconsciencia fue tan microscópicamente breve que no tuvo tiempo de caer. El público vio que titubeaba y que sus rodillas flaqueaban, pero luego lo vio recobrarse y meter su mentón más profundamente en el refugio de su hombro izquierdo.

Varias veces Sandel repitió el golpe, manteniendo a King parcialmente aturrido, y luego este mejoró la defensa, que era también un contraataque. Haciendo fintas con su izquierda dio medio paso hacia atrás, lanzando al mismo tiempo un uppercut con toda la potencia de su derecha. Tan precisamente sincronizado, que aterrizó de lleno en la cara en el trayecto hacia abajo del esquive, de modo que Sandel quedó levantado en el aire y se curvó hacia atrás, impactando en la lona con la cabeza y los hombros. King repitió el golpe dos veces, y luego se calmó y arrinconó a su oponente contra las cuerdas. No le dio a Sandel la oportunidad de descansar ni de restablecerse, sino que disparó golpe tras golpe hasta que el público se puso en pie y el aire se llenó con un ininterrumpido rugir de aplausos. Pero la fortaleza y la resistencia de Sandel eran supremas, y seguía en pie. El nocaut parecía tan seguro que el capitán de policía, impresionado por el horrible castigo, apareció en el ringside para detener la pelea. La

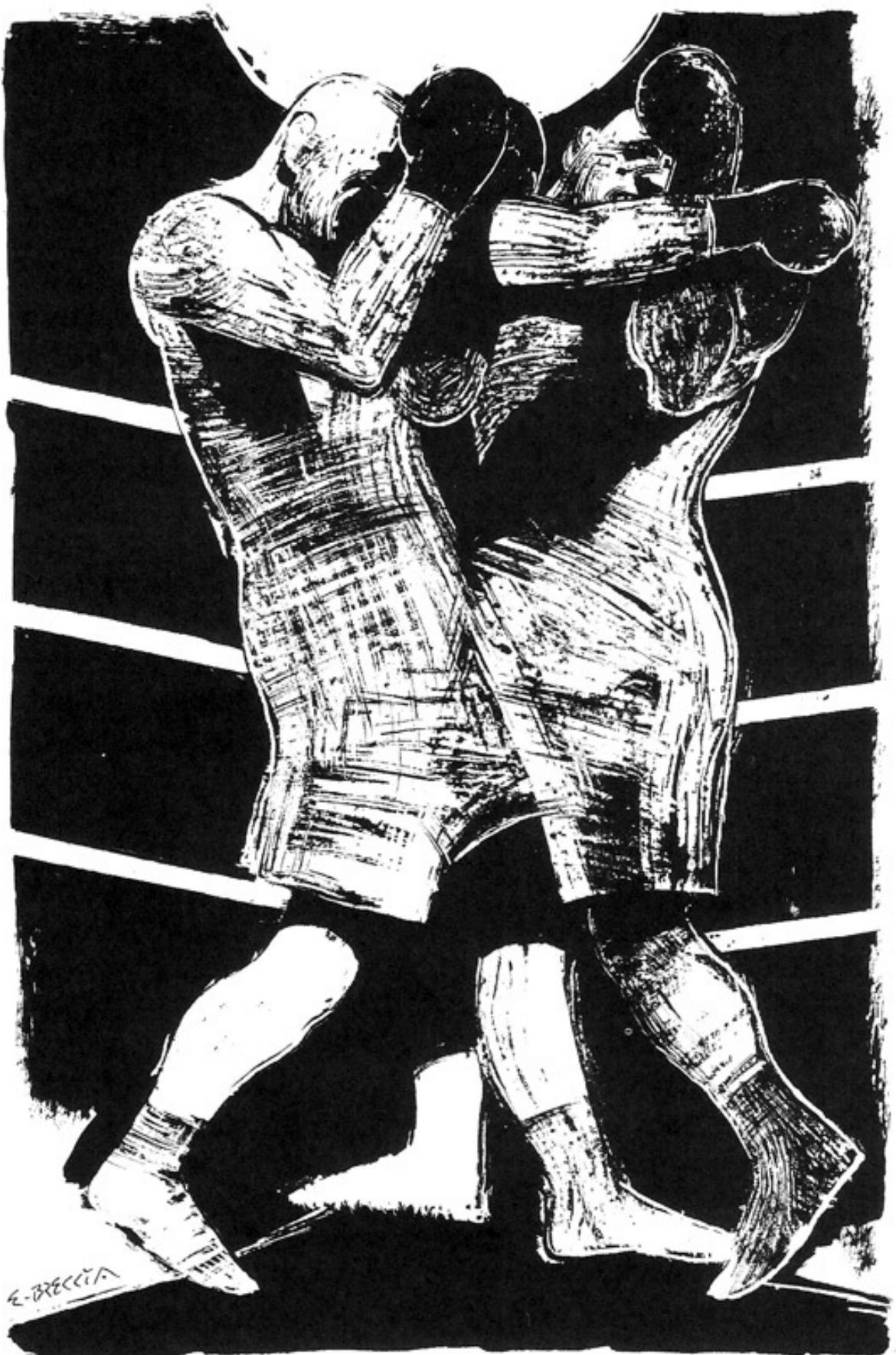
campana sonó para dar por terminado el round y Sandel se dirigió tambaleándose a su esquina, mientras le decía al capitán que estaba sólido y fuerte. Para probarlo dio un par de saltos, y el policía desistió.

Tom King, en su esquina, respirando con dificultad, estaba contrariado. Si la pelea hubiera sido detenida, el árbitro, por fuerza, habría aceptado la decisión y la bolsa habría sido suya. A diferencia de Sandel, él no estaba peleando por la gloria ni por la carrera, sino solo por treinta libras. Y ahora Sandel podría recuperarse en el minuto de descanso.

«La Juventud se impondrá»; este dicho relampagueó en la mente de King, y recordó la primera vez que la había oído, la noche en que había noqueado a Stowsher Bill. El ricachón que le había pagado un trago después de la pelea y le había palmeado el hombro había usado esas palabras. ¡La Juventud se impondrá! El ricachón estaba en lo cierto. Y aquella noche, años atrás, él había sido la Juventud. Esta noche, la Juventud estaba en la esquina opuesta. En cuanto a él, llevaba peleando media hora, y ya era un hombre maduro. Si hubiera peleado como Sandel, no habría durado ni quince minutos. Pero el punto era que no se recuperaba. Aquellas arterias sobresalientes y aquel corazón dolorosamente cansado no le permitirían recuperar las fuerzas en los intervalos entre rounds. Y, para empezar, no tenía energía suficiente. Las piernas le pesaban y comenzaban a acalambrarse. No tendría que haber caminado aquellas dos millas antes de la pelea. Y estaba el bistec por el que había suspirado aquella mañana. Lo invadió un odio terrible contra los carniceros que se habían negado a fiarle. Era difícil para un hombre maduro afrontar una pelea sin el alimento suficiente. Y un bistec era una pequeñez, apenas unos peniques; sin embargo, para él, significaba treinta libras.

Con la campana que dio inicio al undécimo round, Sandel se lanzó al ataque, haciendo gala de una frescura que no poseía realmente. King sabía de qué se trataba: era un bluf tan viejo como el deporte mismo. Se trabó en un clinch para no gastar energía, luego, apartándose, dejó que Sandel se preparara. Esto era lo que King quería. Hizo fintas con la izquierda, esquivó y lanzó un gancho largo ascendente, luego dio medio paso hacia atrás, conectó un uppercut de lleno en la cara y mandó a Sandel a la lona. Después no lo dejó descansar, recibiendo también él un castigo, pero infligiendo uno mayor, barriendo a Sandel hasta las cuerdas, con ganchos y directos, y todo tipo de golpes, deshaciendo los abrazos o golpeándolo ante cualquier intento de clinch, y siempre que Sandel se inclinaba, sorprendiéndolo con un puñetazo hacia arriba y otro que inmediatamente lo ponía contra las cuerdas, donde no pudiera caerse.

El público en ese momento estaba enloquecido, y era su público, pues casi todas las voces aullaban: «¡Acáballo, Tom!» «¡Acaba con él!» «¡Ya lo tienes!». Tendría que ser un final de torbellino, eso era lo que el público del ringside pagaba por ver.



Y Tom King, que había conservado su energía durante media hora, la gastaba ahora con prodigalidad en el único gran esfuerzo posible. Era su única oportunidad: ahora o nunca. Su energía declinaba rápidamente, y antes de que la última brizna lo abandonara, su esperanza era vencer a su oponente a la cuenta de diez. A medida que continuaba pegando y forzando, estimando fríamente el peso de sus golpes y la calidad del daño provocado, se dio cuenta de lo difícil que era noquear a un hombre como Sandel. Su resistencia era extrema, era la resistencia virgen de la Juventud. Sandel tenía un gran futuro. Solamente de aquella madera estaban hechos los boxeadores exitosos.

Sandel se tambaleaba, pero las piernas de Tom King estaban muy acalambradas y los nudillos le dolían. Sin embargo, se armó de valor para dar golpes feroces, cada uno de los cuales trajo agonía a sus manos destrozadas. Aunque ahora casi no estaba recibiendo castigo, se debilitaba tan rápidamente como el otro. Sus golpes daban en el blanco, pero ya no tenían el peso de antes, y cada puñetazo era el resultado de un severo esfuerzo de voluntad. Sus piernas eran como plomo y se arrastraban visiblemente; mientras, los partidarios de Sandel, alentados por ese síntoma, empezaron a vitorear a su hombre.

King se animó con un estallido de fuerza. Dio dos golpes sucesivos —una izquierda, apenas demasiado elevada, al plexo solar, y un cross a la mandíbula—. No fueron golpes muy pesados; con todo, Sandel estaba tan débil y aturrido que cayó y quedó temblando. El árbitro, de pie junto a él, le gritó la cuenta de los segundos fatales al oído. Si no se levantaba antes de que se pronunciara el décimo, perdería la pelea. El público se quedó en silencio. King se mantuvo en pie sobre sus piernas temblorosas. Un mareo mortal se abatió sobre él y, ante sus ojos, el mar de caras osciló y se hundió, mientras que a sus oídos llegaba, como desde una distancia remota, la cuenta del árbitro. La pelea era suya. Era imposible que un hombre tan castigado pudiera levantarse. Solamente la Juventud podía levantarse, y Sandel se levantó. A la cuenta de cuatro movió la cabeza y manoteó ciegamente hacia las cuerdas. A la cuenta de siete se sostenía en una rodilla, en la que descansaba, con la cabeza oscilando atontada entre los hombros. Cuando el árbitro gritó «¡Nueve!», Sandel se puso en pie, en guardia, con su brazo izquierdo plegado contra su cara y el derecho contra el estómago. Sus puntos vitales estaban resguardados, mientras se inclinaba hacia adelante para acercarse a King, con la esperanza de provocar un clinch y ganar más tiempo.

En el instante en que Sandel se levantó, King se hallaba junto a él, pero los dos golpes que conectó fueron amortiguados por los brazos en guardia. Un momento después Sandel estaba en clinch y sosteniéndose desesperadamente, mientras el árbitro se esforzaba por separar a los dos hombres. King contribuyó a liberarse. Conocía la rapidez con la que la Juventud se recuperaba, y sabía que Sandel era suyo si podía evitar esa recuperación. Un golpe duro lo logaría. Sandel era suyo, sin dudas. Lo había superado en táctica, le había ganado en caídas, le iba ganando por

puntos. Sandel salió del clinch tambaleándose, haciendo equilibrio en la fina línea que separa la derrota de la supervivencia. Un buen golpe lo haría perder el equilibrio y caería. Y Tom King, en un relámpago de amargura, recordó el bistec y deseó haberlo tenido para ese golpe necesario que tenía que lanzar. Se preparó para el golpe, pero no resultó lo suficientemente pesado ni rápido. Sandel osciló pero no cayó, y volvió tambaleando hacia las cuerdas para sostenerse. King se tambaleó hasta él y, con un dolor parecido a una disolución, conectó otro golpe. Pero su cuerpo lo había abandonado. Todo lo que quedaba de él era la inteligencia táctica, disminuida y borrosa por el cansancio. El golpe que apuntaba a la mandíbula impactó apenas en el hombro. Había querido que fuera más alto, pero los cansados músculos no habían sido capaces de obedecer. Y, desde el impacto del golpe, Tom King osciló hacia adelante y hacia atrás hasta casi caer. Una vez más se esforzó. Esta vez, su golpe falló y, a causa de la absoluta debilidad, cayó sobre Sandel y se trabó en un clinch, sosteniéndose en él para evitar derrumbarse en el suelo.

King no intentó liberarse. Había agotado sus recursos. Estaba ausente. Y la Juventud se había impuesto. Aun en el clinch podía sentir que Sandel se iba fortaleciendo. Cuando el árbitro los apartó, allí, ante sus ojos, vio a la Juventud recuperada. Instante tras instante, Sandel se fortalecía. Sus golpes, débiles y fútiles al principio, se volvieron más rígidos y precisos. La visión borrosa de Tom King vio el puño enguantado dirigirse a su mandíbula, y quiso protegerse interponiendo el brazo. Vio el peligro, quiso actuar, pero el brazo estaba demasiado pesado. Parecía llevar un lastre de cien kilos de plomo. No se levantaría por sí mismo, y él tuvo que esforzarse para levantarla con el alma. Luego el puño enguantado dio en el blanco. Experimentó un chasquido agudo que era como una descarga eléctrica y, simultáneamente, lo envolvió el velo de la noche.

Cuando abrió los ojos nuevamente estaba en su esquina, y oía el aullido del público como el rugido de las olas en la playa de Bondi. Exprimían una esponja húmeda contra la base de su cráneo y Sid Sullivan lo rociaba con agua fría sobre la cara y el pecho. Ya le habían quitado los guantes, y Sandel, inclinado sobre él, le estrechaba la mano. No abrigaba malos deseos hacia el hombre que lo había noqueado, y devolvió el apretón con una cordialidad que le hizo doler los nudillos. Luego, Sandel caminó hacia el centro del ring y el público acalló el griterío para oírlo anunciar que aceptaba el desafío del joven Pronto y ofrecía aumentar la apuesta de una a cien libras.

King miró con apatía mientras sus segundos enjugaban el agua, secaban su cara y lo preparaban para abandonar el ring. Tenía hambre. No el hambre común, lacerante, sino un desfallecimiento, una palpitación en la boca del estómago que se comunicaba a todo el cuerpo. Recordó el momento de la pelea en que había tenido a Sandel titubeando al borde de la derrota. ¡Ah, ese bistec lo habría logrado! Le había faltado solo eso para el golpe decisivo, y había perdido. Todo por culpa del bistec.

Sus segundos iban a ayudarlo a deslizarse entre las cuerdas. Los apartó, esquivó

las cuerdas sin ayuda y saltó pesadamente al suelo, siguiéndolos de cerca mientras le abrían paso en el atestado corredor central. Al salir del vestuario hacia la calle, a la entrada del hall, algunos jóvenes le hablaron.

—¿Por qué no lo liquidaste cuando lo tenías? —le preguntó un joven.

—¡Vete al diablo! —respondió Tom King, y bajó los escalones hasta la acera.

Las puertas del recinto estaban abiertas y vio las luces y a los sonrientes camareros, oyó varias voces que analizaban la pelea y el próspero tintineo del dinero en el bar. Alguien lo llamó para que tomara un trago. Vaciló perceptiblemente, y luego rechazó el ofrecimiento y siguió su camino.



E. DRECCIN

No tenía un cobre en el bolsillo y la caminata de dos millas le parecía muy larga. Ciertamente se estaba volviendo viejo. De pronto, cuando cruzaba el Dominio, se dejó caer en un banco, incómodo ante el pensamiento de la mujer sentada que esperaba saber el resultado de la pelea. Eso era más duro que cualquier nocaut, y le parecía casi imposible de encarar.

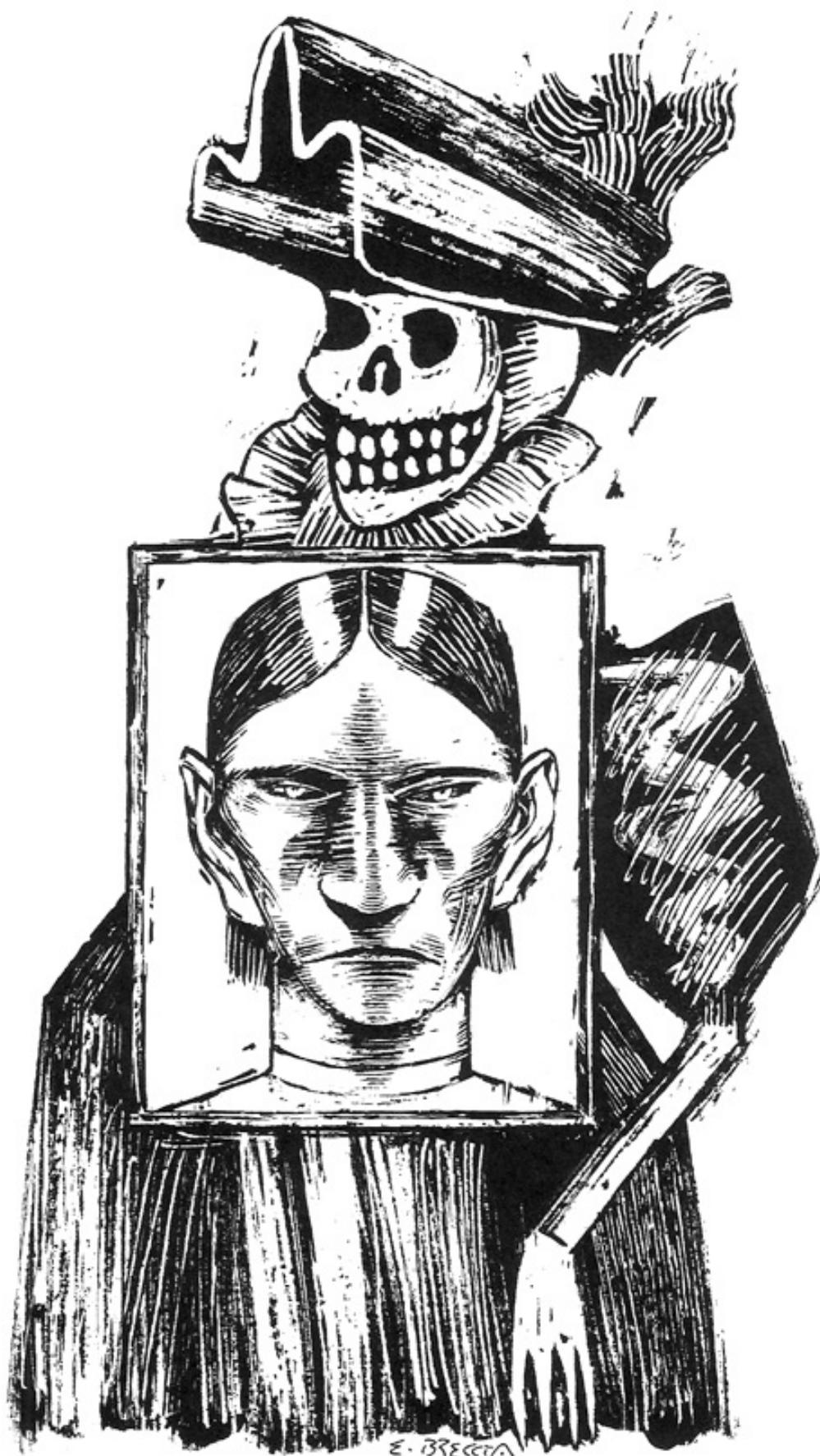
Se sintió débil y dolorido, y el tormento de sus nudillos destrozados le advirtió que, aun cuando pudiera encontrar trabajo como peón, pasaría una semana antes de que fuera capaz de sostener un pico o una pala. La palpitación de hambre en la boca del estómago era insoportable. Su miseria lo agobiaba y en sus ojos surgió una humedad involuntaria. Se cubrió la cara con las manos y, mientras lloraba, recordó a Stowsher Bill, cuando él se había impuesto aquella noche, años atrás. ¡Pobre viejo Stowsher Bill! Ahora podía entender por qué había llorado en el vestuario.

EL MEXICANO

I

Nadie conocía su historia, y menos los de la Junta. Él era el «pequeño misterio», el «gran patriota» y, a su manera, trabajaba tan duro como ellos por la inminente Revolución Mexicana. No estaban muy dispuestos a reconocerlo, pues a nadie en la Junta le gustaba aquel hombre. El día en que apareció por primera vez en los cuartos atestados y bulliciosos, todos sospecharon que era un espía, uno de los agentes comprados por el servicio secreto de Díaz. Demasiados de sus camaradas estaban en las cárceles civiles y militares de los Estados Unidos, y otros, encadenados, seguían siendo conducidos hasta la frontera para ser fusilados contra paredones de adobe.

A primera vista, el muchacho no los impresionó favorablemente. Era un muchacho, sí, de no más de dieciocho años, y no demasiado desarrollado para su edad. Anunció que se llamaba Felipe Rivera y que deseaba trabajar para la Revolución. Eso fue todo: ni una palabra de más, ni una explicación. Se quedó de pie, esperando. No apareció una sonrisa en sus labios, ni benevolencia en sus ojos. El gallardo Paulino Vera tuvo un estremecimiento. Había en ese muchacho algo siniestro, terrible, inescrutable. Había algo venenoso en sus ojos negros, parecidos a los de una serpiente. Ardían como un fuego frío, como con una gran amargura concentrada. Los paseaba de las caras de los conspiradores a la máquina de escribir que la pequeña señorita Sethby usaba industriosamente. Sus ojos se posaron en los de ella un solo instante —se había arriesgado a levantar la vista—, y también ella sintió algo innombrado que la hizo detenerse. Tuvo que releer para recuperar el hilo de la carta que estaba escribiendo.



Paulino Vera miraba inquisitivamente a Arrellano y a Ramos, y era inquisitiva la mirada que estos le devolvían y que intercambiaban entre sí. La indecisión de la duda se incubaba en sus ojos. Aquel esbelto muchacho era lo Desconocido, representaba la amenaza de lo Desconocido. Era indescifrable, por completo inaccesible para los honestos y comunes revolucionarios, cuyo odio feroz contra Díaz y su tiranía era, después de todo, el de honestos y comunes patriotas. En ese hombre había algo más, pero no sabían qué. Vera, siempre el más impulsivo, el más veloz para actuar, salió al cruce.

—Muy bien —dijo fríamente—. Dices que quieres trabajar por la Revolución. Quítate la chaqueta. Cuélgala allí. Te mostraré dónde están los baldes y los trapos. El piso está sucio. Empezarás por fregarlo, y por fregar el piso de los demás cuartos. Las salivaderas necesitan una limpieza. Y luego están las ventanas.

—¿Es por la Revolución? —preguntó el muchacho.

—Es por la Revolución —respondió Vera.

Rivera los miró con fría sospecha, y luego se quitó la chaqueta.

—Está bien —dijo.

Eso fue todo. Día tras día hacía su trabajo, barriendo, fregando, limpiando. Vaciaba de cenizas las estufas, traía el carbón y la leña, y encendía el fuego antes de que el más activo de todos ellos llegara a su despacho.

—¿Puedo dormir aquí? —preguntó en una ocasión.

¡De modo que de eso se trataba! La mano de Díaz empezaba a aparecer: dormir en los cuartos de la Junta significaba el acceso a sus secretos, a las listas de nombres, a las direcciones de los camaradas en suelo mexicano. El pedido fue denegado, y Rivera no volvió a hablar de ello. Dormía y comía en un lugar desconocido. Una vez, Arrellano le ofreció un par de dólares. Rivera rechazó el dinero sacudiendo la cabeza. Cuando Vera insistió, el muchacho dijo:

—Trabajo por la Revolución.

Llevar a cabo una revolución moderna requiere dinero, y la Junta siempre estaba en situación acuciante. Los revolucionarios pasaban hambre y se extenuaban trabajando; las largas jornadas nunca eran lo suficientemente largas, y había momentos en que el triunfo de la Revolución parecía depender de unos pocos dólares. La primera vez que se atrasaron dos meses en el pago de la renta de la casa y el propietario amenazó con desalojarlos fue Felipe Rivera, el muchacho de la limpieza con sus pobres andrajos, el que dejó sesenta dólares en oro sobre el escritorio de la señorita Sethby.

Hubo otras ocasiones similares. Trescientas cartas, mecanografiadas en las ajetreadas máquinas de escribir (solicitudes de ayuda y de aprobación procedentes de las organizaciones laborales, pedidos de tratamiento veraz de las noticias a los editores de los periódicos, protestas contra el trato despótico que los tribunales de los Estados Unidos les daban a los revolucionarios), no habían sido despachadas, por falta de estampillas. Había desaparecido el reloj de Vera, un viejo reloj de oro que era

un legado de su padre. Del mismo modo había desaparecido el anillo de oro del dedo anular de May Sethby. La situación era desesperante. Ramos y Arrellano se atusaban los largos bigotes, atribulados. Las cartas debían partir y la oficina de correos no daba crédito para la compra de estampillas. Entonces, Rivera se puso el sombrero y salió. Al volver depositó mil sellos de dos centavos en el escritorio de May Sethby.

—Me pregunto si no será el oro maldito de Díaz —dijo Vera a sus camaradas.

Los otros levantaron las cejas y no pudieron decidir. Y Felipe Rivera, el fregón de la Revolución, continuaba aportando oro y plata para uso de la Junta cada vez que era necesario.

Sin embargo, no lograban confiar en él. No lo conocían. Sus modales no eran los de ellos. No hacía confidencias. Rechazaba todo tipo de indagación. Aunque era muy joven, nunca se atrevieron a hacerle preguntas.

—Un espíritu elevado y solitario, quizá, no lo sé, no lo sé —dijo Arrellano, impotente.

—No es humano —acotó Ramos.

—Su alma se ha chamuscado —dijo May Sethby—. La luz y la risa se han consumido en él. Es como un muerto y, sin embargo, está temiblemente vivo.

—Ha estado en el infierno —dijo Vera—. Ningún hombre podría parecerse a él de no haber pasado por el infierno, y es apenas un muchacho.

Con todo, no podían confiar en Rivera. Nunca hablaba, nunca preguntaba, nunca sugería. Solía quedarse escuchando, impávido, como una cosa inerte, excepto por los ojos, que ardían heladamente, mientras ellos hablaban con entusiasmo de la Revolución. Sus ojos recorrían una por una las caras de los oradores, penetrantes como barrenos de hielo incandescente, desconcertantes y turbadores.

—No es un espía —le confió Vera a May Sethby—. Es un patriota, créanme, el mayor patriota entre todos nosotros. Lo sé, lo siento, en mi corazón y en mi cabeza. Pero no lo conozco en absoluto.

—Tiene mal genio —dijo May Sethby.

—Lo sé —dijo Vera con un estremecimiento—. Me ha mirado con esos ojos tuyos que no aman sino que amenazan; son salvajes como los de un tigre. Sé que si yo fuera infiel a la Causa, él me mataría. No tiene corazón. Es despiadado como el acero, filoso y frío como la escarcha. Se parece a la luz de la luna en una noche de invierno, cuando uno se congela hasta morir en la cima de una montaña desolada. No temo a Díaz ni a ninguno de sus matones, pero a este muchacho sí le temo. Esa es la verdad, le tengo miedo. Es como el aliento de la muerte.

Sin embargo, fue Vera quien persuadió a los demás de que le dieran a Rivera la primera oportunidad. La línea de comunicación entre Los Ángeles y Baja California estaba interrumpida. Habían obligado a tres camaradas a cavar su propia fosa y luego los habían fusilado en ellas. Otros dos eran prisioneros de los Estados Unidos en Los Ángeles. Juan Alvarado, el comandante federal, era un monstruo. Desbarataba todos sus planes. Ya no podían tener acceso a los revolucionarios activos ni a los recién

incorporados a la causa en Baja California.

El joven Rivera recibió instrucciones y fue enviado al sur. Cuando volvió, la línea de comunicación estaba restablecida y Juan Alvarado había muerto. Lo habían encontrado en su cama, con un cuchillo clavado en el pecho. Esto excedía las instrucciones dadas a Rivera. No le hicieron preguntas. Él no dijo nada. Pero todos se miraron e hicieron conjeturas.

—Se lo dije: Díaz tiene más motivos para temer a este joven que a cualquier otro hombre —dijo Vera—. Es implacable. Es el brazo de Dios.

El mal genio, mencionado por May Sethby y percibido por todos, quedaba demostrado por pruebas físicas. A veces aparecía con el labio cortado, con una mejilla amoratada, con un ojo hinchado. Era evidente que había peleado, en algún lugar del mundo exterior donde comía y dormía, ganaba dinero y se movía de maneras desconocidas para ellos. Con el paso del tiempo, se encargó de mecanografiar el libelo revolucionario que publicaban semanalmente. Había ocasiones en que era incapaz de teclear, cuando sus nudillos estaban magullados y tumefactos, cuando sus pulgares estaban heridos e inmóviles, cuando uno de sus brazos pendía cansadamente a un costado, mientras en su cara se dibujaba un dolor silencioso.

—Un pendenciero —dijo Arrellano.

—Frecuentador de bajos fondos —dijo Ramos.

—Pero ¿dónde consigue el dinero? —preguntó Vera—. Hoy mismo pagó la factura del papel blanco: ciento cuarenta dólares.

—Nunca explica sus ausencias —dijo May Sethby.

—Tendríamos que hacerlo espiar —propuso Ramos.

—No quisiera ser ese espía —dijo Vera—. Creo que no volverían a verme, excepto para enterrarme. Rivera tiene una ira terrible. Ni siquiera a Dios le permitiría interponerse entre él y el objeto de su ira.

—Me siento como un niño ante él —confesó Ramos.

—Para mí, él es el poder, es el hombre primitivo, el lobo salvaje, la serpiente de cascabel, el ponzoñoso ciempiés —dijo Arrellano.

—Es la Revolución encarnada —dijo Vera—. Es su llama y su espíritu, el grito insaciable de venganza, un grito silencioso que mata sin hacer ruido. Es un ángel destructor que se desliza entre los guardias inmóviles de la noche.

—Siento compasión por él —dijo May Sethby—. No conoce a nadie. Odia a todo el mundo. A nosotros nos tolera, pues somos como él desea que seamos. Está solo... es un solitario.

La voz se le quebró en un sollozo ahogado y los ojos se le humedecieron.

La vida de Rivera era verdaderamente un misterio. A veces, dejaban de verlo durante una semana. Una vez estuvo ausente durante un mes. Esas ocasiones concluían siempre con su regreso, cuando, sin advertencias ni diálogo, dejaba monedas de oro en el escritorio de May Sethby. Luego, pasaba días y semanas con la

Junta. Y luego nuevamente, por períodos irregulares, desaparecía durante horas, desde la mañana temprano hasta el atardecer. Entonces, llegaba temprano y se quedaba hasta tarde. Arrellano lo había encontrado a medianoche, escribiendo a máquina con los nudillos recién hinchados, o con el labio partido, sangrando.



II

Se acercaba el momento de la crisis. La Revolución dependería de la Junta y la Junta estaba abrumada. La necesidad de dinero era mayor que nunca, y el dinero era difícil de conseguir. Los patriotas habían donado hasta el último centavo y ya no podían dar más. Los trabajadores de la sección —peones fugitivos de México— contribuían con la mitad de sus exiguos salarios. Pero no bastaba. La extenuante lucha conspirativa de años se aproximaba al momento de dar frutos. Las cosas estaban maduras. La Revolución se encontraba en un delicado equilibrio. Un empujón más, un último esfuerzo heroico y, temblando, desplazaría el fiel de la balanza hacia la victoria. Conocían México. Una vez comenzada, la Revolución se sabría cuidar por sí misma. Toda la maquinaria de Díaz se desmoronaría como un castillo de naipes. La frontera estaba lista para levantarse. Un yanqui, con un centenar de hombres de la Internacional de Trabajadores, esperaba una orden para cruzar la frontera y comenzar la conquista de Baja California. Pero necesitaba armas. Y en toda la región, hasta el Atlántico, todos los que estaban en contacto con la Junta las necesitaban: aventureros, soldados de fortuna, bandidos, sindicalistas americanos descontentos, socialistas, anarquistas, matones, exiliados mexicanos, peones escapados de la servidumbre, mineros explotados en los socavones de Coeur d'Alène y Colorado, que no deseaban más que luchar para vengarse —toda una caterva de espíritus salvajes en el enloquecido y complicado mundo moderno—. Las armas y las municiones, las municiones y las armas, eran el eterno e incesante pedido.

Si se lanzaba a esa masa heterogénea, pauperizada y vengativa a través de la frontera, la Revolución estallaría. La aduana, los puertos norteños de entrada serían capturados. Díaz no podría resistir. No se atrevería a arrojar el peso de sus ejércitos contra ellos, pues debía sostener el sur. Con todo, la llama cundiría también en el sur. El pueblo se alzaría. Una tras otra, las defensas de las ciudades sucumbirían. Uno tras otro, los estados se rendirían. Y finalmente, desde todas partes, los ejércitos victoriosos de la Revolución entrarían en Ciudad de México, último baluarte de Díaz.

Pero faltaba el dinero. Tenían a los hombres que, impacientes y decididos, usarían las armas. Conocían a los traficantes que venderían y distribuirían las armas. Pero alentar a la Revolución hasta allí había extenuado a la Junta. Se había gastado el último dólar, se había exprimido la última fuente y al último patriota hambriento, y la gran aventura aún se tambaleaba en la balanza. ¡Armas y municiones! Los batallones de desharrapados tenían que recibirlas. Pero ¿cómo? Ramos añoraba sus posesiones confiscadas. Arrellano lamentaba el despilfarro de la juventud. May Sethby se preguntaba si las cosas habrían resultado diferentes en el caso de que la Junta hubiera sido más ahorrativa en el pasado.

—Pensar que la libertad de México depende de unos pocos miles de dólares —dijo Paulino Vera.

En sus rostros había desesperación. A José Amarillo, su última esperanza, un

converso reciente que había prometido dinero, lo habían detenido en su hacienda de Chihuahua y lo habían fusilado contra el muro de su propia caballeriza. Las noticias acababan de llegar. Rivera, de rodillas, fregando, levantó la mirada y dejó en el aire el cepillo; sus brazos desnudos chorreaban agua jabonosa y sucia.

—¿Bastarán cinco mil dólares? —preguntó.

Todos quedaron atónitos. Vera asintió y tragó saliva. No podía hablar, pero lo invadió una enorme confianza.

—Pidan las armas —dijo Rivera, emitiendo el mayor torrente de palabras que le habían oído jamas—. El tiempo apremia. En tres semanas les traeré los cinco mil. Todo estará bien. El clima mejorará para los que pelean. Además, es todo lo que puedo hacer.

Vera luchó contra su confianza. Era increíble. Demasiadas esperanzas se habían hecho trizas desde que había empezado a jugar el juego de la Revolución. Creía en ese harapiento fregón y, sin embargo, no se animaba a creer.

—Estás loco —dijo.

—En tres semanas pidan las armas —dijo Rivera.

Se levantó, desenrolló las mangas de su camisa y se puso la chaqueta.

—Pidan las armas —dijo—. Y ahora, debo partir.

III

Después de las prisas y las corridas, después de varias llamadas telefónicas y palabras destempladas, tuvo lugar una reunión nocturna en el despacho de Kelly. Este estaba en apuros con el negocio; tenía mala suerte. Había traído a Danny Ward desde Nueva York, le había arreglado un combate con Billy Carthey, faltaban tres semanas para el encuentro y ahora hacía dos días que, cuidadosamente oculto de los periodistas deportivos, Carthey guardaba cama, herido de gravedad. No había nadie que ocupara su lugar. Kelly había enviado telegramas al este, a cada peso ligero elegible, pero todos estaban comprometidos con fechas y contratos. Y ahora la esperanza revivía, aunque levemente.

—Tienes una energía infernal —le dijo Kelly a Rivera, luego de echarle una mirada, apenas se encontraron.

Había un odio maligno en los ojos de Rivera, pero su cara permanecía impasible.

—Puedo darle una paliza a Ward —fue todo lo que dijo.

—¿Cómo lo sabes? ¿Alguna vez lo viste pelear?

Rivera negó con la cabeza.

—Puede ganarte con una sola mano y los ojos cerrados.

Rivera se encogió de hombros.

—¿No tienes nada que decir? —gruñó el promotor de peleas.

—Puedo darle una paliza.

—¿Con quién has peleado? —preguntó Michael Kelly. Michael era el hermano del promotor y dirigía las apuestas de Yellowstone, donde había ganado grandes sumas con el boxeo.

Rivera le lanzó una mirada amarga y silenciosa.

El ayudante del promotor, un joven deportivo, rio con ganas.

—Bueno, ya conoces a Roberts —Kelly rompió el hostil silencio—. Debería estar aquí. Pedí que lo trajieran. Siéntate y espera, aunque por tu aspecto, no tienes ninguna chance. No puedo engañar al público con una pelea amañada. Los asientos del ringside se venden a quince dólares, como sabes.

Cuando Roberts llegó, era evidente que estaba ligeramente borracho. Era un individuo alto, flaco y desgarbado, y su andar, al igual que su conversación, era suave y lúgido.

Kelly fue directo al grano.

—Mira, Roberts, te has jactado de haber descubierto a este joven mexicano. Ya sabes que Carthey tiene el brazo roto. Bien, el chico tiene el descaro de venir a decirnos que ocupará el lugar de Carthey. ¿Qué te parece?

—Me parece muy bien, Kelly —respondió el otro lentamente—. Puede dar pelea.

—Supongo que luego dirás que puede darle una paliza a Ward —espetó Kelly.

Roberts reflexionó durante un momento.

—No, no lo diré. Ward es un buen pegador y un dominador del ring. Pero no

puede demoler a Rivera por la vía rápida. Conozco a Rivera. Nada puede alterarlo. Nunca lo vi alterado. Y pelea con las dos manos. Puede lanzar golpes desde cualquier posición.

—Eso no importa. ¿Qué tipo de espectáculo puede ofrecer? Has preparado y entrenado a peleadores toda tu vida. Me quito el sombrero ante tu juicio. ¿Puede darle al público un buen entretenimiento por su dinero?

—Claro que puede, y además pondrá a Ward en apuros. No conoces al muchacho. Yo sí. Lo descubrí. Nunca pierde el control. Es un demonio. Si alguien pregunta, dile que es una hiena. Sorprenderá a Ward con una muestra de talento local que dejará boquiabiertos a todos. No digo que le dará una paliza, pero dará un espectáculo tal que todos sabrán que tiene futuro.

—De acuerdo —Kelly se dirigió a su secretario—. Llama a Ward. Le dije que apareciera cuando yo lo juzgara necesario. Está enfrente, en el Yellowstone, sacando pecho y haciéndose el popular.

Kelly se dirigió al entrenador y le dijo:

—¿Quieres un trago?

Roberts tomó un sorbo de alcohol y se relajó.

—Nunca te dije cómo descubrí a este endiablado chico. Apareció en el barrio hace unos dos años. Yo estaba preparando a Prayne para su pelea con Delaney. Prayne es mal bicho. Cuando entrena no tiene piedad. Era cruel con los sparrings y yo no podía encontrar a nadie que quisiera trabajar con él. Había visto a un famélico chico mexicano rondando por allí, y estaba desesperado. De modo que lo llamé, le puse los guantes y lo subí al ring. Prayne lo puso contra las cuerdas. Pero él resistió dos rounds durísimos y luego se desmayó. Estaba muerto de hambre, eso era todo. ¡Una paliza! Quedó irreconocible. Le di medio dólar y una comida abundante. Tendrías que haberlo visto cómo tragaba. No había probado bocado en dos días. Pensé que ahí se acababa todo, pero al día siguiente volvió, tieso y dolorido, listo para otro medio dólar y otra comida abundante. Y fue mejorando con el tiempo. Es un peleador nato, increíblemente duro. No tiene corazón. Es un pedazo de hielo. Y nunca ha dicho más de unas pocas palabras seguidas desde que lo conozco. Es de buena madera y hace su trabajo.

—Lo he visto —dijo el secretario—. Ha trabajado mucho para ti.

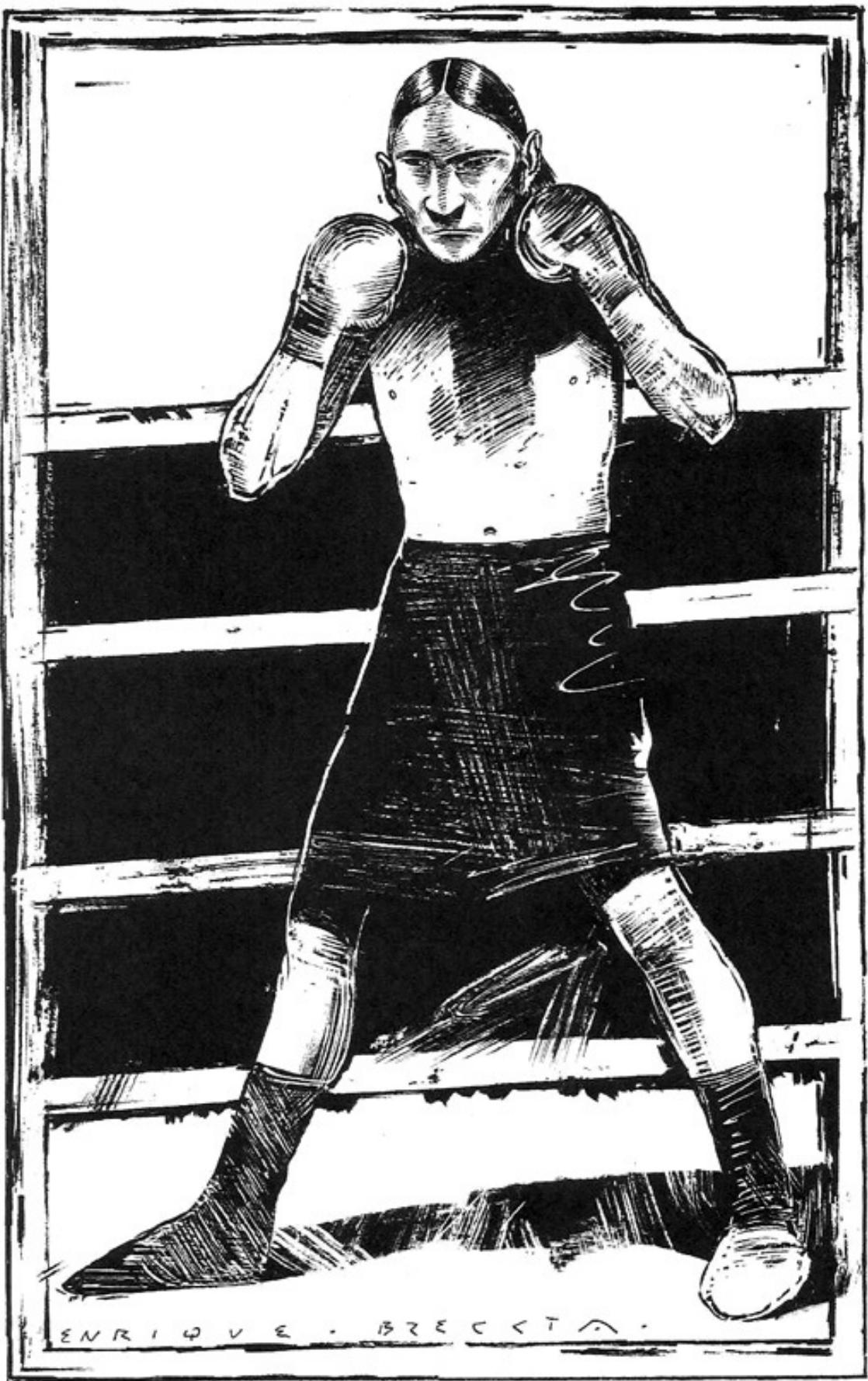
—Todos mis pesos ligeros se han entrenado con él —respondió Roberts—. Y ha aprendido de ellos. Conozco a algunos a los que el muchacho hubiera podido darles una paliza. Pero no parecía interesarle. Pensé que no le gustaba la pelea. No demostraba interés.

—Ha estado peleando un poco en clubes pequeños en los últimos meses —dijo Kelly.

—Ciento. Pero no sé qué paso. De pronto se metió en el asunto. Salía como un relámpago al ring y barría a todos los locales. Parecía que necesitaba el dinero, y de hecho ganó un poco, aunque nunca cambió de aspecto. Es peculiar. Nadie sabe nada

de su vida. Nadie sabe en qué ocupa su tiempo. Incluso cuando pelea, desaparece la mayor parte del día, en cuanto termina su trabajo. A veces está ausente durante semanas. No hace caso a nadie. Será afortunado el que logre representarlo, excepto que no le prestará ninguna atención. ¡Y si vieras cómo agarra el dinero cuando le pagas el contrato!

Fue entonces cuando llegó Danny Ward. Con todo un séquito. Rodeado por su mánager y su entrenador, irrumpió como una ráfaga de simpatía, buen humor y triunfalismo. Revolotearon los saludos, una broma aquí, una réplica allá, una sonrisa o una risa para cada uno. Era su estilo, aunque solo en parte era sincero. Era un gran actor y había descubierto que la simpatía era su mayor capital en el juego de abrirse camino en el mundo. Pero debajo estaba el peleador deliberado y de sangre fría, el hombre de negocios. El resto era una máscara. Aquellos que lo conocían o tenían trato con él decían que cuando llegaba el momento de las cosas importantes, era «Danny el desconfiado». Estaba invariablemente presente en todas las discusiones de negocios, y algunos decían que su mánager era un pelele cuya única función era servirle de portavoz.



El estilo de Rivera era diferente. Había en sus venas sangre india, además de española, se sentaba en un rincón, silencioso, inmóvil, solamente sus ojos negros pasaban de una cara a otra, registrándolo todo.

—Así que este es el tipo —dijo Danny, dirigiendo una mirada de evaluación al propuesto antagonista—. ¿Qué onda, viejo?

Los ojos de Rivera ardieron venenosamente, pero no dio señales de comprender.

Le disgustaban todos los gringos, pero a este gringo lo odió con una inmediatez inusual, aun en él.

—¡Caramba! —protestó Danny jocosamente ante el promotor—. ¡No esperarás que pelee con un sordomudo! —cuando las carcajadas se acallaron, lanzó otro dardo—: Los Ángeles debe estar en decadencia, si esto es lo mejor que pueden conseguir. ¿En qué jardín maternal lo encontraron?

—Es un buen chico, Danny, puedo asegurártelo —se defendió Roberts—. No es tan fácil como parece.

—Y ya están vendidas la mitad de las entradas —alegó Kelly—. Tendrás que aceptarlo, Danny. Es todo cuanto podemos hacer.

Danny lanzó otra mirada displicente y despectiva sobre Rivera y suspiró.

—Tendré que ser blando con él, supongo. Con tal de que no se ofenda.

Roberts gruñó.

—Tendrás que ser cuidadoso —dijo el mánager de Danny—. No te arriesgues con un tipo que está dispuesto a dar el golpe de gracia por la espalda.

—Sí, sí, seré cuidadoso —Danny sonreía—. Lo tendré entre mis manos desde el comienzo, pero le perdonaré la vida para que el público se entreteenga. ¿Qué te parece quince rounds, Kelly, y luego el nocaut?

—De acuerdo —respondió el otro—, siempre y cuando lo hagas parecer real.

—Entonces vayamos al grano —Danny hizo una pausa y calculó—. Desde luego, sesenta y cinco por ciento de la recaudación, lo mismo que con Carthey. Pero el reparto será diferente. Con el ochenta me conformo —y dirigiéndose al mánager—: ¿Te parece bien?

El mánager asintió.

—Ey, tú, ¿entendiste todo? —le preguntó Kelly a Rivera.

Rivera sacudió la cabeza.

—Bueno, las cosas son así —explicó Kelly—: la bolsa será el sesenta y cinco por ciento de la recaudación. Eres un desconocido. Tú y Danny se repartirán la ganancia: veinte por ciento para ti y ochenta para Danny. Es justo, ¿verdad, Roberts?

—Muy justo —concedió Roberts.

—Todavía no tienes ganada una reputación.

—¿Cuánto es el sesenta y cinco por ciento de la recaudación? —preguntó Rivera.

—Oh, tal vez cinco mil, tal vez hasta ocho mil —interrumpió Danny para explicar—. Más o menos. Tu parte será como de mil o mil seiscientos. Bastante bien por recibir una paliza de un tipo con mi reputación. ¿Qué dices?

Entonces Rivera dejó a todos sin aliento.

—El vencedor se queda con todo —dijo con determinación.

Reinó un silencio sepulcral.

—Es como recibir una golosina de un niño —proclamó el mánager de Danny. Danny sacudió la cabeza.

—Hace demasiado tiempo que estoy en el boxeo —explicó—. No me quejo del árbitro, ni de nuestro equipo. No digo nada de las apuestas ni de las trampas que a veces se hacen. Pero sí digo que no es negocio para un boxeador como yo. Prefiero jugar sobre seguro. Nunca se sabe. Tal vez me rompa el brazo, ¿no? O algún tipo mete en mi copa una droga —sacudió la cabeza con solemnidad—. Gane o pierda, ochenta es mi parte. ¿Qué dices, mexicano?

Rivera sacudió la cabeza.

Danny estalló. Estaban yendo al grano ahora.

—¡Patán sucio y grasiento! Me parece que te dejaré nocaut ahora mismo.

Roberts se interpuso entre ambos.

—El vencedor se queda con todo —repitió Rivera muy lentamente.

—¿Por qué te empecinas así? —preguntó Danny.

—Puedo darte una paliza —fue la respuesta.

Danny había comenzado a quitarse la chaqueta. Pero, como su mánager bien sabía, se trataba de un número de circo. La chaqueta no cayó y Danny permitió que los otros lo aplacaran. Todos simpatizaban con él. Rivera quedó solo.

—¡Escucha, pequeño idiota! —dijo Kelly reanudando la discusión—. No eres nadie. Sabemos lo que has estado haciendo los últimos meses: despachando a pequeños boxeadores locales. Pero Danny tiene clase. Su próxima pelea después de esta será por el campeonato. Eres un desconocido. Nadie ha oído hablar de ti fuera de Los Ángeles.

—Ya lo harán, después de esta pelea —contestó Rivera encogiéndose de hombros.

—¿Piensas por un segundo que puedes vencerme? —intervino Danny.

Rivera asintió.

—¡Vamos, sé razonable! —pidió Kelly—. Acepta mi consejo.

—Quiero el dinero —fue la respuesta de Rivera.

—No podrías ganarme ni en mil años —le aseguró Danny.

—Entonces, ¿por qué no te decides? —replicó Rivera—. Si el dinero es tan fácil, ¿por qué no intentas obtenerlo?

—¡Lo haré, y con tu ayuda! —gritó Danny con abrupta convicción—. Te noquearé y caerás muerto en el ring, muchacho, ya que te burlas de mí. Anúncialo a la prensa, Kelly. El ganador se lleva todo. Que salga en las columnas de deportes. Diles que será un combate de revancha. Voy a enseñarle a este chico un par de cosas.

El secretario de Kelly había empezado a escribir, cuando Danny lo interrumpió.

—¡Espera! —se volvió hacia Rivera—. ¿El peso?

—En el ringside —fue la respuesta.

—¡De ningún modo, muchacho! Si el ganador se lleva todo, nos pesaremos a las 10 de la mañana.

—¿Y el ganador se lleva todo? —inquirió Rivera.

Danny asintió. Le convenía. Entraría al ring en la plenitud de su fortaleza.

—Pesaje a las diez —dijo Rivera.

La pluma del secretario seguía escribiendo.

—Significa cinco libras —se quejó Roberts a Rivera—. Has cedido demasiado. Estás regalando la pelea. Danny te vencerá. Estará fuerte como un toro. Eres un tonto. Tienes menos probabilidades que una gota de rocío en el infierno.

La respuesta de Rivera fue una calculada mirada de odio. También despreciaba a ese gringo, aunque le parecía el más decente de todos ellos.

IV

La entrada de Rivera al ring pasó casi inadvertida. Apenas lo recibió una muy ligera y dispersa ola de aplausos desganados. El público no creía en él. Era el cordero conducido a la masacre en manos del gran Danny. Además, el público estaba decepcionado. Esperaba una áspera batalla entre Danny Ward y Billy Carthey, y finalmente traían a ese pobre debutante. Para manifestar su desaprobación ante el cambio, había apostado dos e incluso tres a uno a favor de Danny. Y donde está el dinero del público, está su corazón.

El muchacho mexicano se sentó en su rincón y esperó. Transcurrieron largos minutos. Danny lo estaba haciendo esperar. Era una vieja treta, pero siempre funcionaba con los boxeadores jóvenes y novatos. Se asustaban, allí sentados, enfrentando sus propias aprensiones y a un público despiadado, que fumaba tabaco sin cesar. Pero, por una vez, la treta falló. Roberts estaba en lo cierto. Rivera no se alteraba. Él, más delicadamente coordinado, más afinado y tranquilo que todos ellos, no tenía nervios de esa clase. La atmósfera de derrota inminente en su propio rincón carecía de efectos sobre él. Sus ayudantes eran gringos y extraños. Además, eran truhanes, el sucio residuo del boxeo, sin honor y sin eficiencia. Y tenían la certeza de que la suya era la esquina perdedora.

—Ahora tendrás que tener cuidado —le advirtió Spider Hagerty. Spider era el jefe de sus segundos—. Hazlo durar todo lo que puedas, son las instrucciones de Kelly. Si no lo haces, los periódicos dirán que es otra pelea amañada y hablarán pestes del boxeo en Los Ángeles.

No eran palabras alentadoras. Pero Rivera no se inmutó. Despreciaba el boxeo por dinero. Era el odiado juego del odiado gringo. Había entrado en él como sparring de otros en los lugares de entrenamiento, y solo porque tenía hambre. El hecho de que estuviera maravillosamente dotado no significaba nada. Odiaba el boxeo. Nunca había peleado por dinero, hasta que llegó a la Junta, y descubrió que era dinero fácil. No era el primer hombre exitoso en una vocación despreciada.

No hizo ningún análisis. Simplemente sabía que debía ganar la pelea. No podía haber otro resultado. Pues detrás de él, obligándolo a esa decisión, había fuerzas más profundas que las que la atestada sala de boxeo podía imaginar. Danny Ward peleaba por dinero y por las facilidades que el dinero aportaba a la vida. Pero las cosas por las que peleaba Rivera ardían en su cerebro: visiones abrasadoras y terribles que, con los ojos muy abiertos, sentado solo en la esquina del ring y esperando por su astuto antagonista, veía tan claramente como si las hubiera vivido.

Vio las paredes blancas de las factorías con energía hidráulica de Río Blanco. Vio a los seis mil obreros, hambrientos y entristecidos, y a los niños, de siete y ocho años, que soportaban largas jornadas de trabajo por diez centavos al día. Vio los cuerpos en los carros, las atroces cabezas de los muertos que se afanaban en los talleres de tintura. Recordó que su padre había llamado a esos talleres los «agujeros del

suicidio», y en uno de ellos había muerto. Vio el pequeño patio y a su madre cocinando y extenuándose en las duras tareas de la casa, y haciéndose tiempo para quererlo y mimarlo. Y vio a su padre, alto, con largos bigotes y robusto pecho, el más afable de todos los hombres, compasivo con todos y cuyo corazón era tan grande que aún le quedaba amor para prodigarlo a la madre y al pequeño que jugaba en un rincón del patio. En aquellos días, su nombre no era Felipe Rivera. Se llamaba Fernández, como su padre y su madre. Ellos le habían puesto Juan. Más tarde, él mismo cambió de nombre, pues comprobó que el nombre de Fernández era odiado por los prefectos de la policía, por los jefes políticos y los rurales.

¡Grande y bondadoso Joaquín Fernández! Él ocupaba un lugar importante en las visiones de Rivera. Antes no comprendía, pero ahora, al mirar atrás, era capaz de comprender. Podía verlo combinando los tipos en la pequeña imprenta, o garabateando líneas interminables, apresuradas, en el escritorio desordenado. Y podía ver los extraños atardeceres, cuando los obreros, que venían secretamente en medio de la oscuridad como si hubieran cometido algún delito, se encontraban con su padre y conversaban largas horas mientras él, el muchacho, se quedaba en un rincón, aunque no siempre dormido.

Como procedente de un lugar remoto, pudo oír la voz de Spider Hagerty que le decía:

—No te rindas al principio. Son las instrucciones. Recibe la paliza y gánate el mendrugo.

Habían pasado diez minutos, y seguía sentado en su esquina. No había señales de Danny, quien evidentemente estaba llevando la treta al límite.

• ENRIQUE BRECCA •



Pero nuevas visiones ardieron ante el ojo de la memoria de Rivera. La huelga o, mejor, el lockout, pues los obreros de Río Blanco habían colaborado con sus hermanos huelguistas de Puebla. El hambre, las expediciones a la sierra en busca de frutos, hierbas y raíces que todos comían y que les provocaban dolores de estómago. Y luego, la pesadilla: la explanada frente al almacén de la compañía, los miles de obreros hambrientos, el general Rosalino Martínez y los soldados de Porfirio Díaz y los mortíferos rifles que parecían no dejar nunca de dispararse, mientras las faltas de los obreros eran lavadas y vueltas a lavar con su propia sangre. ¡Y aquella noche! Vio los vagones de carga donde se apilaban los cuerpos de la matanza, enviados a Veracruz como alimento para los tiburones de la bahía. Nuevamente se encaramó en los atroces montones, buscando y encontrando, desnudos y mutilados, los cuerpos de su padre y de su madre. Recordaba sobre todo a su madre; solo se le veía la cara, pues el cuerpo estaba aplastado por el peso de decenas de cadáveres. Los rifles de los soldados de Porfirio Díaz volvieron a tronar, y él de nuevo saltó al suelo y se escabulló como un coyote herido en las sierras.

A sus oídos llegó un gran rugido, como el del mar, y vio a Danny Ward encabezando su cortejo de entrenadores y segundos por el pasillo central. El local estaba alborotado por el héroe popular obligado a ganar. Todos lo proclamaban. Todos estaban de su parte. Aun los propios segundos de Rivera parecían experimentar una suerte de alegría cuando Danny se inclinó con desenvoltura para pasar entre las cuerdas y entró al ring. En su cara se dibujó una serie interminable de sonrisas, y cuando Danny sonreía, sonreía con todas sus facciones, hasta que se le formaban arrugas en los ángulos de los ojos y en la profundidad de los ojos mismos. Nunca hubo un boxeador tan simpático. Su cara era un anuncio ambulante de buenos sentimientos y camaradería. Conocía a todos. Hacía bromas, y reía, y saludaba a sus amigos a través de las cuerdas. Los que estaban más lejos, incapaces de ocultar su admiración, gritaron ruidosamente: «¡Eh, Danny!». Era una alegre ovación de afecto que duró cinco minutos.

Nadie tuvo en cuenta a Rivera. Para el público, él no existía. La cara hinchada de Spider Hagerty se inclinó cerca de la suya.

—No tengas miedo —lo alertó Spider—. Y recuerda las instrucciones. Tienes que durar. No te rindas. Si te rindes, tenemos instrucciones de darte una paliza en los vestuarios. ¿Entendido? ¡Tienes que pelear!

El público empezó a aplaudir. Danny cruzó el ring hacia él. Se inclinó, tomó el puño derecho de Rivera con sus dos manos y la agitó con impulsiva cordialidad. La sonriente cara de Danny estaba cerca de la suya.

Los espectadores aullaban de aprobación por el despliegue de espíritu deportivo de Danny. Estaba saludando a su oponente con el cariño de un hermano. Los labios de Danny se movieron y los espectadores, interpretando que las palabras inaudibles eran las de un deportista bienintencionado, volvieron a aullar. Solamente Rivera oyó aquellas palabras que brotaron de los labios sonrientes de Danny.

—Pequeña rata mexicana. Aplastaré al cobarde que tienes dentro.

Rivera no se movió. No se puso de pie. Apenas sus ojos mostraron odio.

—Levántate, perro —aulló un hombre desde detrás de las cuerdas.

La multitud comenzó a silbar y a increparlo por su conducta antideportiva, pero se quedó sentado, inmóvil. Otro gran estallido de aplausos acompañó a Danny, mientras volvía a cruzar el ring.

Cuando Danny se quitó la bata hubo exclamaciones de admiración. Su cuerpo era perfecto, dotado de elasticidad, salud y fortaleza. La piel era blanca y suave como la de una mujer. Todo él era gracia, resistencia y poder. Lo había demostrado en los récords de sus batallas. Sus fotografías estaban en todas las revistas de cultura física.

Se oyó un gemido cuando Spider Hagerty le sacó a Rivera la sudadera por encima de la cabeza. Su cuerpo parecía más delgado, debido al color moreno de la piel. Tenía músculos, pero no se desplegaban como los de su oponente. Lo que el público no advirtió fue el ancho pecho. Tampoco pudo adivinar la resistencia de las fibras, la instantánea explosión de los músculos, la precisión de los nervios que conectaban cada una de sus partes para convertirlo en un espléndido mecanismo de pelea. El público vio a un muchacho de dieciocho años y tez morena con lo que parecía el cuerpo de un muchacho. Con Danny era diferente. Danny era un hombre de veinticuatro años, y su cuerpo era el de un hombre. El contraste fue más impactante cuando se pararon juntos en el centro del ring para recibir las últimas instrucciones del árbitro.

Rivera notó que Roberts estaba sentado justo detrás de los periodistas. Estaba más borracho que de costumbre y su discurso era por ello más lento.

—Tómatelo con calma, Rivera —dijo Roberts cansinamente—. No puede matarte, recuérdalo. Se te vendrá encima de salida, pero no te asustes. Enfrías y trabas. No puede lastimarte si está tapado. Solo imagina que te está haciendo picadillo en un entrenamiento.

Rivera no dio señales de haber oído.

—Demonio caprichoso —le murmuró Roberts al hombre que tenía al lado—. Siempre ha sido así.

Pero Rivera no lo miró con su odio habitual. La visión de incontables rifles cegó sus ojos. Cada rostro en el público, hasta donde podía ver, hasta los asientos de a dólar, se transformó en un rifle. Y vio la extensa frontera mexicana, árida, calcinada por el sol y dolorosa, y junto con ella vio las bandas harapientas detenidas por la falta de armas.

Esperó en su esquina de pie. Sus segundos se habían deslizado entre las cuerdas, llevándose el banco de lona con ellos. En diagonal, al otro lado del ring, Danny lo miraba. Sonó la campana, y la batalla empezó. El público aullaba de entusiasmo. Nunca había visto una apertura de pelea tan convincente. Los periódicos tenían razón. Era un combate de revancha. Danny recorrió tres cuartos de la distancia que lo separaba de Rivera y su intención de devorar al mexicano quedó expuesta. No

atacaba con un golpe, ni con dos, sino con decenas. Era un giroscopio de golpes, un remolino de destrucción. Rivera no aparecía. Estaba agobiado, enterrado bajo la avalancha de golpes lanzados desde todos los ángulos y posiciones por un maestro del arte. Era superado, acorralado contra las cuerdas, el árbitro lo separaba y era acorralado contra las cuerdas nuevamente.

No era una pelea. Era una carnicería, una masacre. Cualquier espectador, excepto el del boxeo por dinero, habría agotado sus emociones en ese primer minuto. Danny mostraba ciertamente lo que podía hacer: una espléndida exhibición. Tal era la certeza del público, tal su excitación y favoritismo, que no advirtió que el mexicano aún seguía en pie. Olvidó a Rivera. Rara vez lo veía, tan cubierto estaba por el ataque devastador de Danny. Otro minuto transcurrió, y luego dos minutos. Entonces, en una separación, tuvo una clara imagen del mexicano. Tenía el labio partido y le sangraba la nariz. Cuando volvió a trabarse en un clinch, los hilos de sangre, por su contacto con las cuerdas, se veían como estrías rojas en su espalda. Pero lo que el público no advirtió fue que su pecho no estaba agitado, y que sus ojos ardían tan fríamente como siempre. Demasiados aspirantes a campeones, en el cruel alboroto de los lugares de entrenamiento, habían practicado ese ataque demoledor contra él. Había aprendido a sobrevivirlo a cambio de una compensación de medio dólar o de hasta quince dólares por semana: una escuela difícil, y en ella se educó.

Luego sucedió algo asombroso. El cuerpo a cuerpo confuso y arremolinado cesó repentinamente. Rivera quedó solo. Danny, el temible Danny, yacía sobre sus espaldas. Su cuerpo se estremecía a medida que la conciencia pugnaba por volver a él. No había titubeado antes de caer, ni tampoco había sufrido un lento desmoronamiento. El gancho de derecha de Rivera se había abatido sobre él con la brutalidad de la muerte. El árbitro empujó a Rivera hacia atrás con una mano, y de pie junto al gladiador caído contó los segundos.

Es costumbre en el boxeo por dinero que el público festeje un golpe claro de nocaut. Pero esta vez, el público no festejó. Había sido demasiado inesperado. Observaba el correr de los segundos en tenso silencio, y a través de ese silencio se elevó, exultante, la voz de Roberts:

—¡Te dije que era un pegador de dos manos!

Hacia el quinto segundo, Danny estaba girando la cara, y cuando se contó el séptimo, ya estaba apoyado en una rodilla, listo para levantarse después de la cuenta de nueve y antes de la cuenta de diez. Si su rodilla todavía tocaba la lona en «diez», sería considerado «down» y también «out». El instante en que su rodilla dejó el suelo, fue considerado «up», y en ese instante, Rivera tenía derecho a atacarlo nuevamente. Rivera no se arriesgó. En el momento en que la rodilla se despegara del suelo, pegaría otra vez. Dio vueltas alrededor de Danny, pero el árbitro se interpuso entre ellos, y Rivera sabía que los segundos que contaba eran muy lentos. Todos los gringos estaban en su contra, incluido el árbitro.

En «nueve», el árbitro le dio a Rivera un fuerte empujón hacia atrás. Era contra el

reglamento, pero eso permitió que Danny se levantara y que recuperara la sonrisa. Plegado en dos, con los brazos ocultando su cara y su abdomen, inteligentemente provocó un clinch. Según las reglas del deporte, el árbitro tendría que haberlos separado, pero no lo hizo, y Danny siguió abrazado a Rivera como un percebe agitado por las olas y se fue recuperando poco a poco. El último minuto del round transcurrió con rapidez. Si podía resistir hasta el final, tendría un minuto entero en su esquina para reanimarse. Y resistió hasta el final, sonriendo a pesar de la desesperación y la situación extrema.

—¡La sonrisa indestructible! —aulló alguien, y todo el público estalló en una carcajada de alivio.

—La trompada de ese mexicano es maligna —le dijo Danny jadeando a su entrenador, mientras los ayudantes trabajaban frenéticamente sobre él.

El segundo y el tercer round fueron anodinos. Danny, un astuto y consumado dominador del ring, enfriaba la pelea, bloqueaba y duraba, dedicándose a recuperarse de aquel aturridor golpe del primer round. En el cuarto round era él mismo nuevamente. Atontado y sacudido, sus buenas condiciones físicas le habían permitido recuperar el vigor. Pero ya no intentó tácticas de demolición. El mexicano había demostrado ser una fiera. En cambio, puso en juego sus mejores capacidades de pelea. En astucia, habilidad y experiencia él era el amo, y aunque no podía conectar un golpe definitivo, procedió científicamente para doblegar y cansar a su oponente. Conectó tres golpes en Rivera, pero eran apenas golpes castigadores, y no mortíferos. Respetaba a ese tipo ambidiestro y sus asombrosas trompadas con ambos puños.

En defensa, Rivera aplicaba un desconcertante directo de izquierda. Una y otra vez, ataque tras ataque, enviaba directos de izquierda que iban acumulando su efecto sobre la boca y la nariz de Danny. Pero Danny era proteico. Por eso sería el próximo campeón. Podía cambiar de estilo de pelea a voluntad. Ahora se dedicaba a la lucha trabada. En esto era particularmente astuto, lo que le permitía evitar el directo de izquierda del contrincante. Así, enfervorizó al público varias veces, rompiendo una llave del adversario y aplicando un gancho que levantó al mexicano en el aire y lo hizo caer en la lona. Rivera quedó apoyado en una rodilla, dejando que transcurriera la mayor parte de la cuenta; sabía interiormente que los segundos que le contaba el árbitro eran más cortos.

En el séptimo, Danny volvió a conectar un diabólico gancho. Solamente logró que Rivera se tambaleara pero, en el momento de desprotección que siguió, le aplicó un golpe que lo arrojó contra las cuerdas. El cuerpo de Rivera se balanceó sobre las cabezas de los hombres de prensa en el ringside, y estos lo ayudaron a subir al borde de la plataforma, por fuera de las cuerdas. Allí descansó en una rodilla, mientras el árbitro apresuraba la cuenta de segundos. En el lado de adentro de las cuerdas, a través de las cuales debió deslizarse para entrar al ring, Danny lo estaba esperando. El árbitro no intervino, ni empujó a Danny hacia atrás.

El público estaba fuera de sí, entusiasmado.

—¡Mátalo, Danny, mátalo! —fue el grito unánime.

Las voces se unieron hasta transformarse en el rugido de guerra de los lobos.

Danny hizo cuanto pudo, pero Rivera, a la cuenta de ocho, en lugar de nueve, atravesó inesperadamente las cuerdas y lo trabó en un clinch. Entonces, el árbitro intervino, apartándolo para que pudiera ser alcanzado, y dándole a Danny todas las ventajas que un árbitro injusto puede dar.

Pero Rivera resistió, y el aturdimiento desapareció de su cerebro. Estaba entero. Los otros eran los odiados gringos, y todos ellos jugaban sucio. En lo peor del combate, las visiones seguían centelleando en su cabeza —largas líneas de ferrocarril que se recalentaban en el desierto; los rurales y los terratenientes americanos, las cárceles y los calabozos; las trampas en los tanques de agua—, todo el sórdido y doloroso panorama de su odisea después de lo de Río Blanco y la huelga. Y, resplandeciente y gloriosa, vio la gran Revolución roja, esparciéndose por su tierra. Las armas estaban ante él. Cada rostro odiado era un arma. Peleaba por las armas. Él era las armas. Él era la Revolución. Peleaba por todo México.

El público comenzó a indignarse con Rivera. ¿Por qué no aceptaba la derrota que le estaba destinada? Desde luego, iba a ser derrotado, pero ¿por qué se obstinaba tanto? Muy pocos se interesaban por él, y eran el porcentaje definido de apostadores que arriesgan grandes sumas. Aunque creían que Danny sería el ganador, habían apostado por el mexicano cuatro a diez y uno a tres. No era baladí la cuestión de cuántos rounds podría durar Rivera. El dinero salvaje había aparecido en el ringside, proclamando que no podía durar siete rounds, ni siquiera seis. Los apostadores, ahora que la ganancia estaba felizmente asegurada, se habían sumado a los videntes al favorito.

Rivera se negaba a ser vencido. En el octavo round, su oponente se esforzó en vano por repetir un gancho. En el noveno, Rivera sorprendió nuevamente a los espectadores.





En medio de un clinch rompió la llave con un movimiento rápido y flexible, y en el estrecho espacio entre ambos cuerpos su derecha se levantó desde la cintura. Danny fue a parar al suelo y aceptó la cuenta de protección. La multitud estaba atónita. Había sido superado en su propio juego. Su famoso gancho de derecha había funcionado contra él. Rivera no intentó pegarle cuando se levantó a la cuenta de nueve. El árbitro estaba bloqueando claramente esa posibilidad, aunque se comportó de otra manera cuando fue Rivera el que quería levantarse.

En el décimo, Rivera conectó dos veces el gancho de derecha, desde su cintura hasta el mentón del oponente. Danny se desesperaba. La sonrisa nunca abandonó su rostro, pero volvió a la táctica de demolición. Por más que pareciera una tromba, no podía hacer daño a Rivera, mientras este, a través de la confusión y el remolino, lo mandó a la lona tres veces seguidas. Danny no se recuperó tan rápidamente, y en el undécimo round estaba en malas condiciones. Pero desde entonces hasta el decimocuarto, desplegó la más comprometida exhibición de su carrera. Enfriaba la pelea y bloqueaba, peleaba parsimoniosamente y se empeñaba en recuperar fuerzas. También peleó tan sucio como sabe hacerlo un boxeador exitoso. Empleó todas las tretas y artimañas, dando cabezazos en cada clinch y fingiendo que eran involuntarios, atrapando el guante de Rivera entre su brazo y su cuerpo, tapando con su guante la boca de Rivera para dificultarle la respiración. A menudo, cuando se trababan en un abrazo, a través de sus labios partidos y sonrientes, profería insultos indecibles y viles al oído de Rivera.

Todos, desde el árbitro hasta el público, estaban con Danny y lo ayudaban. Y sabían lo que tenía en mente. Superado por la caja de sorpresas de un desconocido, estaba jugándose todo a una sola trompada. Se ofrecía a sí mismo para el castigo, pescaba, fingía y atraía, en pos de un claro en la guardia del otro que le permitiera conectar un golpe con toda su potencia y dar la vuelta a la pelea. Como lo había hecho otro boxeador más grande que él, tenía que poder lanzar una derecha y una izquierda al plexo solar y a la mandíbula. Podía hacerlo, pues se destacaba por la potencia que quedaba en sus brazos mientras pudiera mantenerse en pie.

Los segundos de Rivera no eran demasiado solícitos con él en los intervalos entre los rounds. Sus toallas lo enjugaban, pero echaban escaso aire en sus jadeantes pulmones. Spider Hagerty le dio algunos consejos, pero Rivera sabía que eran equivocados. Todos estaban contra él. Se encontraba rodeado de traidores. En el decimocuarto round volvió a derribar a Danny, y se quedó descansando, con las manos caídas a los lados, mientras el árbitro contaba. En la otra esquina, Rivera había notado unos murmullos sospechosos. Vio a Michael Kelly dirigirse a Roberts, inclinarse y murmurar. Los oídos de Rivera eran los de un gato, entrenado en el desierto, y pudo captar fragmentos de lo que decían. Quiso oír más, y cuando su oponente se levantó, maniobró la pelea en un clinch contra las cuerdas.

—Tiene que hacerlo —pudo oír que decía Michael, mientras Roberts asentía—. Danny tiene que ganar. Me arriesgo a perder una fortuna. He apostado una tonelada

de dinero, ¡de mi propio dinero! Si dura hasta el decimoquinto, estoy liquidado. El muchacho te hará caso. Hazle una oferta.

A partir de entonces, Rivera ya no tuvo otras visiones. Estaban tratando de comprarlo. Una vez más derribó a Danny y se quedó descansando, con las manos a los costados. Roberts se puso de pie.

—Ya le diste una lección —dijo—. Ahora vete a tu esquina.

Le habló con autoridad, como le había hablado a menudo durante los entrenamientos. Pero Rivera lo miró con odio y esperó a que Danny se levantara. De vuelta en su rincón, durante el minuto de intervalo, Kelly, el promotor, vino a hablar con Rivera.

—Basta ya, maldito —dijo en tono áspero y en voz baja—. Tienes que rendirte, Rivera. Si te quedas conmigo, te aseguraré un futuro. Dejaré que venzas a Danny la próxima vez. Pero ahora tienes que rendirte.

Rivera demostró con sus ojos que había oído, pero no hizo ninguna señal de asentimiento ni de negación.

—¿Por qué no hablas? —le preguntó Kelly enfurecido.

—De todos modos, pierdes —agregó Spider Hagerty—. El árbitro te arrebatará la pelea. Escucha a Kelly y ríndete.

—Ríndete, muchacho —rogó Kelly—, y te ayudaré a que obtengas el campeonato.

Rivera no respondió.

—Lo haré, muchacho, ayúdame ahora.

Cuando sonó la campana, Rivera sintió algo inminente. El público no advirtió nada. Lo que fuera, estaba allí, en el cuadrilátero, con él, y muy cerca. La seguridad inicial de Danny parecía haber reaparecido. La confianza en su ventaja asustó a Rivera. Estaban tramando algo. Danny se apresuró, pero Rivera rehusó el encuentro. Dio un paso al costado para ponerse a resguardo. El otro quería un clinch. Era necesario para la treta. Rivera retrocedió y trazó círculos, aunque sabía que, tarde o temprano, el clinch y la treta se producirían. Desesperadamente, resolvió impedirlo. Fingió aceptar el clinch en el siguiente avance de Danny. En el último instante, sin embargo, justo cuando los cuerpos tenían que trabarse, Rivera se movió diestramente hacia atrás. Y en el mismo instante, la esquina de Danny gritó reclamando una falta. Rivera los había engañado. El árbitro estaba irresoluto. La decisión que temblaba en sus labios nunca fue proferida, pues la voz estridente de un muchacho llegó desde la galería: «¡Qué novato!».

Danny maldijo a Rivera abiertamente, y lo acosó, mientras Rivera bailoteaba alrededor. Rivera tomó la decisión de no lanzar nuevos golpes al cuerpo. Estaba echando por la borda la mitad de sus probabilidades de ganar, pero sabía que si tenía que ganar, sería en el tiempo de combate que le quedaba. Ante la menor oportunidad, ellos fingirían una falta en su contra. Danny, en cambio, dejó de ser precavido. Durante dos rounds persiguió al muchacho, que no se atrevía a acercarse a él. Rivera

fue golpeado nuevamente; recibió docenas de golpes para evitar el peligroso clinch. Durante ese esfuerzo supremo y final de Danny, el público se puso en pie, como enloquecido. No entendía. Todo lo que podía ver era que su favorito ganaba, después de todo.

—¿Por qué no peleas? —le preguntaban airadamente a Rivera—. ¡Eres un cobarde! ¡Un cobarde! ¡Ábrete, perro! ¡Ábrete! ¡Mátalo, Danny! ¡Mátalo! ¡Puedes con él! ¡Mátalo!

En toda la sala, sin excepción, Rivera era el único hombre con sangre fría. Por sangre y temperamento era el más apasionado, pero había pasado por ardores tanto más intensos que aquella pasión colectiva de diez mil gargantas, que aumentaba y aumentaba, no era para él más que el frescor aterciopelado de un atardecer de verano.

En el decimoséptimo round Danny reunió fuerzas. Rivera, a causa de un pesado golpe, se doblegó. Sus manos caían inermes mientras reculaba. Danny pensó que aquella era su oportunidad. El muchacho estaba a su merced. Entonces, Rivera, fingiendo, lo sorprendió con la guardia baja, lanzando una derecha limpia a la boca. Danny cayó. Cuando se levantó, Rivera lo derribó con un derechazo en el cuello y la mandíbula. Tres veces repitió el golpe. Era imposible para un árbitro considerar que esos golpes eran antirreglamentarios.

—¡Bill! ¡Bill! —suplicó Kelly al árbitro.

—No puedo —se lamentó el otro—. No me da ninguna oportunidad.

Danny, golpeado y heroico, seguía levantándose. Kelly y los otros, cerca del ring, comenzaron a pedirle a la policía que detuviera la pelea, aunque la esquina de Danny se rehusaba a tirar la toalla. Rivera vio que el gordo capitán de policía empezaba a trepar torpemente por las cuerdas, y no estaba seguro de lo que significaba. Había demasiadas maneras de hacer trampa en ese juego de los gringos. Danny, de pie, se tambaleaba atontado e inerme ante él. El árbitro y el capitán estaban a punto de sujetar a Rivera cuando este propinó el último golpe. No hubo necesidad de detener la pelea, pues Danny no se levantó.

—¡Cuenta! —gritó Rivera al árbitro.

Y cuando la cuenta hubo terminado, los segundos de Danny lo llevaron en brazos hasta la esquina.

—¿Quién es el ganador? —preguntó Rivera.

De mala gana, el árbitro tomó su puño enguantado y lo levantó.

No hubo felicitaciones para Rivera. Caminó hacia su esquina, donde sus segundos no habían vuelto a colocar el banco. Se inclinó hacia adelante en las cuerdas y miró con odio a todos ellos; su mirada giró en torno, hasta incluir a los diez mil gringos. Le temblaban las rodillas, y jadeaba por el agotamiento. Ante sus ojos, las odiadas caras oscilaban hacia atrás y hacia adelante en el embotamiento de la náusea. Entonces recordó que eran armas. Las armas eran suyas. La Revolución podría continuar.



EL COMBATE

I

Todo tipo de alfombras se extendían en el suelo, a sus pies; dos de ellas, procedentes de Bruselas, fueron las primeras que vieron y parecían ser el término de la búsqueda, mientras otras veinte también atraían su atención, prolongando el debate entre el deseo y el bolsillo. El jefe de sección en persona era quien les hacía el honor de esperar su decisión; o más bien le hacía el honor a Joe, ella lo sabía muy bien, pues había notado la reverencia boquiabierta del ascensorista, que parecía absorberlo con los ojos mientras los conducía al primer piso; tampoco había dejado de ver el respeto que le demostraban a Joe los chicos y los grupos de jóvenes en las esquinas de las calles cuando había atravesado tomada de su brazo el vecindario, en la parte oeste de la ciudad.

El jefe de sección los había dejado para responder el teléfono, y ella fue invadida por una duda y una ansiedad que ponían en segundo plano la espléndida promesa de las alfombras y el fastidio por el gasto.

—¡Francamente, no entiendo qué es lo que te gusta! —dijo ella con una voz suave, cuya firmeza traicionaba recientes discusiones no resueltas.

Una sombra fugaz vino a oscurecer los rasgos juveniles de Joe, pronto reemplazada por un destello de ternura. No era más que un muchacho, y ella apenas una niña: una pareja de seres jóvenes en el umbral de la vida que se instalaban y compraban alfombras juntos.

—¿Por qué te preocupas? —preguntó él—. Es la última vez, la última de las últimas.

Le sonrió, pero ella vio en sus labios un inconsciente suspiro que desmentía esa promesa, y con el instintivo monopolio de la mujer sobre su compañero, temió a ese adversario que no comprendía y que lo tenía tan dominado.

—Ya viste que pude pagar la última cuota de la casa de mi madre con el combate contra O'Neil —prosiguió Joe—. Asunto terminado, ¿no? Esta pelea con Ponta, la última, me reportará cien dólares, cien contantes y sonantes, es la prima para el vencedor, ¡un punto de partida para nosotros, una pequeña fortuna!

Ella no prestó atención al dinero.

—Sí, pero lo cierto es que te gusta ese... ese «combate», como lo llamas. ¿Por qué?

No podía decírselo. En el trabajo se expresaba con las manos y en el cuadrilátero, con todo su cuerpo, haciendo intervenir su musculatura; pero formular frases para describir la atracción que el box ejercía sobre él estaba más allá de sus posibilidades.

Sin embargo, no sin dificultades para empezar, intentó expresar lo que sentía y era capaz de analizar en el Juego que lo conducía a la cima de su existencia.

—Todo lo que sé, Genevieve, es que te sientes bien en el ring cuando haces lo que quieras con un hombre, cuando sabes que ese hombre tenía en cada guante un golpe listo para ti y que no le diste la menor oportunidad de pegarte, cuando eres tú el que le pega con tu golpe favorito y que está acabado, que estás ahí y lo puedes liquidar mientras el árbitro hace el conteo, mientras la sala aúlla y sabes que eres el mejor, y que peleaste bien y que ganaste porque eras el mejor. Te digo que...

Se interrumpió bruscamente, alarmado por su propia volubilidad y por la mirada de alarma de Genevieve. Mientras hablaba, ella no había dejado de mirarlo a la cara y, poco a poco, el temor fue apareciendo en la de ella. Joe le describía el momento supremo, y las imágenes iban surgiendo en ella, el hombre vacilante, las luces, la sala enardecedora, él mismo arrastrado a leguas de distancia por esa marea vital que estaba más allá de su comprensión, que la amenazaba y que, irresistiblemente, hacía que su amor por él fuera lamentable y débil. El Joe que conocía se alejaba, se esfumaba, desaparecía. Se habían perdido la fresca cara juvenil, la mirada tierna, la suavidad de la boca de líneas sensuales y contornos precisos. Lo que ahora veía era la cara de un hombre, una cara de acero, tensa e inmóvil; una boca de acero con labios como los bordes de una trampa; ojos de acero con pupilas fijas y dilatadas, que brillaban con el destello del acero. Sí, la cara de un hombre, del que solo había conocido los rasgos juveniles. Esta cara era absolutamente nueva para ella.



Y sin embargo, detrás del espanto que le inspiraba, ella sentía que el orgullo de él la conmovía. Su virilidad, la virilidad del macho combatiente, le lanzaba la llamada que indefectiblemente recibe la hembra moldeada por una herencia inmemorial para buscar al hombre fuerte como compañero, e inclinarse ante el muro de su fortaleza. Ella no entendía esa fuerza que era más poderosa que su amor y se imponía sobre él; a pesar de todo, su corazón de mujer era consciente del suave escozor que le decía que era por ella, que era en nombre del Amor que él se había rendido ante ella, había renunciado a una parte de su existencia y decidido no volver a combatir después de esa última pelea.

—A la señora Silverstein no le gusta el box profesional —dijo ella—. Lo detesta y, créeme, algo sabe de estas cosas.

Joe sonrió con indulgencia, ocultando la herida que, como siempre, le causaba la obstinación de ella en rebajar ese aspecto de su temperamento y de su vida, el que más lo enorgullecía. Significaba para él poder y éxito, ganados con el propio esfuerzo y el trabajo duro; al ofrecerle a Genevieve todo su ser, era ese, y solo ese, el único presente que depositaba con orgullosa conciencia a los pies de su amada. Era el mérito del trabajo realizado, una prenda de masculinidad más bella y más grandiosa que la que cualquier otro hombre podría nunca ofrecerle, y en la que él había encontrado la justificación y el derecho de poseerla. Ella no lo había comprendido al principio y no lo comprendía ahora, y Joe se preguntaba qué otra razón habría tenido para fijarse en él.

—La señora Silverstein es tonta, sentimental y criticona —replicó él de buen humor—. ¿Qué sabe de estas cosas? A mí me parece que el boxeo es formidable y, además, bueno para la salud —agregó tras una breve reflexión—. Mírame. Te aseguro que llevo una vida muy higiénica para estar en forma. Vivo más higiénicamente que ella, que el tipo que tiene al lado, que cualquiera que puedas nombrarme: baños, masajes, ejercicio, horarios regulares, buena alimentación, nada de excesos, ni alcohol, ni tabaco, ni nada que pueda ser malo para mi salud. ¡Y sí! Tengo una vida más higiénica que tú, Genevieve... Francamente, es así —se apresuró a agregar al ver la cara de sorpresa de ella—. Cuando digo higiene, no pienso en el agua y el jabón, no. Mira un poco: blanda, eres blanda en todas partes —le dijo tocándole el brazo con una mano respetuosa pero resuelta—. ¡No como yo! ¡Toca, toca!

Y tomó las puntas de los dedos de ella y las hundió con fuerza en sus propios bíceps hasta que ella hizo una mueca de dolor.

—Así de duros son mis músculos —prosiguió él—. A esto sí lo llamo higiene. Cada pedacito de carne, de músculo, de sangre, está limpio hasta los huesos, y los huesos también están limpios. No es solamente una cuestión de agua y jabón para la piel, vale para todo el interior. Él mismo sabe que está limpio, mi cuerpo. Cuando despierto por la mañana y voy a trabajar, no hay una sola gota de mi sangre, un solo pedacito de mi carne que no grite que está limpio. ¡Es así como te digo!

Un malestar súbito lo hizo callarse: ¡otra vez esa marea inusual de palabras que lo desconcertaba! Jamás había sido llevado a decir tantas cosas, jamás había experimentado la necesidad de hacerlo. Esta vez, el Combate había sido cuestionado, su verdad, su valor, el Combate mismo, lo más importante del mundo, o al menos, lo más importante hasta ese mediodía providencial marcado por esa providencial entrada en la tienda de los Silverstein, donde había surgido súbitamente en su vida el destello de Genevieve, haciendo empalidecer todas las demás cosas. Estaba comenzando a ver, aunque todavía confusamente, el conflicto agudo entre la mujer y la carrera, entre lo que la realidad le exige al hombre y lo que la mujer espera de él. Pero era incapaz de generalizar. Solo veía el antagonismo entre la Genevieve concreta, de carne y hueso, y el Combate grandioso, abstracto, vivo. Excluyentes una y otro, no dejaban por ello de atraerlo; y él, desgarrado por el conflicto, erraba, inerme, arrastrado por las turbulencias que esa querella engendraba.

A medida que hablaba, ella lo miraba fijamente, arrobada por esa piel clara, esos ojos claros y esas mejillas suaves y lisas como las de una niña. Cuanto más comprendía la fuerza de los argumentos de Joe, más los detestaba. Instintivamente, se rebelaba contra el Combate, que lo alejaba de ella y le quitaba una parte de él. Era un rival que no entendía. Como tampoco entendía su seducción. Si se hubiera tratado de una rival, de una mujer de carne y hueso, habría podido entenderla y verla con claridad. Pero en este caso afrontaba en la penumbra a un adversario intangible sobre el que nada sabía. Y lo que encontraba de verdadero en las palabras de Joe convertía al Combate en algo aún más formidable.

Genevieve tuvo una súbita conciencia de su debilidad. Se apiadó de sí misma, y sintió pena. Quería a Joe, lo quería entero, solamente así serían satisfechos sus deseos de mujer; y él la eludía, se sustraía del abrazo con el que intentaba aferrarlo. Las lágrimas le inundaron los ojos, sus labios comenzaron a temblar, convirtiendo en victoria su derrota, derrotando al Combate todopoderoso con la fuerza de su fragilidad.

—¡No, Genevieve, no llores! —imploró Joe, contrito, aunque también perturbado y confundido. Para su mente masculina, el abatimiento de ella no tenía justificación; sin embargo, al ver las lágrimas, olvidó todo lo demás.

Con la mirada húmeda, ella le sonrió como perdonándolo, y él, que no tenía la menor idea de qué tenía que hacerse perdonar, se derritió por completo. Su mano buscó impulsivamente las de la joven, pero ella opuso a este gesto un cuerpo que se ponía tieso, que mostraba cierta frialdad, mientras los ojos continuaban sonriendo más gloriosamente todavía.

—Aquí viene el señor Clausen... —dijo ella; al tiempo que pronunciaba estas palabras fue capaz, quién sabe por qué clase de alquimia de mujer, de mostrar al recién llegado ojos perfectamente libres de lágrimas.

—Pensabas que nunca volvería, ¿no es cierto, Joe? —inquirió el jefe de sección, un hombre de tez pálida y rosada, cuyas austeras patillas contrastaban con sus ojos

afables—. Bien, veamos... ¡Ah, sí! Estábamos en los motivos —continuó vivamente—. Este modelo encantador es el que les interesó, ¿o me equivoco? Sí, sí, lo sé de memoria. Ganaba apenas catorce céntimos por semana cuando me casé... Pero nada es demasiado bello para un nidito de amor, ¿no es verdad? ¡Si lo sabré! Y como siempre digo, agregamos algunos céntimos y lo mejor termina siendo lo más barato. Te digo lo que voy a hacer, Joe —parecía presa de un irreprimible acceso de filantropía, y agregó adoptando un tono de la confidencia—, por ser tú, voy a consentir excepcionalmente una rebaja de cinco céntimos. Solamente... —y entonces su voz se volvió solemne—, solamente te pido que no le digas a nadie cuánto pagaste por este artículo.

—¡Cosida, forrada y colocada, todo incluido, desde luego! —dijo, después de que Joe y Genevieve deliberaran y anunciaran su decisión.

Puso en blanco los ojos por un instante y luego se dirigió a ellos con un tono paternal.

—¿Y el nidito, entonces? —preguntó—. ¿Cuándo se mudarán? ¡Mañana! ¿Tan pronto? ¡Maravilloso, maravilloso!

Joe había respondido bastante resueltamente y Genevieve se había ruborizado; no obstante, ambos sintieron lo inadecuado de la situación. No solamente por lo personal y lo grave del tema, sino por pudor de clase media, reacción que en ellos no era más que reserva y cortedad, frecuentes entre los trabajadores que aspiran a una vida sana y conforme a la moral.

El señor Clausen, entusiasta, bonachón y diligente, los escoltó hasta el ascensor, mientras los empleados giraban la cabeza para no perderse un detalle de la partida de Joe.

—¿Y esta noche, Joe? —preguntó ansiosamente el señor Clausen mientras esperaban el ascensor—. ¿Estás en forma? ¿Crees que lo vencerás?

—¡Desde luego! —respondió Joe—. Nunca me sentí mejor en mi vida.

—Estás en tu mejor forma, ¿no? ¡Muy bien! Sabes, me preguntaba... En fin, cuándo iban a casarse y todo lo demás... Pensaba que podrías estar alterado... ¿un poquito?... con los nervios a flor de piel, ¿no? Sé muy bien lo que es casarse. Pero te veo bien. Desde luego, es inútil preguntártelo. ¡Y bien! Buena suerte, muchacho. Vas a ganar. Nunca tuve la menor duda, nunca.

—Adiós, señorita Pritchard, a su disposición cuando me necesite, será un placer para mí, se lo aseguro —le dijo a Genevieve, abriéndole cortésmente la puerta del ascensor.

—Todos te llaman «Joe»... —dijo ella con un tono de reproche cuando llegaron a la planta baja—. ¿No podrían llamarte «señor Fleming», aunque sea por corrección?

Pero él miraba al ascensorista con una mueca, aparentemente sin oírla.

—¿Qué sucede, Joe? —preguntó Genevieve tiernamente, sabiendo el poder que ese tono de voz tenía sobre él.

—¡Nada, nada! —respondió Joe—. Estaba pensando... y deseando.

—¿Deseando...? ¿Qué? —Su voz era la seducción misma, y sus ojos habrían podido hacer fundir a hombres más duros que Joe, pero no pudieron captar la mirada de él.

Él decidió por fin mirarla.

—Que vengas a verme pelear, por una vez.

Ella hizo un gesto de disgusto, y la cara de Joe se enfurruñó. Genevieve tuvo la visión muy nítida de que un rival se había interpuesto entre ellos y los separaba.

—¿Por qué no? —dijo rápidamente, con cierto esfuerzo, tratando de encontrar ese tono afectuoso que hace languidecer a los más fuertes y los hace abandonarse sobre un pecho de mujer.

—Entonces, ¿lo harías?

La mirada de Joe buscó nuevamente los ojos de Genevieve. Hablaba en serio, ella lo sabía. Parecía un desafío a la profundidad de su amor.

—Sería el momento de mayor orgullo de mi vida —dijo Joe simplemente.

Acaso el amor la ponía al acecho, o tal vez quería satisfacer el deseo de Joe de captar su simpatía, o deseaba ver por fin el Combate desarrollarse ante sus ojos para juzgarlo con conocimiento de causa, era todo eso, o la simple llamada de la aventura que sonaba en el territorio limitado de una vida monótona; lo cierto es que un noble temblor de audacia la recorrió por completo.

—Iré —dijo ella, también simplemente.

—No pensé que quisieras, de lo contrario no te lo habría pedido —confesó él una vez en la calle.

—Pero ¿es posible? —preguntó ella, ansiosa, temiendo flaquear en su resolución.

—¡Puedo solucionarlo! Pero no pensaba que quisieras venir. No lo pensaba, realmente —repitió Joe, todavía sorprendido, mientras la ayudaba a subir al tranvía y buscaba en su bolsillo con qué pagar los billetes.

II

Genevieve y Joe eran aristócratas de la clase obrera. En un medio que era esencialmente sordidez y miseria, se habían conservado decentes y sin mácula. Tenían tal dignidad, tal respeto por lo que la vida ofrecía de delicado y de puro, que se habían mantenido aislados de los de su clase. Los amigos no solían frecuentarlos, y ninguno de los dos tenía un amigo realmente íntimo, un compañero del corazón, de quien ser camarada y con quien tener cosas en común. El instinto social era muy fuerte en ellos, aunque vivían como solitarios por no poder satisfacer ese instinto y, al mismo tiempo, satisfacer su deseo de pureza y rectitud.

Si existía una joven de la clase obrera que había llevado una vida protegida, esa era Genevieve. En el seno mismo de la rudeza y de la brutalidad, había evitado todo lo que era rudo y brutal. No veía más que lo que elegía ver, y elegía siempre ver lo mejor, evitando, sin esfuerzo, por una especie de instinto, la vulgaridad y la falta de delicadeza. Por empezar, había estado particularmente al abrigo: hija única de una madre inválida de la que se ocupaba, no había compartido las travesuras y los juegos callejeros con los chicos del vecindario. Su padre, un pobre empleado anémico, de contextura frágil y temperamento tranquilo, hogareño por su incapacidad para mezclarse con los hombres, se había dedicado a darle a su hogar una atmósfera de ternura y suavidad.

Huérfana a los doce años, Genevieve había pasado directamente del funeral de su padre a vivir con los Silverstein, en su apartamento, encima de la tienda de golosinas. Allí, protegida por esos amables extranjeros, había sido alojada, alimentada y vestida a cambio de ocuparse del negocio. Por ser una gentil, era particularmente necesaria para los Silverstein, quienes podían así abstenerse de ejercer el comercio el día del Sabbath.

Y allí, en esa pequeña tienda sin historia, transcurrieron para ella seis años de formación. Genevieve tenía pocos conocidos. Había preferido no tener una verdadera compañera, por la simple razón de que no había aparecido ninguna muchacha que la satisficiera. Tampoco le gustaba pasearse con los muchachos del vecindario, como era costumbre entre las chicas desde los quince años. «Muñeca pretenciosa»: así la describían las demás en el barrio; y si su belleza y su reserva le habían valido esa enemistad, ella no dejaba de imponer cierto respeto. «Melocotones con nata», la llamaban los muchachos, pero solamente a media voz, y entre ellos, por temor a provocar la ira de las otras chicas, que reverenciaban a Genevieve de una manera casi religiosa, tan misteriosamente bella e inalcanzable les parecía.

Genevieve era muy bella. Salida de una larga estirpe de americanos puros, era una de esas maravillosas flores del mundo obrero que a veces florecen por azar, de manera inexplicable, desafiando la herencia y el medio. Era una belleza por su tez, pues la sangre irrigaba tan deliciosamente su piel blanca que la hacía merecer la descripción de «melocotones con nata». Era una belleza por la regularidad de sus

rasgos; y, aunque se limitara a eso, era una belleza por la propia delicadeza de las líneas que la moldeaban. Discreta, silenciosa, imponente y digna, tenía un don para vestirse, y todo lo que llevaba puesto parecía adecuarse a su belleza y dignidad. Además, era de una feminidad deslumbrante, tierna, suave y atractiva, con la pasión ardiente de la compañera y la madre en la mujer. Pero este aspecto de su naturaleza había estado adormecido durante todos esos años, esperando que apareciera un compañero.

Fue entonces cuando, en una tórrida tarde de sábado, Joe entró en la tienda de los Silverstein para refrescarse con un helado. Genevieve no había notado su llegada, pues estaba ocupada en servir a otro cliente, un chico de seis o siete años que analizaba seriamente sus deseos ante una vitrina donde se exponían abundantes golosinas maravillosas junto a un cartel que decía: «Cinco por cinco céntimos».

Ella había oido: «Un helado, por favor» y había preguntado: «¿De qué gusto?», sin levantar los ojos. No tenía la costumbre de prestar atención a los muchachos. Había algo en ellos que no comprendía. La manera como la miraban la ponía incómoda, no sabía por qué; emanaba de ellos una tosqueda y una brutalidad que no le agradaban. Hasta entonces, el hombre no había afectado su imaginación. Los jóvenes que había encontrado no la habían atraído, no habían significado nada para ella. En una palabra, si le hubieran pedido a Genevieve que diera una sola razón de la existencia de los hombres sobre la tierra, habría tenido dificultades para responder.

En el momento en que vaciaba la medida de helado en el vaso, su mirada se posó sobre la cara de Joe, y experimentó de inmediato una sensación placentera. Luego fue Joe quien la miró. Genevieve había bajado los ojos y se había vuelto hacia la fuente de agua gaseosa. Pero mientras llenaba el vaso, ella no pudo evitar mirarlo otra vez, apenas un instante, pues esta vez encontró los ojos de él sobre ella, con la esperanza de que sus miradas se encontraran, y para ver en sus rasgos un franco interés que le hizo apartar los ojos enseguida.

Que hubiera un hombre capaz de provocarle semejante turbación no dejó de sorprenderla. «¡Qué agradable muchacho!», pensó inocentemente, intentando escapar de la atracción que adivinaba detrás de la mera belleza. «*Agradable* no es la palabra», se dijo a sí misma mientras posaba el vaso delante de él y recibía las monedas, y por tercera vez lo miraba a los ojos. Su vocabulario era limitado, y sabía poco del peso de las palabras; pero la potente virilidad de la cara del muchacho le decía que el término era inapropiado.

«Debe ser apuesto, entonces», fue su segunda reflexión, mientras volvía a desviar la mirada. Pero a todos los hombres de buena apariencia se los llama apuestos, y ese término tampoco le convenía. Como fuera, era agradable mirarlo, y la irritaba tomar conciencia de ese deseo de observarlo una y otra vez.

En cuanto a él, nunca había visto a una joven así detrás de un mostrador. Si bien era más experimentado que ella en las cuestiones de la naturaleza y sabía muy bien el porqué de la presencia femenina sobre la tierra, la mujer no ocupaba ningún lugar en

su cosmos. Su imaginación era tan ajena a la mujer como la de Genevieve lo era al hombre. Pero su imaginación ahora había sido afectada por una mujer: Genevieve. Jamás había soñado que una chica pudiera ser tan bella, y no lograba dejar de mirarle la cara. Sin embargo, cada vez que la contemplaba y sus ojos se encontraban, él sentía una dolorosa incomodidad y habría apartado la mirada si ella no hubiera bajado los ojos tan rápidamente.

Pero cuando, por fin, Genevieve levantaba lentamente la cabeza y mantenía la mirada, era él quien bajaba los ojos y se ruborizaba. Ella se sentía mucho menos incómoda que él, o al menos nada traicionaba su incomodidad. Era consciente, sin embargo, de cierta palpitación interior, que nunca había experimentado antes, pero que de ningún modo turbaba su serenidad exterior. Joe, al contrario, era manifiestamente torpe y se sentía deliciosamente miserable.

Ninguno de los dos conocía el amor, y lo que llegaba a su conciencia era el avasallador deseo de contemplarse mutuamente. Ambos estaban turbados e inquietos, y se acercaban con la precisión y la inevitabilidad de los imanes. Él, ruborizado por la incomodidad, jugaba con la cuchara, para ocuparse; ella, con su voz suave y sus ojos bajos, tejía un sortilegio en torno de él.

Pero Joe no podía ocuparse eternamente con su copa y no se atrevía a pedir otra. Entonces, abandonó la tienda, dejando a Genevieve en un estado de trance semidespierto, y salió a la calle como un sonámbulo. Genevieve tuvo ensoñaciones toda la tarde y supo que se había enamorado. A Joe no le sucedió lo mismo. Sabía solamente que quería volver a mirarla, volver a ver su cara. Sus pensamientos no iban más lejos y, además, apenas eran pensamientos, eran más bien un deseo vago e indiferenciado.

No pudo escapar de ese deseo. Lo asediaba día tras día y la tienda de golosinas con la joven detrás del mostrador no lo abandonaba ni un instante. Luchaba contra el deseo. Tenía temor y vergüenza de volver a la tienda. Intentó calmar su temor diciéndose: «No soy un hombre hecho para las mujeres». Ni una, ni dos, sino muchas veces se repitió esta frase, sin ningún resultado. Hasta que una noche, después del trabajo, en mitad de la semana, entró en la tienda. Trató de parecer llevado por la casualidad, pero todo en su actitud traicionaba el considerable esfuerzo de voluntad que impulsaban a sus piernas a llevar su cuerpo reticente hasta allí. Era, también, muy tímido, y se sentía más torpe que nunca. Genevieve, por el contrario, parecía de lo más serena, aunque por dentro palpitaba de manera alarmante. Joe, incapaz de hablar, farfulló su pedido, miró ansiosamente el reloj, consumió el helado a toda velocidad y se marchó.

Genevieve estuvo a punto de llorar de decepción. ¡Tan magra recompensa después de cuatro días de espera, cuatro días pensando que estaba enamorada! Ese muchacho era amable, estaba segura, y no tenía necesidad de llevar tanta prisa. Pero Joe no había alcanzado todavía el ángulo de la calle cuando ya tenía ganas de volver hacia ella. Quería solamente mirarla. Estaba lejos de pensar que se trataba de amor.

¿Amor? Eso era cuando los muchachos y las chicas salían juntos. En cuanto a él... Y entonces su deseo tomó una forma muy nítida: descubría que era eso lo que quería de ella. Quería verla, contemplarla y solo podía lograrlo si ella salía con él. ¡Era por eso, entonces, que los jóvenes salían juntos cuando llegaba el fin de semana!, pensó. Había considerado vagamente esa salida como una formalidad previa al matrimonio. Ahora veía cierta sabiduría profunda en la cosa, y deseaba lo mismo para él, llegando a la conclusión de que estaba enamorado.

Ahora que ambos tenían el mismo sentimiento no podía haber más que un final posible; fue un prodigo para los vecinos de Genevieve verla salir con Joe.



Los dos estaban bendecidos por cierto laconismo, y a ese rasgo se debió que su relación durara tanto tiempo. Si él se expresaba a través de la acción, ella lo hacía a través del control y la calma, y a través de la llama amorosa de sus ojos, aunque, en su pudor de mujer joven, la habría suprimido si hubiera sido consciente del lenguaje del corazón que tan claramente descubría. «Mi querido», «mi querida» les parecían demasiado íntimos para recurrir a ellos de entrada; a diferencia de la mayoría de las parejas, no abusaban de las palabras amorosas. Por un tiempo se contentaron simplemente con pasear juntos al atardecer, con sentarse uno al lado del otro en un banco del parque, sin decirse una sola palabra durante una hora, simplemente mirándose a los ojos, tan débilmente iluminados por la luz de las estrellas que no podían ser motivo de incomodidad.

Joe era tan solícito y delicado con ella como un caballero con su dama. Cuando caminaban por la calle, siempre se ocupaba de quedarse del lado de la calzada —en algún lugar había oído que eso era lo apropiado— y, cuando después de cruzar una calle se encontraba del lado equivocado, pasaba rápidamente detrás de Genevieve con el fin de ponerse en el lado correcto. Llevaba sus paquetes y, una vez, su paraguas cuando amenazó lluvia. Como nunca había oído hablar de la costumbre de enviar flores a la amada, le hacía llegar frutas a Genevieve. Al menos, eran algo útil: eran comestibles. La idea de un ramo nunca se le había ocurrido, hasta el día en que notó una rosa pálida en los cabellos de Genevieve. Esa rosa no dejaba de atraer su mirada. Se trataba de los cabellos de Ella y, por tanto, la presencia de la flor le interesaba. Además, la flor le interesaba porque era Ella la que había elegido colocarla en ese lugar. Por estas razones observó la rosa más de cerca. Descubrió que el efecto en sí mismo era bello, y quedó fascinado. El placer ingenuo que experimentaba viendo la flor era un placer también para ella, y ambos conocieron un nuevo y mutuo temblor amoroso cuya causa era la flor. Inmediatamente, Joe se convirtió en un amante de las flores. También se volvió un inventor de galanterías. Le envió un ramo de violetas. Era una idea suya. Nunca había oído hablar de que un hombre le enviara flores a una mujer. Para él, las flores se usaban con fines decorativos, y en los funerales. Comenzó a enviarle flores a Genevieve todos los días, o casi, y para él la idea era original, una invención como cualquier otra surgida de la mente de un hombre.

El culto que rendía a Genevieve era, sin embargo, más bien tímido, tan tímido como la manera que tenía Genevieve de aceptarlo. Ella representaba todo lo puro y lo bueno, era una santa entre las santas que no podía ser profanada ni siquiera por la reverencia demasiado ferviente de un devoto. Genevieve era un ser que difería por completo de todos los que Joe había conocido. No se parecía a las otras jóvenes. Jamás se le ocurrió que fuera de la misma arcilla que sus propias hermanas, o que las hermanas de cualquiera. Era más que una simple joven, más que una simple mujer. Era... y bien, era Genevieve, un ser aparte, nada menos que un milagro de la creación.

Ella, por su parte, no albergaba menos ilusiones con respecto a Joe. Su juicio

sobre las nimiedades podía ser crítico —mientras que el juicio de él era pura adoración, y no incluía la crítica—; sin embargo, cuando ella lo consideraba globalmente, olvidaba la suma de las partes y no veía más que la criatura maravillosa por la cual podía morir del mismo modo que podía vivir. Con frecuencia, se dejaba mecer por sueños despiertos e imaginaba situaciones en las que, muriendo por él, expresaba por fin de manera adecuada el amor que le profesaba y que, viva, no podría jamás expresar por completo.

Su amor era una mezcla de fuego y de rocío. Lo físico estaba apenas presente, pues les parecía una profanación. La consumación carnal de su relación no entraba en sus consideraciones. Esto no les impedía conocer contactos físicos inmediatos, los anhelos repentinos y los raptos de la carne —una caricia con la punta de los dedos sobre la mano o el brazo, la momentánea presión de una palma, la rara unión de los labios en el beso, el estremecimiento provocado por los cabellos de ella sobre la mejilla de él, y el gesto ligero de volver a ponerlos en su lugar—. Todo esto lo conocían, pero también, sin saber por qué, les parecía encontrar un signo de pecado en esas caricias, en esos suaves contactos de los cuerpos.

Había momentos en que Genevieve tenía ganas de rodear a Joe con sus brazos y abandonarse a él por completo, pero la retenía una especie de santidad. En esas ocasiones, tenía la conciencia distinta y dolorosa de un pecado inconfesable que se ocultaba en su interior. Estaba mal, mal sin duda, que pudiera desear acariciar a su amado de una manera tan inconveniente. Una joven que se preciara no podía soñar con hacerlo. Era indigno de una mujer. Además, de haberlo hecho, ¿qué habría pensado él? Y mientras imaginaba tan horrible catástrofe, ella parecía encogerse y arder al calor de una secreta infamia.

Tampoco Joe escapaba del aguijón de curiosos deseos, el primero de los cuales era quizá la tentación de herir a Genevieve. Cuando, luego de largos y tortuosos subterfugios, había alcanzado la felicidad suprema de tomarla por el talle, sentía espasmódicos impulsos de estrechar ese abrazo, hasta hacerla gritar de dolor. Nada en su naturaleza lo empujaba a querer causar mal. Aun sobre el ring, sus golpes no eran lanzados con esa intención. Allí se plegaba al Combate, cuyo objetivo es derribar al adversario y que este permanezca tendido durante un lapso de diez segundos. Nunca había peleado meramente para herir; las heridas llegaban por añadidura al final, y el final era un asunto completamente diferente. Sin embargo, con esa joven a la que amaba, sintió el deseo de herir. Explicar por qué, cuando apretaba la muñeca de Genevieve entre su pulgar y su índice, deseaba estrechar ese anillo hasta triturarla, estaba más allá de sus posibilidades. No podía entender, y sentía que estaba descubriendo en su naturaleza abismos de brutalidad que nunca había imaginado.

Una vez, cuando se despedían, Joe la rodeó con sus brazos y la atrajo bruscamente hacia él. El jadeante grito de ella de sorpresa y de dolor lo había hecho recuperar la razón, y lo había dejado incómodo y tembloroso, con una delicia vaga y sin nombre. Ella, por su parte, temblaba también. El dolor mismo al cual se había

reducido ese vigoroso abrazo le había procurado un goce; y de nuevo ella pensó en el pecado, un pecado cuya naturaleza exacta no conocía, ni sabía por qué merecía ese nombre.

Un día, al principio de su relación, el señor Silverstein encontró en su tienda a Joe, y comenzó a observarlo con ojos abiertos como platos. Cuando Joe hubo partido, se produjo otra escena, cuando los sentimientos maternales de la señora Silverstein hallaron cauce en una diatriba contra todos los boxeadores y contra Joe Fleming en particular. En vano el señor Silverstein se había aplicado a sofrenar la ira de su mujer. Esa ira era necesaria. Ella tenía todos los sentimientos maternales pero ninguno de los derechos de una madre.

Genevieve solo fue consciente de la diatriba; supo que un torrente de injurias manaba de los labios de la judía, pero estaba demasiado aturdida para oír las injurias con detalle. ¡Joe, su Joe, era Joe Fleming, el campeón de box! Era odioso, imposible, demasiado grotesco para ser creíble. Su Joe de ojos claros, de mejillas de niña, podía ser lo que se quisiera, pero ¡no un tipo de los que suben al ring! Por cierto, nunca había visto a ninguno, pero Joe no se parecía en nada a la imagen que se hacía de ellos: la de la bestia humana con ojos de tigre y frente estrecha. Había oído hablar de Joe Fleming, naturalmente —¿quién no, en West Oakland?—, pero jamás se le había ocurrido que pudiera tratarse de algo más que una pura coincidencia.

Genevieve salió de su aturdimiento para oír cómo la señora Silverstein concluía su discurso con una risita histérica: «¡... hacerle compañía a un bruto!». Después de lo cual, los esposos Silverstein tuvieron un altercado sobre la cuestión de saber qué término —*afamado o famoso*— le convenía a su enamorado.

—Pero es un buen muchacho —pretendía el señor Silverstein—, gana dinero, y ahorra.

—¡Justamente! —exclamó la señora Silverstein—. ¿Cómo lo sabes? ¡Gastas nuestro dinero apostando por los boxeadores! ¡Vamos, di la verdad! ¿Cómo lo sabes?

—Sé lo que sé —el señor Silverstein se mantenía firme, actitud que Genevieve nunca había visto en él cuando su esposa se encolerizaba—. Su padre murió, fue a trabajar con Hansen, el que hace velas para barcos. Hermanos y hermanas, tiene seis, todos más jóvenes. Es el padrecito para todos. Trabaja duro, sin descanso. Compra el pan, la carne, paga el alquiler. El sábado por la noche vuelve a la casa con diez dólares. Si Hansen le da doce, ¿qué hace? Es el padrecito, le da todo a la mamá. Si trabaja doble, cobra veinte, ¿y qué hace? Lo lleva a la casa. Los hermanitos van a la escuela, tienen ropa de buena calidad, comen pan y carne de lo mejor. La mamá aprovecha, se ve la alegría en sus ojos, está orgullosa de su hijo Joe. No es todo: tiene un cuerpo magnífico —*mein Gott, ¡magnífico!*—, más fuerte que un buey, más rápido que una pantera, la cabeza más fría que un glacial, ojos que ven todo, ¡todo lo ven...! Hace entrenamiento con otros muchachos en el taller, es como un almacén. Va al club, pone nocaut a La Araña, un golpe directo, un solo golpe. La prima es de cinco dólares, ¿y qué hace? Se lo lleva a la casa, a su mamá. Va mucho a los clubes y junta

muchos premios, diez dólares, cincuenta dólares, cien dólares. ¿Y qué hace? Hay que verlo. ¿Abandona el empleo con Hansen? ¿Se va de farra con los amigos? ¡No! Él es un buen muchacho. Sigue trabajando todo el día, por la noche solamente va al club para el combate. Dice así: «¿Para qué sirve que pague el alquiler?», me lo dice a mí, Silverstein, perfectamente. Bueno, le respondo que no se preocupe, pero compra una buena casa a la madre. Todo el tiempo que trabaja con Hansen y pelea en los clubes, todo para la casa. Compra un piano para las hermanitas, alfombras para los suelos y cuadros para las paredes. Siempre es así, decidido. Apuesta por sí mismo, es un buen signo. Cuando se ve que el hombre pone el dinero sobre sí, entonces, tiene que apostar uno también.

En este punto del discurso, la señora Silverstein gruñó de horror por esos juegos de dinero, y su marido, consciente de haberse traicionado con la elocuencia, terminó afirmando que siempre ganaba.

—¡Y todo gracias a Joe Fleming! —concluyó—. ¡Siempre apuesto a que gana!

Pero la pareja que formaban Genevieve y Joe era a toda prueba, y nada, ni siquiera ese terrible descubrimiento, habría podido separarlos. Genevieve intentó en vano precaverse contra Joe: luchaba contra sí misma, no contra él. Para su sorpresa, descubrió miles de excusas y lo encontró tan adorable como siempre. Ella había entrado en la vida de él con la idea de convertirse en su destino, de dominarlo utilizando los métodos de las mujeres. Veía su futuro con él bajo la brillante perspectiva del cambio, y su primera hazaña consistió en arrancarle la promesa de dejar el boxeo.

Y Joe, que, utilizando los métodos de los hombres, perseguía su sueño amoroso y luchaba por el precioso y eterno objeto de deseo, había cedido. Sin embargo, en el momento mismo en que se lo prometía, algo le decía en el fondo de su ser que nunca podría abandonar el Combate, que en algún momento y en algún lugar, en el futuro, tendría que volver a él. Y había tenido una fugaz visión de su madre y sus hermanos, sus numerosas necesidades, la casa que había que pintar y reparar, los impuestos y las deudas, la perspectiva de tener hijos con Genevieve, y su propio jornal en la fábrica de velas. Pero descartó de inmediato ese cuadro, como suelen descartarse las advertencias, y solo vio ante él a Genevieve, y sintió únicamente el ansia que tenía de ella y el llamado que todo su ser le lanzaba; y aceptó serenamente el compromiso que asumía en su vida y en sus actos.

Él tenía veintiún años, ella dieciocho, un muchacho y su chica, hechos para reproducirse, sanos y normales, con sus cuerpos animados por una sangre vigorosa; desde que salían juntos atraían todas las miradas, aun el domingo, cuando paseaban del otro lado de la bahía, entre personas que no conocían a Joe. Como hombre, él tenía una belleza que no desentonaba con la belleza de mujer de ella, la gracia iba pareja con la fuerza, la delicadeza de la silueta con los rasgos de vigor brutal y la contextura masculina. Esa cara tan franca como fresca y que lindaba con lo ingenuo, esos ojos azules que se imponían en su rostro atraían los ojos de mujeres de condición

mucho más alta que la suya. De esos ojos, de ese interés casi maternal que suscitaba, Joe no era consciente, pero Genevieve podía verlos y comprender; y cada vez era para ella el mismo cosquilleo de alegría mezclado con orgullo: le pertenecía, lo tenía en la palma de su mano. Lo que él notaba, por su parte, al punto de ponerse celoso, era que los hombres la miraban. Ella también lo veía y lo comprendía como él nunca habría podido comprender.

III

Genevieve se puso un elegante par de zapatos con fina suela de cuero que pertenecían a Joe, lo que las hizo reír, a ella y a Lottie, quien, hincada a sus pies, le levantaba el pantalón. La hermana de Joe era parte del complot. Se las había arreglado para deshacerse de su madre, enviándola, con un pretexto inventado, a visitar a unos vecinos. Las dos jóvenes descendieron a la cocina, donde Joe las esperaba. Este avanzó hacia Genevieve con una cara radiante cuyos destellos proclamaban su amor.

—Ahora, levanta un poco esas faldas —le ordenó a Lottie—. No tenemos tiempo que perder. Muy bien, así. Solamente hay que ver la parte inferior de los pantalones. El abrigo cubrirá el resto. Veamos un poco cómo le queda... Me lo pasó Chris, deportista a muerte, aunque un poco pequeño... ¡Así, muy bien! —siguió diciendo mientras ayudaba a Genevieve a ponerse el abrigo que le caía hasta los tobillos y le iba como algo hecho a la medida de la persona para la que fue confeccionado.

Joe le puso un gorro en la cabeza y le levantó el cuello, que era exageradamente amplio: llegaba hasta el borde del gorro y le tapaba el cabello. Cuando abotonó la parte delantera, pudo servirse de las puntas para cubrirle las mejillas, mientras la boca y el mentón quedaban hundidos en las profundidades, de modo que apenas se podían distinguir los ojos en la sombra y una nariz también semioculta. Dio algunos pasos a través de la cocina: solo se veía la parte inferior del pantalón, y con dificultad, cuando los paños del abrigo se entreabrián con el movimiento.

—Un tipo resfriado y que tiene miedo de enfermarse más todavía, ¡qué bien!, ¡qué bien! —dijo riendo el muchacho, orgulloso de su obra—. ¿Cuánto tienes encima? Estoy en diez contra seis. ¿Quieres apostar a perdedor?

—¿Quién es el perdedor? —preguntó ella.

—¡Qué pregunta! Ponta, por supuesto —afirmó Lottie, ofendida, como si no pudiera haber la menor duda.

—Sí, claro... —respondió Genevieve dulcemente—. No sé mucho de estas cosas.

Esta vez, Lottie se mordió la lengua, pero estaba nuevamente ofendida. Joe miró su reloj y anunció que ya era tiempo de partir. Su hermana le pasó los brazos alrededor del cuello y le dio un sonoro beso en la mejilla. Luego besó a Genevieve y siguió con los ojos a la pareja hasta el umbral; Joe llevaba a su novia por el talle.

—¿Qué quiere decir diez contra seis? —preguntó Genevieve mientras el ruido de sus pasos resonaba en el aire glacial.

—Que soy ganador, que soy favorito —respondió él—. Quiere decir que en el público alguien apuesta diez dólares por mi victoria contra los seis que otro apuesta por mi derrota.

—Pero si eres el favorito y todo el mundo piensa que vas a ganar, ¿cómo es que alguien puede apostar en tu contra?

—Ese es el secreto del box: las personas no piensan de la misma manera —

respondió riendo—. Y además, siempre puede haber un golpe de suerte, un accidente... Las casualidades abundan... —agregó gravemente.

Ella se abrazó a él, como para protegerlo, y él rio reconfortado.

—¡Espera y verás! Y no tengas temor al principio. En los primeros rounds, la cosa será feroz. Es la especialidad de Ponta. Es un bruto que intenta todos los golpes juntos, un torbellino que quiere tumbar al otro en los primeros rounds. Ha enviado a varios a la lona, algunos más inteligentes y fuertes que él. Mi problema es resistir, eso es todo. Entonces, estará a punto. Iré a buscarlo, ya lo verás. Sabrás cuándo voy a buscarlo, y lo haré pedazos.

Llegaron a una gran sala construida en una oscura esquina, que parecía un club de gimnasia pero que era en realidad una institución que organizaba peleas dentro del marco fijado por la policía. Joe se apartó un poco de Genevieve y así caminaron hasta la entrada.

—Conserva siempre las manos en los bolsillos y todo saldrá bien —la previno Joe—. Es cuestión de un par de minutos —luego, volviéndose hacia el portero, que hablaba con un policía, agregó—: Está conmigo.

Los dos hombres lo saludaron con familiaridad, sin prestar atención a su compañía.

—No se dieron cuenta, nadie se dará cuenta —le aseguró Joe en la escalera que los llevaba al segundo piso—. Y si te descubrieran, no abrirían la boca por complacerme. ¡Ven, ven por aquí!

La condujo a un reducto que se parecía a una oficina y luego salió, dejándola sentada en una silla desvencijada y polvorienta. A su regreso, llevaba puesta una larga bata y tenía calzados de tela en los pies. Genevieve comenzó a temblar y él le pasó suavemente el brazo por los hombros.

—Todo saldrá bien, Genevieve. Ya arreglé todo. Nadie se dará cuenta —dijo para alentarla.

—Pero es que me preocupo por ti, Joe —respondió ella—. No por mí. ¡Por ti!

—¡No te importa lo que pueda pasarte! ¡Y yo que creía que era por eso que tenías miedo!

Y la miraba con grandes ojos, deslumbrado por el milagro femenino que le revelaba una gloria más trascendente que nunca, pues para él Genevieve era pródiga en esos milagros. Se quedó mudo un instante, y luego balbució:

—¿Es por mí? ¿Quieres decir que no te importa lo que piense la gente? ¿No te importa?

Un doble golpe seco a la puerta, acompañado de otro aún más seco: «¿Estás listo, Joe?», lo volvió a la realidad.

—¡Rápido, Genevieve, un último beso! —murmuró casi religiosamente—. Es mi última pelea, y pelearé como nunca, puesto que estarás allí, mirándome.

Todo lo que ella supo después, con los labios aún tibios por el beso, es que estaba en medio de un tumulto de hombres jóvenes, ninguno de los cuales parecía prestarle

atención. Muchos se habían sacado la chaqueta y tenían la camisa arremangada. Entraban en la sala por la parte posterior, en el mismo desorden en que se habían agrupado fuera, y avanzaban lentamente por el corredor.

La sala, atestada de gente y mal iluminada, se parecía a un establo en sus proporciones; todo tenía una distorsión peculiar en la atmósfera llena de humo. Genevieve sentía que iba a sofocarse. Se oía a los muchachos de la sala proponiendo con grandes gritos el programa y algunos refrescos sobre el fondo del rumor grave de las voces masculinas. Una de ellas ofreció diez contra seis sobre Joe Fleming. El timbre era monocorde, se habría dicho que desesperado, y un estremecimiento recorrió a Genevieve. Todos iban a apostar contra su Joe.

Tuvo otros temblores. Su sangre se inflamaba, llevada a la incandescencia por la aventura —esa mezcla de lo desconocido, lo misterioso y lo terrible—, a medida que se internaba en ese refugio de hombres, donde ninguna mujer tenía derecho a entrar. Nuevos temblores siguieron: era la primera vez en su vida que se animaba a semejante imprudencia. Por primera vez transgredía los límites fijados por el más terrible de los tiranos, la señora Grundy de la clase obrera. Ahora temía por sí misma, mientras que, apenas un momento antes, solo pensaba en Joe.

Sin darse cuenta había alcanzado la parte delantera de la sala y subido una media docena de escalones que la habían conducido a un pequeño camarín. Estaba colmado hasta la asfixia por hombres que, de algún modo, participaban en el Combate. Allí, Genevieve perdió a Joe. Pero antes de que el temor la invadiera, uno de los jóvenes la interpeló con tono brusco:

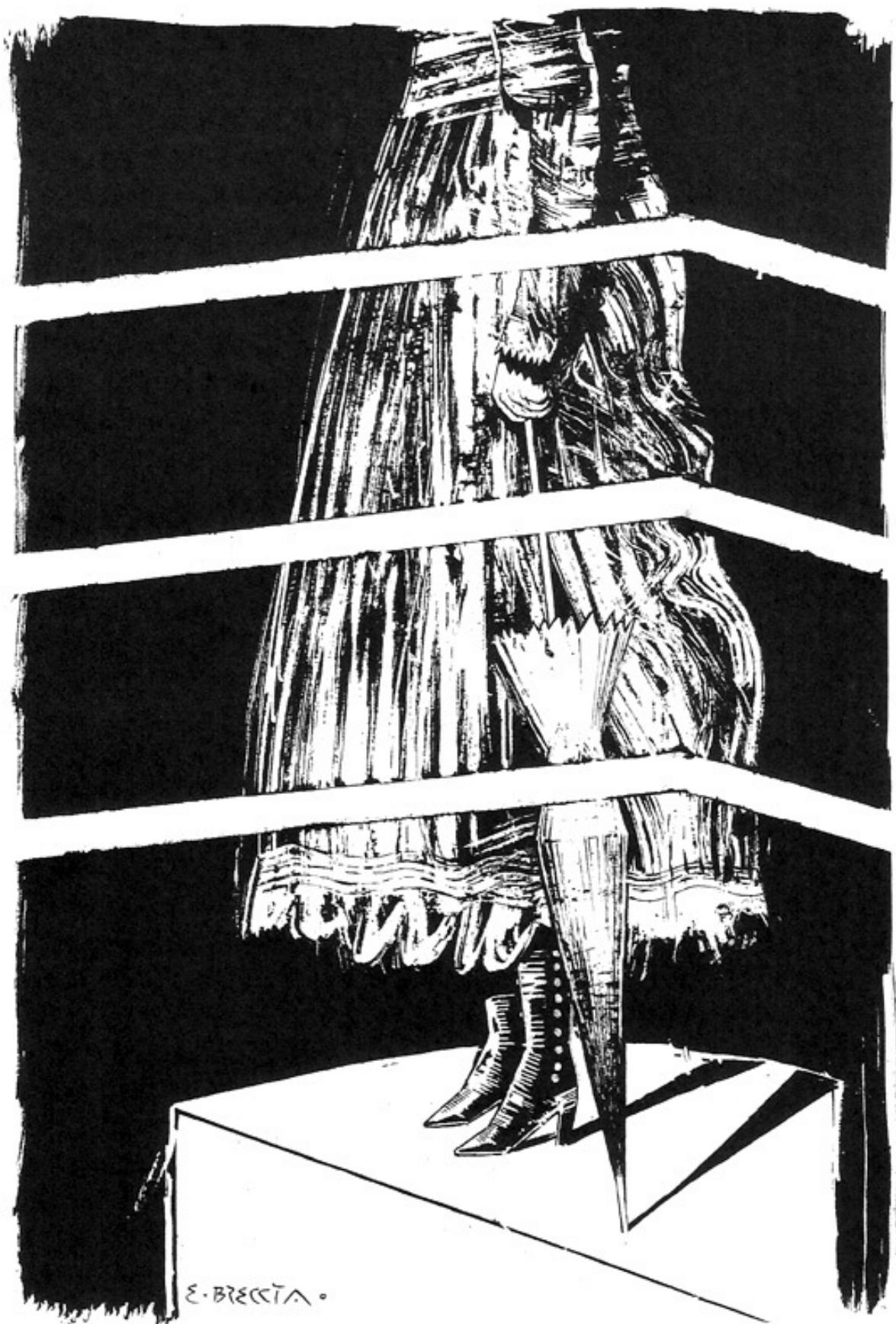
—¡Eh, tú, ven conmigo!

Estaba a punto de moverse cuando notó que otro muchacho del grupo la seguía.

Llegaron a una especie de estrado que recibía tres filas de hombres; en ese momento percibió por primera vez el cuadrilátero. Estaba a la misma altura, y tan cerca que habría podido tocar las cuerdas. Se fijó en el suelo, recubierto de una lona acolchada. Del otro lado del ring, y a cada lado, podía ver como a través de una neblina la sala colmada.

El camarín que acababa de abandonar lindaba con una de las esquinas del ring. Deslizándose detrás de su guía a través de las filas de hombres sentados, Genevieve atravesó toda la parte anterior de la sala para encontrarse delante de un camarín similar, al otro lado del ring.

—Y ahora no hagas ruido y quédate aquí hasta que venga a buscarte —la instruyó su guía, señalando un agujero practicado en la pared de la habitación.



IV

Genevieve se precipitó hacia el pequeño orificio y se encontró frente al ring. Si bien podía verlo en su conjunto, una parte del público quedaba oculta a su mirada. El ring estaba bien iluminado por una lámpara de gas que colgaba del techo. En la primera fila de hombres que había tenido que esquivar estaban sentados periodistas de la prensa local, a juzgar por sus cuadernos y lápices. Uno de ellos masticaba goma. Sentados en las dos filas siguientes, reconoció a los bomberos de la caserna próxima y algunos policías en uniforme. En medio de la primera fila, rodeado de periodistas, estaba sentado el joven jefe de policía. Se sorprendió al percibir al señor Clausen en el lado opuesto del ring. Allí estaba sentado, con sus patillas y el rostro pálido y rosado, cerca del cuadrilátero. En la misma fila, un poco más lejos, descubrió a Silverstein, con sus rasgos marchitos encendidos por la impaciencia.

Algunos aplausos saludaron la llegada de varios jóvenes en mangas de camisa que llevaban baldes, botellas y toallas. Pasaron entre las cuerdas y atravesaron el ring en diagonal hasta el rincón situado en línea opuesta a Genevieve. Uno de ellos se sentó en un banco y se inclinó contra las cuerdas. Ella notó que tenía las piernas desnudas, que llevaba calzados de tela y que la parte superior del cuerpo estaba envuelta en un grueso tejido blanco. Durante ese tiempo, otro grupo había ocupado el rincón más próximo a ella. Grandes aclamaciones atrajeron su atención sobre ese grupo y vio a Joe, sentado en un banco, todavía en bata, con los bucles de sus cabellos castaños a menos de una yarda de ella.

Un hombre joven, en traje negro, con un cuello almidonado ridículamente alto y una gran pelambre, avanzó hasta el centro del ring y levantó la mano.

—Señores, por favor, dejen de fumar —dijo.

Por toda respuesta recibió protestas y silbidos, y Genevieve advirtió, indignada, que nadie dejaba de fumar. El señor Clausen, que durante el anuncio tenía ya entre sus dedos un fósforo, encendió su cigarro con la mayor tranquilidad. Ella sintió que lo odiaba. ¿Cómo podría su Joe combatir en semejante atmósfera? Ella misma, que no tenía más que quedarse quieta en su asiento, casi no podía respirar.

El hombre que había hablado se aproximó a Joe. Este se puso de pie. Se quitó la bata y caminó hacia el centro del ring, llevando únicamente su calzado de tela y un pantalón corto de color blanco. Genevieve bajó los ojos. Estaba sola, sin que nadie la viera, pero se ruborizó al ver la bella desnudez de su enamorado. Lo miró otra vez, con culpa, por la dicha que experimentaba al contemplar lo que ella sabía que era pecaminoso contemplar. Esos arrebatos en su interior, ese movimiento general de su ser que la lanzaba hacia él, eran el pecado. Pero era un pecado delicioso, y no apartó la mirada. La señora Grundy la amonestaba en vano. La pagana que había en ella, el pecado original, la naturaleza entera la empujaban. La atravesaban el rumor confuso de las madres venidas de la noche de los tiempos y el clamor de los niños por nacer. Pero ella no lo sabía. Todo lo que sabía era que se trataba de un pecado, y levantó la

cabeza con orgullo, despreocupada, resuelta, en un gran movimiento de desafío, para pecar sin reservas.

Nunca había soñado con el cuerpo bajo las vestimentas. El cuerpo, más allá de las manos y del rostro, no ocupaba ningún lugar en sus procesos mentales. Era hija de la civilización textil, para ella la vestimenta era el cuerpo. Veía a los hombres como una raza de bípedos vestidos, con manos y rostro, y la cabeza cubierta de cabellos. Cuando pensaba en Joe, el Joe que visualizaba estaba vestido, con sus mejillas de niña, sus ojos azules y sus cabellos rizados, pero siempre vestido. Y ahora lo veía allí, casi desnudo, imagen divina, en un torrente blanco de luz. Nunca se había imaginado el cuerpo de Dios, sino en una desnudez nimbada, y se espantó de proceder a esa asociación. Le parecía que su pecado era un sacrilegio o una blasfemia.

Su sentido estético, alimentado por cromos, desbordaba la formación que había recibido, y le decía que allí había belleza y prodigo. Siempre le había gustado el aspecto físico de Joe, pero le atribuía ese encanto a su atuendo, a su modo de vestirse tan cuidado y de buen gusto. Nunca había soñado que aquello se ocultara debajo. Y ahora estaba deslumbrada. Joe tenía la piel tan clara como la de una mujer, mucho más satinada incluso, y nada de vello alteraba su blanco resplandor. Genevieve lo percibía, pero todo lo demás, la perfección de la silueta, la fuerza, la musculatura, le procuraban placer sin que supiera por qué. Emanaban de él gracia y pulcritud. Su rostro se parecía a un cameo y sus labios entreabiertos en una sonrisa le daban un aspecto juvenil.

Sonrió al público cuando el presentador, poniendo una mano en su hombro, exclamó:

—¡Joe Fleming, el orgullo de West Oakland!

Hubo un estruendo de ovaciones y de aplausos, y Genevieve oyó afectuosos «¡Bravo, Joe, bravo!». Los hombres no dejaban de gritar para alentarlo.

Joe volvió a su rincón. A Genevieve nunca le había parecido menos un boxeador que entonces. Sus ojos eran demasiado tiernos; estaban desprovistos de todo destello animal, como el resto de la cara, mientras que su cuerpo parecía demasiado frágil, por su blancura y su suavidad, incluso había rasgos demasiado infantiles, demasiado suaves, demasiado inteligentes. Genevieve no tenía un ojo experto para el ancho del pecho, ni la dimensión de las narinas, ni la potencia de sus pulmones, ni de los músculos bajo su vaina satinada —otras tantas criptas de energía donde se ocultaba una química destinada a destruir—. Ella solamente veía la porcelana que es preciso manipular con suavidad y precaución para evitar romperla en mil pedazos al primer contacto demasiado brusco.

John Ponta, a quien dos de sus segundos habían ayudado a desprenderse del tejido blanco, fue hasta el centro del ring. Al mirarlo, Genevieve quedó aterrada. En él sí veía al boxeador: un animal de frente estrecha, con ojos centelleantes bajo unas cejas enmarañadas y tupidas, con la nariz chata, los labios gruesos y la boca amenazadora. Tenía mandíbulas prominentes, un cuello de toro, y sus cabellos cortos y tiesos

parecían, a la vista asustada de Genevieve, las cerdas recias del jabalí. Había en él tosquedad y brutalidad —una criatura salvaje, primordial, feroz—. Era tan moreno que parecía negro, y su cuerpo estaba cubierto de un vello que, a la altura del pecho y de los hombros, era más abundante, como el de los perros. Tenía el pecho ancho, las piernas gruesas y grandes músculos carentes de esbeltez. Sus músculos eran nudosos, como toda su persona, desprovista de belleza por el exceso de robustez.

—¡John Ponta, del club atlético de West Bay! —anunció el presentador.

Lo saludaron aclamaciones mucho menos nutritas. Evidentemente, Joe era quien tenía la simpatía del público.

—¡Vamos, Ponta, acábalo! ¡Acábalo! —gritó una voz en medio de un silencio.

Ese grito fue acogido por aullidos de desprecio y protestas. A Ponta no le agradó, pues su boca amenazadora se torció y emitió un gruñido mientras volvía a su rincón. Era demasiado primitivo para atraer la admiración de la multitud. Esta, instintivamente, lo rechazaba. Era una bestia desprovista de inteligencia y de espíritu, una amenaza, una criatura que engendraba temor, al igual que el tigre y la serpiente, monstruos que amenazan y atemorizan, y que más vale ver detrás de los barrotes de una jaula que en libertad.

Ponta percibió la hostilidad de la multitud. Era como un animal rodeado por un círculo de enemigos, y dio un giro y los miró con ojos malignos. El pequeño señor Silverstein, que coreaba el nombre de Joe con gran júbilo, tuvo un momento de duda cuando la mirada de Ponta se posó sobre él, y se encogió como tocado por un hierro candente, mientras el sonido se volvía ronco y se apagaba en su garganta. Genevieve captó la escena, y cuando los ojos de Ponta al recorrer lentamente el círculo hostil encontraron los suyos, ella también se encogió y retrocedió. Luego, esos ojos se posaron y concentraron largamente en Joe. A Genevieve le parecía que la rabia lo incendiaba. Joe sostenía la mirada con dulces ojos de muchachito, pero su cara se puso seria.

El presentador acompañó entonces a un tercer hombre al centro del cuadrilátero, un joven de cara benévola, en mangas de camisa.

—Y aquí, Eddy Jones, el árbitro del encuentro —dijo el presentador.

—¡Eddy, Eddy! —gritaban los hombres en medio de aplausos. Genevieve dedujo que él también gozaba del favor del público.

Los dos contendientes se calzaron los guantes con ayuda de los asistentes, y uno de los segundos de Ponta vino a verificar los de Joe antes de que este se los pusiera. El árbitro los llamó al centro del ring. Los ayudantes los siguieron, y un verdadero grupo se formó. Joe y Ponta estaban frente a frente, a cada lado del árbitro, los asistentes se tomaban de los hombros, con la cabeza echada hacia adelante. El árbitro hablaba y todos escuchaban con atención.

El grupo se deshizo. El presentador avanzó nuevamente hacia el frente del ring.

—Joe Fleming combate con ciento veintiocho libras —dijo—; John Ponta, con ciento cuarenta. Pelearán mientras tengan una mano libre, y no deberán tocar al

adversario en caso de que el árbitro los separe. Se recuerda a los espectadores que siempre hay un ganador. No hay empates en este club.

Se deslizó entre las cuerdas y bajó del ring. Hubo un pequeño tumulto en las esquinas cuando los segundos franquearon las cuerdas llevándose los bancos y los baldes. Solo quedaban en el ring los dos boxeadores y el árbitro. Resonó un gong. Los dos hombres avanzaron rápidamente hacia el centro. Extendieron sus brazos derechos y, en una fracción de segundo, se tocaron con los guantes. Enseguida, Ponta comenzó a pegar salvajemente, con la izquierda y la derecha, golpes que Joe esquivó mediante movimientos hacia atrás. Como un proyectil, Ponta se lanzó sobre él.

La pelea estaba en su apogeo. Genevieve observaba, con una mano crispada sobre el pecho. Estaba estupefacta ante la rapidez y el salvajismo de la ofensiva de Ponta, y ante la lluvia de golpes que lanzaba. Tenía la impresión muy nítida de que Joe iba a ser demolido. A veces, ni siquiera podía verle el rostro, cubierto como estaba por los movedizos guantes. Los ruidos, por el contrario, le llegaban claramente, y cada uno le provocaba náuseas que nacían del fondo de su estómago. No sabía que lo que oía no era más que el impacto de los guantes entrechocándose, a veces de un guante que tocaba un hombro sin provocar ningún daño.

Se dio cuenta de pronto de que la pelea tomaba un nuevo giro. Los dos hombres se habían trabado en un abrazo tenso y no había golpes. Reconoció lo que Joe le había descrito como el «clinch». Ponta se debatía por liberarse; Joe, en cambio, se mantenía firme.

El árbitro gritó: «¡Break!». Joe hizo un esfuerzo por apartarse, pero Ponta tenía una mano libre y Joe se precipitó en un segundo clinch con el fin de evitar el golpe. Esta vez, ella notó que el extremo de su guante se aplastaba contra la boca y el mentón de Ponta y, en el segundo «¡break!» del árbitro, Joe empujó la cabeza de su adversario y se apartó.

En el espacio de algunos segundos, Genevieve pudo ver plenamente a su enamorado. Con el pie izquierdo apenas adelantado, las rodillas ligeramente flexionadas, estaba agazapado, con la cabeza entre los hombros para protegerse mejor. Sus puños estaban delante de él, listos para detener o para devolver golpes. Los músculos de su cuerpo estaban tan tensos que, con cada movimiento, ella podía percibir las contracciones, que trepaban y rodaban bajo su piel blanca como criaturas vivas.

De nuevo Ponta se lanzó sobre él y Joe se debatió para sobrevivir a los golpes. Se agazapó un poco más, en bloque más compacto, protegiéndose mejor con sus manos, con sus codos y sus antebrazos. Los golpes llovían sobre él y a Genevieve le parecía que lo golpearía hasta matarlo.

Los puñetazos de Ponta caían sobre los guantes y los hombros de Joe, y le imprimían un movimiento de vaivén que semejaba un árbol en la tormenta, mientras el público rugía de excitación. Solo cuando comprendió ese aplauso y vio a Silverstein, de pie en su lugar, entusiasta, casi poseído, y oyó que subía en una

centena de pechos el grito «¡Bien, Joe!», Genevieve se dio cuenta de que no era cruelmente castigado, sino que estaba saliendo airoso. Había momentos en que emergía, para luego volver a ser presa del feroz torbellino de Ponta.

V

Sonó el gong. Genevieve tenía la impresión de haber asistido a media hora de pelea, aun cuando sabía por Joe que el asalto había durado apenas tres minutos. Con el sonido del gong, los ayudantes de Joe, atravesando las cuerdas, lo llevaron a toda velocidad a su rincón para el bendito minuto de descanso. De cucillas entre sus piernas, un ayudante se aplicaba a relajarlas por medio de energicas fricciones. En su banco, Joe estiraba la espalda, apoyado contra el poste del rincón, con la cabeza hacia atrás y los brazos en cruz sobre las cuerdas para expandir el pecho. Con la boca muy abierta aspiraba ávidamente el aire que removía ante él dos de sus ayudantes agitando una toalla, mientras escuchaba los consejos que le murmuraba al oído otro ayudante, encargado al mismo tiempo de pasarle la esponja por la cara, los hombros y el pecho.

Apenas terminaron estas operaciones —habían durado un puñado de segundos en total—, el gong volvió a sonar, los ayudantes salieron entre las cuerdas con toda su parafernalia, y Joe y Ponta volvieron a ganar el centro del ring. Genevieve jamás habría creído que un minuto podía pasar tan rápido. Por un momento sintió que ese descanso había sido abreviado y le pareció sospechoso.

Ponta lanzaba, más salvajemente que nunca, golpes con la izquierda y la derecha, y aunque los detuvo, Joe no podía contrarrestar la fuerza que lo arrastraba varios pasos hacia atrás. Ponta saltó sobre él como un tigre. En el reflejo que había tenido para mantener el equilibrio, Joe se había descubierto, es decir, que había abierto uno de los brazos y dejado la cabeza fuera de la protección de los hombros. Ponta lo había perseguido con tal rapidez que un terrible swing llegaba a su mandíbula, aún desprotegida. Pero Joe esquivó el golpe arqueando la espalda, y logró evitar apenas el puño de Ponta en su nuca. En el momento en que se enderezaba, Ponta le destinó un golpe directo con la izquierda que bien habría podido lanzarlo por encima de las cuerdas. Pero con una vivacidad que fue superior a la de su adversario por una fracción de segundo, Joe esquivó el golpe. El puño de Ponta rozó la parte posterior de su hombro y quedó desviado en el vacío. Nuevo directo de Ponta, con la derecha esta vez, nuevo roce: Joe optó entonces por la seguridad de un clinch.

Genevieve lanzó un suspiro de alivio, su cuerpo crispado se distendió y tuvo un vahído. La sala, delirante, aplaudía. Silverstein estaba de pie, gritando y gesticulando, completamente fuera de sí. Hasta el señor Clausen aullaba su entusiasmo a grito pelado en los oídos de su vecino de fila.

El clinch se deshizo y la pelea continuó. Joe bloqueaba, retrocedía, se deslizaba por el ring, evitando los golpes, sobreviviendo de una manera o de otra a los arremolinados ataques. Rara vez conseguía golpear, pues Ponta tenía una mirada atenta, y era tan bueno en la defensa como en el ataque, de modo que Joe no tenía chances contra la enorme vitalidad del otro. Su esperanza residía en que Ponta consumiera finalmente su energía.

Genevieve comenzaba a preguntarse por qué su enamorado no peleaba. Estaba cada vez más furiosa. Quería verlo vengarse de esa bestia que lo había perseguido. Ya se impacientaba cuando Joe, aprovechando una ocasión favorable, lanzó el puño contra la boca de Ponta. Fue un golpe contundente. Ella vio que la cabeza de Ponta se sacudía y sus labios se teñían del color de la sangre. El golpe, sumado al clamor del público, lo puso fuera de sí. Se precipitó hacia adelante como un salvaje.

La furia de ese asalto eclipsaba la de todos sus ataques anteriores. Le quitaba a Joe toda posibilidad de golpear. Por lo demás, este estaba demasiado ocupado en sobrevivir la tormenta que ya había causado, esquivando, cubriéndose, yendo a buscar la seguridad y la tregua del clinch.

Pero el cuerpo a cuerpo no era solamente seguridad y tregua. Cada instante exigía una intensa vigilancia, mientras que la separación era aún más peligrosa. Genevieve había notado, un poco divertida, la curiosa manera que tenía Joe de acurrucar su cuerpo contra el de Ponta en el clinch, pero no había comprendido la razón antes de ver a Ponta aprovechar el momento en que el cuerpo a cuerpo no llegaba todavía al contacto estrecho para lanzar un golpe desde abajo que marraba por un cabello el mentón de Joe. En otro clinch posterior, cuando ella ya estaba distendida y suspiraba de alivio al verlos aferrados, vio a Ponta, con el mentón sobre el hombro de Joe, levantar el brazo derecho y luego asestarle un terrible golpe descendente al hueco de sus riñones. La multitud gruñó con aprensión, mientras Joe se apresuraba a bloquear los brazos de su oponente para impedir que repitiera el golpe.

Sonó el gong, y tras la fugaz pausa, el combate continuó en el rincón de Joe, pues Ponta se había precipitado a su encuentro atravesando todo el cuadrilátero. Allí donde el golpe había impactado, sobre los riñones, la piel blanca había virado al escarlata. Esa marca roja del tamaño de un guante fascinaba y espantaba a Genevieve, que apenas podía dejar de mirarla. Muy rápidamente, en el siguiente clinch, el mismo golpe se repitió; pero luego Joe se las arregló para alcanzar a Ponta en la boca y mantener la cabeza a distancia. Esto impedía que el otro golpeara; pero tres veces más antes del fin del asalto, Ponta recurrió nuevamente a ese golpe, tocando cada vez la misma zona vulnerable.

Otro descanso y otra pausa transcurrieron, sin que se viera a Joe acusar los golpes ni a Ponta flaquear. Pero hacia el comienzo del quinto asalto, Joe, arrinconado en una esquina, fingió lanzarse a un clinch. Justo antes, en el momento preciso en que Ponta se preparaba para estrechar el torso de su adversario, este retrocedió apenas y le lanzó los dos puños sobre el estómago, que estaba descubierto. Los golpes, cuatro en total, con la izquierda y la derecha, fueron veloces como un relámpago y muy pesados, pues Ponta se estremeció y vaciló, con los brazos casi caídos, los hombros encogidos, el torso hacia adelante como si fuera a partirse en dos y a desvanecerse. Los ojos vivaces de Joe captaron la abertura, y le aplicó un directo sobre la boca, instantáneamente seguido de un golpe que apuntaba a la mandíbula, entre swing y gancho. Falló su blanco, pues impactó en la mejilla, pero Ponta giró hacia un costado,

vacilante.

La multitud estaba de pie, gritando. Genevieve podía oír cómo los hombres bramaban: «¡Le dio! ¡Le dio!», y tuvo la impresión de que empezaba el final. También ella estaba agitada, la suavidad y la ternura se habían desvanecido, y ahora exultaba con cada golpe certero asentado por su amado.

Pero todavía había que tener en cuenta la vitalidad de Ponta. Si antes había perseguido a Joe como un tigre, ahora Joe lo perseguía a su vez. Preparaba otro golpe a la mandíbula, parecido al precedente, pero Ponta, ya casi recuperando su ánimo y su vigor, lo esquivó limpiamente. El puño encontró el vacío y Joe, llevado por su formidable impulso, casi giró sobre sí mismo. Ponta aplicó entonces su izquierda. El guante aterrizó sobre el cuello desprotegido de Joe. Genevieve vio a su enamorado bajar los brazos, oscilar y caer blandamente en la lona. El árbitro se puso en posición de contar, escudiendo con un gran gesto vertical del brazo derecho cada segundo que transcurría.

Los espectadores observaban en un silencio mortal. Ponta, vuelto un poco hacia ellos, esperaba la aprobación que le debían, pero no encontró más que un silencio sepulcral. Una súbita cólera lo invadió. Era injusto. Solamente se interesaban por su oponente, ya fuera que atacara o esquivara. Y él, Ponta, que había conducido el combate desde el principio, no había recibido ninguna señal de aliento.

Sus ojos se inflamaban mientras se agazapaba y se inclinaba sobre su enemigo postrado. Se acuclilló junto a Joe, con el brazo derecho un poco hacia atrás, listo para pegar apenas el otro comenzara a levantarse. El árbitro, que seguía contando con la mano derecha, lo apartaba con un gesto de la mano izquierda. Ponta, conservando la misma posición, describía círculos, y el árbitro lo acompañaba en ese movimiento. Lo mantenía a distancia, permaneciendo entre él y el hombre caído.

«Cuatro, cinco, seis...». El conteo continuaba. Joe se dio la vuelta e intentó arrodillarse. Lo logró y, tomando apoyo en una de sus rótulas, una mano en el suelo a cada lado, la otra pierna replegada debajo de él, hizo un esfuerzo para volver a ponerse en pie. «¡Espera! ¡Espera!», gritaron una docena de voces entre los espectadores.

—¡Espera, por el amor de Dios! —aullaba uno de los ayudantes de Joe desde el borde del ring.

Genevieve lanzó a Joe una rápida mirada, y vio el rostro blanco, los rasgos tensos del joven y los labios que se movían maquinalmente, mientras el árbitro contaba.

—Siete, ocho, nueve... —seguían transcurriendo los segundos.

El noveno segundo pasó y, mientras el árbitro apartaba a Ponta, Joe se puso en pie, recogido sobre sí mismo para protegerse, débil pero tranquilo, muy tranquilo. Con una violencia terrible, Ponta se precipitó sobre él, aplicándole un uppercut y un directo. Joe bloqueó los dos golpes, esquivó un tercero, dio un paso al costado para evitar el cuarto, y el huracán de golpes que siguió lo obligó a retroceder a un rincón. Extremadamente débil, vacilaba e intentaba conservar el equilibrio, titubeando hacia

adelante y hacia atrás. Estaba con la espalda contra las cuerdas, sin posibilidad de escape. Ponta se detuvo, como si quisiera asegurarse; luego, fingiendo un golpe con la izquierda, lanzó ferozmente su puño derecho con todas sus fuerzas. Joe se precipitó entonces en un clinch y quedó a salvo por el momento.

Ponta se debatía desesperadamente para liberarse. Quería terminar con ese adversario que hasta entonces había escapado, pero Joe se aferraba para sobrevivir, resistiendo cada esfuerzo del otro y, apenas Ponta se liberaba, volvía a estrecharse a él. «¡Break!», ordenó el árbitro. Joe se aferraba más. «¡Que me suelte! ¿Por qué no lo obliga a soltarme?», preguntó Ponta, vuelto hacia el árbitro. Este último ordenó la separación una vez más, pero Joe seguía sin obedecer, sabiendo que tenía derecho. Cuanto más se prolongaba el clinch, más volvían las fuerzas, más lucidez recuperaba su cerebro, y desaparecían las telarañas que le nublaban la visión. El round estaba en sus comienzos y tenía que mantenerse, de una manera o de otra, durante los casi tres minutos que quedaban.

El árbitro los tomó de los hombros, los separó con violencia y, poniéndose rápidamente entre ellos, los empujó hacia atrás a fin de volver efectiva la separación. Apenas estuvo libre, Ponta saltó sobre Joe como un animal salvaje sobre su presa, pero Joe esquivó, bloqueó e inició un nuevo clinch. Ponta, una vez más, se debatió por desasirse, Joe resistió, el árbitro los separó. Una vez más, Joe evitó el golpe y volvió al clinch.

Genevieve descubrió que en el cuerpo a cuerpo Joe no recibía golpes: ¿por qué, en esas condiciones, el árbitro no lo dejaba continuar? Era cruel. En esos momentos, ella detestaba el rostro benévolo de Eddy Jones, y se levantó a medias de su silla, con sus manos crispadas de cólera, con las uñas que se hundían en sus palmas hasta hacerse daño. El resto del round, es decir, tres largos minutos, fue una sucesión de clinches y separaciones. Ni una sola vez Ponta logró darle al adversario el golpe de gracia. Estaba como loco, furioso por su impotencia frente a un enemigo inerme pero que aún no estaba vencido. Un golpe, un solo golpe, ¡y no lograba darlo!

Su experiencia en el ring y su calma salvaban a Joe. Con la conciencia conmovida y el cuerpo tembloroso, se aferraba y resistía, mientras la fuerza declinante volvía como una marea. En un momento, llevado por la pasión y siempre incapaz de golpearlo, Ponta fingió levantarla para tirarla al suelo.

—¿Por qué no lo muerdes? —se indignó de pronto Silverstein, sarcástico.

La broma, que caía en un silencio relativo, fue oída en toda la sala, y la multitud, aliviada de la ansiedad por su favorito, rio de una manera estruendosa, no exenta de histeria. Aun Genevieve sintió que había algo irresistiblemente divertido en la observación, y el público le comunicó su alivio. Sin embargo, se sentía enferma, débil e invadida por el horror de lo que había visto y de lo que veía.

—¡Muérdelo! ¡Muérdelo! —gritaban ahora las voces del público—. ¡Muérdele la oreja, Ponta! ¡Es tu única manera de vencerlo! ¡Cómelo! ¡Cómetelo! Pero ¿por qué no te lo comes?





ENRIQUE - BRESCIA

Ponta se enfureció. Su salvajismo se volvió frenético y aumentó su impotencia. Resoplaba, sollozaba, malgastando sus fuerzas, perdiendo toda razón y todo control sobre sí mismo e intentando inútilmente compensar esa pérdida por exceso de despliegue físico. Ya no tenía más que el ciego deseo de destrucción. Sacudía a Joe en los clinches como un perro podría haberlo hecho con una rata, se tensaba y se debatía para liberar su cuerpo y sus brazos y, durante ese tiempo, Joe se aferraba a él con calma y resistía. Valiente y leal, el árbitro intentaba sin embargo separarlos. El sudor le perlaba el rostro. Despegar esos dos cuerpos aferrados uno a otro le robaba toda su energía y, apenas lo lograba, Joe volvía a sumergirse, indemne, en otro abrazo y había que repetir las acciones. Cuando estaba libre de actuar, Ponta intentaba en vano evitar la trampa del cuerpo a cuerpo. Pero no podía permanecer a buena distancia; para golpear, tenía que acercarse, y cada vez Joe lo desconcertaba y lo atrapaba entre sus brazos.

Genevieve, oculta en su pequeño camarín y observando a través del agujero, también estaba desconcertada. Era parte interesada en lo que parecía ser una pelea a muerte —uno de los boxeadores, ¿no era acaso su Joe?—, que la muchedumbre comprendía y ella no. El Combate no se le había revelado. Su seducción la superaba. Era, más que nunca, un misterio: no podía captar su poder. ¿Qué placer podía sentir Joe en esos despliegues de brutalidad, en esos cuerpos que se entrechocaban en una tensión de animales, en esos feroz cuerpo a cuerpo, en esos golpes aún más feroz, en esas terribles heridas? Ella le ofrecía mucho más que eso: descanso, alegría, y una dicha suave y apacible. En la puja por adjudicarse su corazón y su alma, proponía algo mucho mejor y más generoso que el Combate; sin embargo, Joe jugueteaba con los dos: la tenía en sus brazos, sí, pero su cabeza se volvía para escuchar ese otro canto de sirena que ella no podía comprender.

Sonó el gong. El round terminó con una separación en el rincón de Ponta. Enseguida, el joven ayudante de rostro lívido se deslizó entre las cuerdas. Tomó a Joe por el brazo, lo levantó y corrió con él a través del ring, hacia su rincón. Sus segundos trabajaban con denuedo, le masajeaban las piernas, le daban golpecitos en el abdomen y le estiraban el cinturón con los dedos para hacerlo respirar más fácilmente. Era la primera vez que Genevieve veía esta respiración abdominal en un hombre, un vientre que se dilataba y se contraía con cada respiración mucho más que su propio pecho cuando había corrido el tranvía. Podía sentir por el picor en su nariz el acre amoníaco que le enviaba la esponja húmeda agitada delante de Joe para despejarle el cerebro. Él se enjuagó la boca y la garganta, y chupó un cuarto de limón. Durante todo ese tiempo, las toallas enloquecieron, aportando oxígeno a sus pulmones con el fin de purgar la sangre que latía para que se distribuyera, vivificada, durante la lucha que seguía. Su cuerpo ardiente era esponjado y luego regado con botellas de agua que le vaciaban sobre la cabeza.

VI

Sonó el gong que marcaba el comienzo del sexto round y los dos hombres avanzaron uno hacia otro, con el cuerpo chorreando agua. Ponta recorrió los dos tercios de la distancia a través del ring, tan motivado estaba para atacar a su hombre antes de que se recuperara totalmente. Pero Joe se había recuperado. No solamente su energía había vuelto, sino que tenía un exceso. Bloqueó varios golpes violentos y, a su vez, asestó uno que hizo vacilar a Ponta. Primero intentó seguir, pero se abstuvo sabiamente de hacerlo, contentándose con bloquear y protegerse del torbellino de golpes que el suyo había desencadenado.

La pelea se desarrollaba como al comienzo: Joe se protegía y Ponta atacaba. Sin embargo, este nunca estaba cómodo. Las cosas no salían como él quería. Sentía que, en cualquier momento, a la vuelta de uno de sus feroces ataques, su adversario amenazaba con responder y alcanzarlo. Joe, por su parte, dosificaba sus fuerzas. Daba un solo golpe cuando Ponta daba diez, pero rara vez fallaba el blanco. Por más que arreciaran, los ataques de Ponta no podían afectar a Joe, cuyos asaltos de tigre, siempre imprevisibles, imponían respeto y moderaban la ferocidad de Ponta. Este ya no podía dar libre curso a ese instinto de destrucción que hasta entonces había marcado sus esfuerzos.

Pero la pelea cambiaba. El público lo notó inmediatamente, y aun Genevieve lo vio, al comienzo del noveno round. Joe tomaba la ofensiva. Era él quien, en el clinch, lanzaba su puño contra el hueco de la espalda, asestando el terrible golpe a los riñones. Lo hizo una primera vez, con todas sus fuerzas, luego lo repitió en cada clinch. Durante las separaciones, comenzó a aplicar a Ponta varios uppercuts en el estómago, ganchos en la mandíbula y golpes directos sobre la boca. Y a la primera señal de un torbellino de golpes, Joe saltaba ágilmente a un lado y se protegía.

Dos rounds pasaron así, luego un tercero, y la fuerza de Ponta, aunque declinaba perceptiblemente, no disminuía con velocidad. La tarea de Joe consistía en minar esa fuerza, pero golpe tras golpe, sin pausa, hasta la eliminación definitiva de esa enorme fuerza. Ponta no tenía tregua. Joe lo seguía paso a paso, su pie izquierdo avanzaba con el *tap tap tap* característico sobre la lona tensa del ring. Luego venía un salto, parecido al de un tigre, golpes seguidos de un rápido salto atrás, después de lo cual su pie izquierdo retomaba su avance con un golpeteo hacia adelante. Cuando Ponta lanzaba sus salvajes ataques, Joe se protegía cuidadosamente para volver a acosarlo mejor, siempre con ese *tap tap tap* de su pie izquierdo.

Ponta se debilitaba poco a poco. Para el público, la pelea estaba decidida.

—¡Bravo, Joe! —aullaba afectuosamente el público, sin reprimir su admiración.

—¡Es una vergüenza que te hayan pagado para esto, Ponta! —se burlaban algunos—. ¿Por qué no te lo comes, eh? ¡Vamos, cómetelo!

Durante las pausas de un minuto, los ayudantes de Ponta trabajaban sobre él como nunca lo habían hecho antes. La serena confianza en su extraordinaria vitalidad

estaba quebrantada. Genevieve observaba sus esfuerzos nerviosos, al tiempo que prestaba oídos al ayudante de rostro lívido que ponía en guardia a Joe.

—Tómate tu tiempo —decía—. Lo tienes, ¡pero debes tomarte tu tiempo! Lo he visto pelear. Siempre un golpe alevoso al final del conteo. Lo vi nocaut terminado, perdido, verdaderamente terminado, se levantó y siguió pegando, aunque Mickey Sullivan lo tenía. Lo mandó al suelo como quería, seis veces seguidas. Pero le dejó una abertura. Ponta le pegó en la mandíbula y, dos minutos después, Mickey abría los ojos preguntándose qué había pasado. ¡Obsérvalo! ¡No te arriesgues! ¡No le des oportunidad! Puse dinero en esta pelea y no podré decir que es mía hasta que no lo vea en la lona después del conteo.

Estaban mojando a Ponta. El gong sonó en el instante preciso en que uno de sus ayudantes le vertía una nueva botella de agua sobre la cabeza. Ponta avanzó hacia el centro del ring, seguido por su asistente que tenía la botella con la boca hacia abajo. Cuando el árbitro le gritó, el ayudante la dejó caer y abandonó el ring a toda velocidad. La botella rodó por el suelo, el agua se escapaba a pequeños borbotones, hasta que el árbitro la envió fuera de las cuerdas con un rápido puntapié.

Durante los rounds precedentes, Genevieve no había visto todavía el rostro de guerrero de Joe, el que le había mostrado aquella misma mañana en la gran tienda. A veces, su rostro parecía más bien infantil, y otras, cuando recibía los más fieros castigos, había sido gris y glacial. Y más tarde todavía, cuando luchaba con todas sus fuerzas trabándose en los clinches, había tomado una expresión melancólica. Y ahora la máscara del guerrero volvía, en el momento mismo en que, fuera de peligro, conducía la pelea. Ella lo vio y tuvo un estremecimiento. ¡Cómo se alejaba de ella! ¡Ella, que creía conocerlo, que creía tenerlo en la palma de su mano! Eran tan nuevos para ella, ese rostro de acero, esa boca de acero, esos ojos de acero que brillaban con el destello del acero. Esa cara le evocaba los rasgos impasibles del ángel exterminador, donde aparecen estampados los designios del Señor.

Ponta intentó uno de sus acostumbrados ataques, pero fue detenido por un golpe en la boca. Implacable, insistente, siempre amenazador, sin darle tregua, Joe lo acosaba.

El round, el decimotercero, terminó con una desbandada hacia el rincón de Ponta. Este intentó recuperar la iniciativa, pero acabó cayendo de rodillas, esperó los nueve segundos de descanso y luego intentó un clinch que lo sacara de problemas, pero recibió cuatro terribles directos al estómago, de modo que, cuando sonó el gong, cayó hacia atrás, jadeante, en los brazos de sus ayudantes.

Joe corrió a través del ring para llegar a su rincón.

—Ahora lo tengo —dijo a su segundo.

—Lo tienes dominado esta vez —respondió el otro.

—¡Nada puede detenerte ahora, salvo un golpe de suerte! ¡Atención!

Joe se inclinó hacia adelante, con los pies juntos, como un corredor que espera la partida. Esperaba el gong. Cuando este sonó, se lanzó a través del ring y cayó sobre

Ponta, que se levantaba de su banco, todavía rodeado de los ayudantes. Y allí, entre ellos, lo derribó con un directo de derecha. En el momento en que se levantaba en el desorden de los baldes, el banco y los asistentes, Joe lo mandó a la lona. Ponta cayó una tercera vez, antes de haber podido alejarse del rincón.

Joe se había convertido por fin en un tornado. Genevieve recordó sus palabras: «Solo tendrás que mirar. Sabrás cuando vaya a buscarlo». El público también lo sabía. Estaban todos de pie, de los pechos subía un solo clamor. Era el grito de sangre de la multitud y Genevieve se dijo que a eso debían parecerse los aullidos de los lobos durante la caza. Entonces, a pesar de toda la confianza que tenía en la victoria de su enamorado, encontró espacio en su corazón para apiadarse de Ponta.

Este luchaba en vano para defenderse, para detener los golpes, para protegerse, para esquivar y para trabarse en un clinch, a fin de obtener algunos instantes de seguridad. Pero esos instantes le eran negados. Caída tras caída, seguía su destino. Cayó hacia atrás en la lona, fue empujado hacia los costados, recibió golpes en los clinches y en los breaks, golpes duros y firmes que aturdían su cerebro y les arrebataban toda la energía a sus músculos. Estaba acorralado en los rincones, contra las cuerdas, de donde rebotaba, otro golpe lo volvía a poner contra las cuerdas. Agitaba los brazos en el aire y hacía llover golpes salvajes en el vacío. Ya no tenía nada humano, era la bestia encarnada, rugiente, rabiosa y en proceso de destrucción. Finalmente, cayó de rodillas por los golpes, pero se negó a rendirse, incorporándose justo para recibir un golpe violento en la boca y quedar nuevamente contra las cuerdas.

Dolorido, jadeante, titubeante, con los ojos brillosos y el aliento entrecortado, grotesco y heroico, peleaba hasta el final, esforzándose por alcanzar a su antagonista que lo paseaba por todo el ring. En ese momento, el pie de Joe resbaló sobre la lona mojada. Los ojos vivaces de Ponta lo vieron y reconocieron la ocasión favorable. Todas las fuerzas exhaustas de su cuerpo se juntaron para asestar, con la rapidez del rayo, el golpe de suerte. En el momento mismo en que Joe resbalaba, el otro lo golpeó violentamente en la punta del mentón. Joe osciló hacia atrás. Genevieve vio sus músculos relajarse mientras todavía estaba en el aire y oyó el ruido seco de su cabeza contra la lona del ring.

Los gritos de la multitud se apagaron súbitamente. El árbitro se inclinó sobre el cuerpo inerte y contó los segundos. Ponta vaciló y cayó de rodillas. Se levantó penosamente, oscilando hacia adelante y hacia atrás, recorriendo la sala con su mirada odiosa. Sus piernas temblaban y casi no lo sostenían. Estaba agotado, sollozaba y luchaba por respirar. Retrocedió titubeando y evitó la caída aferrándose a ciegas a las cuerdas. Se mantuvo allí, en esa actitud, con todo el cuerpo golpeado, la cabeza inclinada sobre el pecho hasta el momento en que el árbitro llegó al décimo segundo fatal y lo señaló como vencedor.

No recibió ningún aplauso. Se contorsionó entre las cuerdas como una serpiente, en los brazos de sus ayudantes, que lo ayudaron a bajar y lo sostuvieron a lo largo del

pasillo central a través de la muchedumbre. Joe seguía en el lugar donde había caído. Sus ayudantes lo llevaron hasta su rincón y lo sentaron en el banco. Los curiosos comenzaron a subir al ring, pero eran brutalmente empujados por los policías que ya habían llegado.

Genevieve miraba por el agujero. No estaba verdaderamente perturbada. Su enamorado había perdido por nocaut y su decepción era grande y la compartía con él, pero eso era todo. En cierto sentido, estaba contenta, porque el Combate había traicionado a Joe, y ahora le pertenecía más a ella. Le había explicado lo que era un nocaut. A menudo llevaba cierto tiempo recuperarse de sus efectos. No fue sino cuando oyó a los ayudantes pedir un médico cuando se preocupó verdaderamente.

Pasaron su cuerpo blando a través de las cuerdas, haciéndolo desaparecer de su campo visual. Luego la puerta del vestuario se abrió de golpe y varios hombres entraron. Llevaban a Joe. Lo depositaron en el suelo polvoriento, con su cabeza sobre las rodillas de uno de los ayudantes. Nadie parecía sorprendido de la presencia de Genevieve. Ella se acercó y se arrodilló junto a él. Joe tenía los ojos cerrados, los labios ligeramente entreabiertos, y sus cabellos mojados se pegaban en mechones lacia sobre la frente. Ella le levantó una mano. Era muy pesada y su ausencia de vida la impactó. Miró bruscamente las caras de los ayudantes y las de los hombres a su alrededor. Parecían espantados, todos salvo uno, que maldecía horriblemente en voz baja. Levantó los ojos y vio a Silverstein a su lado; él también parecía espantado. Puso suavemente una mano sobre su hombro, presionándolo con afecto. Esta compasión la espantó. Empezó a sentirse mal. Hubo un tumulto cuando alguien entró en la habitación. La persona se acercó y declaró con irritación: «¡Salgan! ¡Salgan! ¡La habitación debe quedar libre!».

Varios obedecieron en silencio.

—¿Quién es usted? —le preguntó el hombre a Genevieve con brusquedad—. ¡Dios mío, una chica!

—Está todo bien, es su novia —declaró francamente el joven que ella reconoció como su guía.

—¿Y usted? —le espetó furioso el hombre a Silverstein.

—Acompaño a la señorita —respondió este agresivamente.

—Trabaja con él —explicó el joven—. No hay problema, se lo aseguro.

El recién llegado masculló una observación y se arrodilló. Pasó una mano sobre la cabeza mojada, gruñó de nuevo y se levantó.

—No es un caso para mí —dijo—. Hagan venir una ambulancia.

A partir de ese momento, las cosas se desarrollaron como en un sueño para Genevieve. Quizá se había desvanecido, no lo sabía, pero ¿por qué otra razón Silverstein habría pasado un brazo por sus hombros para sostenerla? Todos los rostros le parecían borrosos e irreales. Algunos fragmentos de la discusión llegaban a sus oídos. El joven que había sido su guía decía algo sobre los periodistas.

—Vas a ver tu nombre en el periódico... —Genevieve pudo oír, como venida de

lejos, la voz de Silverstein, y sintió que estaba sacudiendo la cabeza como negando.

Hubo una irrupción de nuevas caras y vio que trasladaban a Joe a una camilla de tela. Silverstein le abotonó el abrigo y le levantó el cuello. Sintió el frío de la noche en las mejillas y, mirando al vacío, vio las estrellas, claras y gélidas. Se hundió en un asiento, con Silverstein a su lado. Joe también estaba allí, siempre en la camilla, con algunas mantas sobre su cuerpo desnudo. Había también un hombre en uniforme azul que le hablaba suavemente, aunque ella no supiera lo que le decía. Los cascos de los caballos golpeteaban y ella era llevada a algún lugar a través de la noche.

Más tarde, las luces, las voces, un olor de yodoformo. Debía ser el hospital, pensó Genevieve, con la mesa de operaciones y los médicos. Examinaban a Joe. Uno de ellos, de ojos negros y barba oscura, de aspecto extranjero, se levantó súbitamente.

—¡Jamás vi nada igual! —le decía a otro hombre—. ¡Toda la parte posterior del cráneo!

Los labios de Genevieve estaban secos y calientes, y sentía un dolor intolerable en la garganta. Pero ¿por qué no lloraba? Habría debido llorar, sentía que era necesario. Lottie estaba allí (había habido un cambio en el sueño), del otro lado de la cama estrecha y ella sí, lloraba. Alguien decía algo sobre un coma mortal. Pero no era el médico que parecía extranjero, sino otra persona. No importaba quién. ¿Qué hora era? Como respuesta, vio la débil luz blanquecina de la aurora a través de las ventanas.

—Iba a casarme pronto —le dijo a Lottie.

Y, del otro lado de la cama, la hermana de Joe lanzó un gemido.

—¡No, por favor!

Se cubrió el rostro y volvió a sollozar.

Entonces era el fin. El fin de las alfombras, los muebles y la casita alquilada. El fin de los encuentros, los paseos, las noches palpitantes a la luz de las estrellas, la delicia de abandonarse, amar y ser amada. Se quedaba petrificada ante la lógica implacable de ese Combate que no comprendía, ante su influencia sobre el alma de los hombres, su ironía, su perfidia, sus riesgos, sus azares y la feroz rebeldía de la sangre, que hacían de la mujer un pobre ser lamentable, no el ideal supremo para el hombre, sino un juguete y un pasatiempo. A la mujer, el hombre le daba su ternura, su protección, sus humores y algunos momentos, pero al Combate le ofrecía sus esfuerzos del día y de la noche, el tributo de su cabeza y de sus manos, su trabajo encarnizado y sus más violentas esperanzas, así como toda la tensión y la pasión de su ser. Al Combate, el hombre le daba el deseo ardiente de su corazón.

Silverstein la ayudaba a ponerse de pie. Ella obedecía mecánicamente, en el embotamiento de su ensoñación. Sus manos le aferraron el brazo para conducirla hacia la puerta.

—¿Por qué no lo besas? —exclamó Lottie, con sus oscuros ojos tristes y apasionados.

Genevieve se inclinó dócilmente sobre la arcilla inmóvil y presionó sus labios

sobre los labios todavía tibios. La puerta se abrió y ella se encontró en otra habitación. Allí se hallaba la señora Silverstein, con la mirada furibunda al ver su ropa de muchacho.

Silverstein miraba a su mujer como implorándole, pero ella estalló salvajemente.

—¿No te lo había dicho? ¿Acaso no te lo había dicho? ¿Querías recibir un golpe? ¡Ahora tu nombre aparecerá en todos los periódicos! ¡En una pelea de box! ¡Y vestida como un muchacho! ¡Zorra! ¡Desvergonzada...!

Una ola de lágrimas brotó de sus ojos y, con sus gruesos brazos tendidos, torpe, ridícula, maternal y santa a la vez, se acercó titubeando a la joven inmóvil y la estrechó contra su pecho. Casi sin aliento murmuró palabras de amor inarticuladas, meciéndola suavemente, mientras le daba golpecitos en el hombro con su pesada mano.





JACK LONDON (San Francisco, 1876 — Glen Ellen, 1916) fue vendedor de periódicos, vagabundo en los muelles de Oakland, ladrón de ostras, oficial en un patrullero que perseguía a ladrones de ostras, peón en fábricas de yute, orador callejero, buscador de oro en Alaska y finalmente uno de los mayores escritores de su tiempo. A los diecisiete años ganó un concursó literario con la crónica de un tifón. En *Martin Eden*, publicado en 1909, dejó testimonio de las miserias que enfrentó durante sus inicios como escritor. Fue un lector autodidacta. Marx, Darwin y Nietzsche influyeron en su pensamiento; Poe, Stevenson y Kipling, en su literatura. En *La llamada de lo salvaje* y *Lobo de mar*, las primeras novelas que cimentaron su fama, están ya la fascinación por el coraje y el culto a la autosuperación. Fue un socialista elitista, creyó en la revolución de los oprimidos y en la supremacía de los más aptos; sus relatos sobre boxeadores recrean ambas convicciones. Quebrantado por las secuelas del alcoholismo, London se dio muerte a los cuarenta años en su rancho de California. Libros del Zorro Rojo también ha publicado su relato *Koolau el leproso*, ilustrado por Enrique Breccia.



ENRIQUE BRECCIA (Buenos Aires, 1945) es uno de los artistas más talentosos y admirados de la actualidad. Ha expuesto sus trabajos en Barcelona, Lugano, Nueva York, Perugia y Sevilla. Es autor de numerosas obras ilustradas, entre las que destacan: *La vida del Che* (1969); *Alvar Mayor* (1976); *Los viajes de Marco Mono* (1981); *La guerra de la pampa* (1981); *Lope de Aguirre* (1989); *Batman: Gotham Nights* (2001); *Lovecraft* (2002) y *Swamp Thing* (2004). Durante los años ochenta llevó a cabo una magnífica serie de historietas sobre la revolución mexicana y la guerra de Argelia que fueron publicadas en Italia y Argentina. En 1992, la Comisión española del V Centenario le encargó la realización de una obra sobre Núñez de Balboa que se publicó bajo el título *De mar a mar*.

Su labor fue distinguida en 1963 con la Medalla de Oro en el XII Salón de la Asociación de Dibujantes de Argentina y en 1993 con el Premio Pléyade.

En 2001 parte de su obra fue adquirida por la Biblioteca del Congreso de EE.UU. Para Libros del Zorro Rojo ha ilustrado *Reunión* de Julio Cortázar y *En las montañas de la locura* de H. P. Lovecraft.